El destino de Hope

Workhouse 1

Becca Kim

Selecta

El destino de Hope

SERIE

Workhouse 1

Becca Kim

Selecta

Prólogo

Octubre 1800

Al otro extremo del Londres opulento, no tan lejos de aquellas anchas y rectas calles llenas de teatros, carruajes y extravagancia, de damas elegantes y caballeros distinguidos, se encontraban los barrios llamados *rookeries*. En ese lugar, los acompañantes más cercanos eran el hambre y la miseria. Allí, donde cada día cantidades dantescas de niños morían y las prostitutas y los alcohólicos inundaban las calles. El hedor era insoportable. Los más desfavorecidos se movían como ratas entre la basura para encontrar algo que pudieran intercambiar o que, al menos, sirviera para silenciar los gritos de sus entrañas. Imploraban por un trozo de comida, no importaba si estaba podrida, roída o inmunda; lo que resultaba asqueroso unas calles más arriba, allí se consideraba un verdadero manjar. Fue precisamente en ese lugar, en medio de tal miseria, donde el señor Finnerty, con sus últimas exhalaciones, declaró su última voluntad:

—George, te lo suplico. No debí dejarla. La sombra de su madre me tortura hasta el día de hoy por haberla abandonado. Tampoco podía ofrecerle una vida mejor, quizá ahí ha logrado sobrevivir. —El

hombre, angustiado, escupió sangre de su boca con un gran dolor en su semblante—. ¡Por favor, George! Nunca te he pedido nada, por favor… —Pronunció unas palabras que solo intentaban infundir tranquilidad a su culpable consciencia.

—¿Sabes lo que cuesta mantener a una criatura? ¡¿Lo sabes acaso?! ¡Por supuesto que no! Si hubieras conservado guardada tu maldita verga no estarías así. ¡Mírate! Convaleciente, y aún te persigue el recuerdo de esa mujerzuela. —George escupió con desagrado.

—Por favor…

Sus ojos se llenaron de lágrimas y el agarre sobre la camisa raída de su hermano cesó.

—¡Maldita sea!

—No pensarás hacer lo que dice, ¿verdad? —Una voz aguda y mordaz, que para George era sorpresivamente agradable, surgió tras él.

—Prudence, siempre quisiste una hija. Podría ayudarnos. Algún día nos haremos mayores y necesitaremos a alguien que nos cuide.

—¡Por Dios bendito, George! ¿Qué ha pasado con ese asqueroso corazón tuyo? Pensaba que solo tenía espacio para mí.

—No estés celosa, te quitará trabajo.

—Me quitará trabajo… —refunfuñó.

La mujer miró de arriba abajo el cuerpo sin vida frente a su hogar, si es que aquellas paredes derruidas y puerta desencajada podrían llamarse así, y desapareció entre murmullos.

Capítulo 1

El olor era nauseabundo, y el frío implacable envolvía cada rincón con su gélida presencia. Entre el silencio de la oscuridad emergieron unas figuras mugrientas a orillas del río Támesis.

—Todo va a estar bien, todo va a estar bien… —repetía Hope haciendo honor a su nombre.

Lo último que perdería sería la esperanza, a pesar de que el álgido lodo la envolvía hasta las rodillas. Pisaba una y otra vez para sentir si daba con algo duro, por lo que mereciera la pena embarrarse el resto del cuerpo.

—Todo va a estar bien.

Al principio, cuando comenzó a los seis años, los primeros días fueron duros: le daba miedo que la oscuridad la atrapara o que él regresara y la lastimara por no haber encontrado nada de valor, pero, en ese momento, tres años después, se había convertido en la mejor *mudlark* de todo el Támesis. Incluso el Lagarto, como llamaban al capataz Finch por su aspecto anfibio, la ponía de ejemplo y la recompensaba con una porción de corteza de pan.

Miró hacia su derecha mientras sus pies apenas sentían lo que les rodeaba y se fijó en aquel muchacho, su amigo. Luke no pasaría de

esa noche. Había permanecido enfermo toda la semana. Su rostro decaído y embarrado, enmarcado por unos angustiosos ojos, gritaba que moriría, pero hasta su último aliento seguiría haciendo lo mismo: envolverse en aquel pestilente lodazal para que no le echaran de St Joseph Workhouse.

Hope lo observó con compasión, deseaba poder sacarle de ahí y, al menos, conseguir que sus últimos días fueran dignos, pero, si tan siquiera lo intentaba, el destino de ambos sería mucho peor. Necesitaba ese pan, ahora más que nunca. Su amiga Lily se encontraba muy débil, la hacían coser día y noche; sus manos estaban repletas de pinchazos de agujas y su espalda golpeada por cada vez que no cumplía con un plazo o la pieza salía mal. A Thomas se le habían abierto algunas heridas provocadas por la viruela y la pobre Anna tenía los pies destrozados de bailar todas las noches como entretenimiento de los capataces por orden de la señora Quirk. Mientras que Owen, a pesar de tener sus manos destrozadas de martillear huesos hasta hacer harina que más adelante venderían como fertilizante, cuando se le presentaba la oportunidad, la sacaba de allí a pesar de las palizas que luego recibía. Por último, estaba el siempre taciturno Logan, que se asemejaba a un alma errante, quien apenas conseguía mantener la carne que cubría sus huesos. Al final terminaría por desaparecer cuando su propio cuerpo engullera lo que quedaba de él.

Cerró los ojos mientras pensaba en sus amigos y los abrió de nuevo cuando sus pies dieron con algo duro. Ojeó a su alrededor, a veces era tal la desesperación de los demás niños que la acompañaban que, si sus ojos mostraban sorpresa, se abalanzaban sobre el lugar en una batalla llena de arañazos y gritos para obtener lo que fuera que se escondiera en ese mar oscuro y pérfido.

Pero esa vez fue diferente; todos dirigieron la mirada al enfermo.

Si el hallazgo era suficientemente bueno, el capataz lo dejaría regresar a St Joseph Workhouse y terminar su trabajo por ese día. Hope tenía la esperanza de que dentro de su impenetrable corazón aún le quedara misericordia para los moribundos y lo dejaría ir. Solo necesitaba encontrar algo y lanzárselo.

Se agachó hasta embarrar su costado y buscó con impaciencia lo que sus pies habían palpado. Entonces ahogó un grito: el filo de un vidrio le había abierto la piel. No era la primera vez que sufría un corte, pero algo le decía que esa vez había sido diferente. Cuando sacó su mano del lodazal soltaba un gran hilo rojo mezclado con barro, la apertura era profunda y sintió náuseas. Contuvo sus lágrimas de dolor y, al escuchar toser por quinta vez a Luke, se tragó su sufrimiento y, de nuevo, introdujo sus manos en la fría espesura. Apretó los dientes por temor a cortarse otra vez, hasta que dio con algo. Sacó el objeto con rapidez y todos sus males desaparecieron cuando, al limpiarlo en sus ropajes sucios, distinguió la tapa de un reloj de bolsillo. Era dorado, el señor Finch siempre se ponía contento cuando encontraban algo de ese tono brillante.

Buscó la mirada de Luke y este le respondió sin conseguir abrir los ojos apenas. Hope lanzó su hallazgo y el objeto dorado fue volando hasta llegar a las manos del muchacho que, con torpeza, pudo atraparlo. Sonrió apenas, mostrando su agradecimiento y, cuando iba a llamar al capataz, su semblante cambió de repente y cayó en el lodazal hundiéndose en él.

—¡No! —chilló Hope—. ¡Luke!

El capataz la observó. La muchacha corrió entre tropiezos hacia él, gritó su nombre con angustia y rogó que se levantara. ¿Es que esa niña no se rendía nunca?

—¡Déjale! —ordenó el Lagarto—. Está muerto.

Aquellas fueron las palabras clave para que todos los muchachos

se abalanzaran sobre él buscando el objeto que sabían que tenía entre sus manos.

—¡No!, ¡dejadle! ¡Luke!, levántate, por favor. ¡Luke!

Esta vez no pudo contener ni sus lágrimas ni sus gritos desesperados. Él había llegado a ese lugar el mismo día que Hope y, desde entonces, nunca habían dejado de apoyarse el uno al otro, pero en esa ocasión no había nada que pudiera hacer, por mucho que su corazón le gritara lo contrario.

—¡Soltadle! —insistió envuelta en lágrimas.

Hope le propinó un puñetazo al primero que se puso en su camino, luego empujó a otra que trataba de buscar a Luke entre el lodazal y a otro que había encontrado un pie y tiraba de él.

—¡No sois animales! —Su voz al fin quebró y la poseyó una ira capaz de arrasar con todo lo que se atreviera a acercarse.

—¡Lo tengo! ¡Señor Finch, mire lo que he encontrado! —chilló uno mientras alzaba el artefacto dorado.

Hope iba a pegarle con todas sus fuerzas y, si no hubiera sido por una mano que la detuvo, habría ahogado a ese mísero niño hasta que el lodo inundara sus pulmones.

—Detente ya, niña tonta —intervino Finch—, y márchate. La única que parece un animal ahora eres tú.

A Hope le temblaban los labios de la impotencia y fue entonces consciente del frío que sentía.

—No lo dejaré aquí —insistió.

—Pues como no convenzas a los que acabas de pegar para que te ayuden a sacarlo, me temo que lo tendrás que hacer tú sola. O bien, puedes dejarlo enterrado. Un trabajo menos y un ataúd menos que pagar. La señora Quirk se pondría contenta, piénsalo, muchacha.

Hope miró a los *mudlarks* como ella y reconoció en sus miradas que no la ayudarían. Tomó aire, se limpió las lágrimas de tal forma

que dejó su cara embarrada, y como pudo, tiró de aquel inerte pie hasta que consiguió sacar el cuerpo del lodazal. Era menuda, pero la ira que sentía la llenó de fuerza para lograr colocárselo sobre sus hombros; gracias a Dios, era más pequeño. Dio un paso, y luego otro ante la mirada de sus compañeros y la desagradable sonrisa de Finch. Tenía que reconocer que la niña contaba con agallas.

—Vamos, muchachos —dijo al resto—, está a punto de amanecer. Todos en fila y en silencio. Regresemos.

Después de andar unos minutos que le fueron eternos, las rodillas le temblaban y su corazón lloraba. Habían llegado a St Joseph Workhouse, muchos dirían que era el infierno, otros, su salvación. Se adentraron por el Arco de las Lágrimas, como lo llamaban, pues la primera vez, siempre se cruzaba llorando, y leyó el gran grabado en sus muros, como hacía cada vez desde que había aprendido a leer gracias al padre Marcus:

«Para la instrucción de la juventud, el fomento de la industria, el alivio de la necesidad, el sostén de la vejez y el consuelo de la enfermedad y el dolor».

Mentira, todo era mentira.

—Señora Quirk, ¡señora Quirk! —vociferó el capataz.

—¿A qué viene tanto escándalo, señor Finch? —La guardiana de St Joseph bajó las escaleras con pomposidad, como si fuera la señora de un gran castillo.

—Tenemos uno muerto.

—Bien, una boca menos que alimentar. —Su mirada se desvió a la niña—. ¿Y tú? Qué eres ahora, ¿una mula de carga? Qué olor desprendes. ¡Por el amor de Dios, Finch!, ¿habéis estado en el Támesis o en un estercolero?

—Se llamaba Luke —dijo Hope entre dientes.

—¿Cómo dices? —dijo la señora Quirk.

—¡Se llamaba Luke!, ¡y era mi amigo!

—Sí, sí, déjalo ahí, niña.

—No pienso soltarlo hasta que venga el padre Marcus.

—¿Crees que tienes derecho a rebatirme?

La que administraba el lugar se agachó cerca de ella y le dio tal empujón que la tumbó al suelo junto a su amigo, pero Hope se levantó y lo volvió a sostener.

—Niña, ¿no te das cuenta de que está muerto?, déjalo ahí.

—No hasta que venga el padre Marcus.

—Finch, ¿no buscaba madame Laurent a una muchacha bonita? Porque apostaría a que esta puede serlo, sin tanta mugre a su alrededor, por supuesto.

—Sí, señora.

—Bien, hazla llamar lo antes posible, me da que después de esto va a traer problemas.

—Sí, señora.

—Y dile al padre Marcus que venga, no quiero que mi alma arda en el infierno por no enterrar a… ese.

—Luke —dijo Hope—. ¡Se llama Luke!

—Y, Finch… antes de irte, llévatela de aquí, no soporto las impertinencias, mucho menos de esta niñata cubierta de fango. ¿A qué esperáis? —espetó hacia los demás *mudlarks*—. La señorita Hall está esperando para lanzaros un cubo de agua, vamos, vamos.

El capataz dejó a Hope en la capilla, pero antes de marcharse le quitó al niño de los hombros y lo posó sobre un banco de madera.

—Toma. —Finch le ofreció pan—. Sé que lo has encontrado tú, niña. No quiero que por ese muerto en vida te quedes sin tu paga, pero, te lo advierto, como vuelvas a hacer algo así, terminarás por dormir en el maldito lodo. No suelo tener compasión, y mucho menos por escoria como tú. —Le propinó una bofetada que hizo que

llevara sus manos a la cara dolorida—. Esto para que recuerdes mis palabras. Aprovecha, ya que estás aquí, y reza para que no seas del agrado de madame Laurent. Creo que con ella estarías incluso peor —sonrió mezquino.

—Sí, señor Finch —dijo con un nudo en la garganta, conteniendo todo su dolor.

Oyó la puerta cerrarse y se arrodilló frente a su amigo y dejó salir toda su angustia.

—Lo siento, Luke. Lo siento mucho —lloró.

Entre sollozos, una mano se posó sobre su hombro, luego otra y otra más hasta que fueron cinco. Hope se alzó y abrazó a sus amigos. Lily, Thomas, Anna, Owen y Logan.

—Quizá está mejor ahora —sollozó Anna mientras retorcía sus pies.

Owen estuvo de acuerdo con ella, pero Thomas, a pesar de haberse obligado a no llorar para demostrar que era valiente, sollozó como un bebé. Lily, que era mayor, junto con Logan, les apretó con fuerza, y el último, sin cambiar la dureza de su rostro, intercambió una mirada con el padre Marcus que los observaba a distancia. Amaba a esos chicos, la unión que habían creado a pesar de las circunstancias era inquebrantable, pero ya habían perdido a uno de ellos, al más pequeño de todos. Miró hacia la cruz y pidió ayuda para poder socorrerles en todo lo que estuviera en sus manos. Esos niños querían vivir, y no se merecían esa vida, como ninguno de los que estaban en ese lugar.

Un monaguillo entró portando un pequeño ataúd y juntos lo metieron con cuidado. Se despidieron con palabras de cariño y recordaron los buenos momentos con él. Después de que el Padre le diera la bendición, se lo llevó, no sin antes mirar hacia atrás. Pobres almas, al menos había podido reunirlos a pesar de las negativas de

la señora Quirk, pero unas cuantas amenazas sobre el infierno y el calor que sentiría en él fueron suficientes para convencerla.

Los seis se sentaron en el suelo y sintieron un tremendo vacío. Se preguntaron quién sería el siguiente en ser guardado en una caja, hasta que Logan se alzó y se puso en medio.

—Se acabó, no conseguiremos nada llorando. Quiero que hagamos un juramento.

Todos se miraron, unos con curiosidad y otros con enojo, ¿acaso no tenían derecho a estar tristes?

—Déjanos, Logan —dijo Anna con un puchero, pero en el instante en que Owen la abrazó, el gesto desapareció.

—¿Es que queréis quedaros aquí siempre? —preguntó indignado mirando a cada uno de ellos.

—Es mejor que estar en la calle —se atrevió a decir Thomas—, al menos aquí no nos morimos de hambre.

—¿Cuál es el juramento? —dijo Hope, que se levantó y se ubicó a su lado.

—Pero yo no sé qué significa jurar —terció la pequeña Anna mirando a su amiga.

Logan se agachó y la tomó de las manos.

—Jurar, Lily, es hacer una promesa muy especial, algo que decimos que haremos de todo corazón, cueste lo que cueste.

La chiquilla asintió y Logan, de nuevo, se puso en pie.

—Yo, Logan Templeton, juro salir de aquí algún día y convertirme en un caballero para que a mi madre nunca nunca le falte de nada. Saldremos de aquí y llegaremos a pasear por Hyde Park, comeremos todos los días y seremos felices.

—Juro que saldré de aquí y seré feliz —dijo Hope, juramento al que se unieron los demás.

Se abrazaron formando una piña y soñaron con una vida que sería

imposible de alcanzar, hasta que la puerta de la capilla se abrió de par en par.

—¡¿Qué hacéis todavía aquí?! ¿No tenéis trabajo que hacer? Hoy os dejaré sin cenar, estaréis muy tristes para probar bocado.

En ese instante, las tripas de Lily sonaron.

—¡Tú! Ven aquí. —El dedo acusador apuntó hacia Hope y esta le pasó el trozo de pan que Finch le había dado a Logan tras ella.

—Repártelo.

—¿Qué murmuras? Vamos, no tengo todo el día —dijo, y la tomó de los pelos para arrastrarla hasta el patio—. Madame Laurent ha llegado, date prisa.

La señora Quirk rasgó sus vestiduras con rapidez y le lanzó un cubo de agua fría que la hizo temblar. Luego le tendió un vestido de gorgorán, que permanecía demasiado tieso, y una vez que se lo puso volvió a tirar de ella. Fue entonces cuando Hope gritó de dolor y la herida de su mano sangró.

—No tengo tiempo para tonterías, niña. ¡Avanza!

—¡Me haces daño! —espetó.

Al segundo notó la mano de la señora Quirk sobre su rostro.

—Pero ¿quién demonios te has creído que eres?

—Una gata pronto se convierte en tigresa.

Una melodiosa voz detuvo la mano de la guardiana que estuvo a punto de asestarle otro bofetón.

—Me gustan fuertes, a ver ese rostro. Mírate, estás toda empapada.

Hope temblaba de frío y la herida le dolía mucho.

—Deja que te vea.

La muchacha le dio la espalda.

—¡Niña malcriada! La señora quiere verte.

—Esto no es el mercado —replicó Hope tajante.

Madame Laurent soltó una carcajada alegre sacando de sus casillas a la señora Quirk. ¿Qué demonios le causaba tanta gracia?

—Si me acerco, ¿me morderás? —dijo Madame Laurent.

—Tampoco soy un animal.

—Bien.

—¡Señora Quirk!, ¡señora Quirk! —Finch se acercó al borde del ahogo.

—¿Qué demonios sucede?

—Madame, no se puede llevar a la niña.

—¿Cómo que no puede? ¿Qué tontería estás diciendo?

—Su tío, el de ella —dijo señalando a Hope—, está aquí.

—¿Cómo que su tío?, ¿de qué diantres hablas, Finch? Puede ser cualquiera.

—Se apellida Finnerty y tiene una carta de su hermano.

Madame se cruzó de brazos y observó a la niña que, por fin, se había girado. Era bella, sin duda, y de carácter fuerte; una lástima que no se la pudiera llevar, la habría convertido en la más deseada de todo Londres.

Se agachó ante ella y habló.

—Si alguna vez necesitas ayuda, acude a mí.

Hope miró a madame, era la mujer más bonita que había visto jamás, su pelo era oscuro y lo llevaba suelto, adornado con un sombrero con una redecilla que tapaba parte de sus ojos azules. Sus labios de un rojo intenso llamaron su atención y estos se curvaron en una amplia sonrisa.

—Ven —dijo la señora Quirk—, veamos quién se quiere quedar contigo, niña, con suerte te irás ya mismo y yo te perderé de vista.

Hope apartó la mirada de la mujer que le decía adiós con un suave movimiento de su mano enguantada y gritó.

—¡Mis amigos! Tengo que hablar con ellos, deben saber que…

—Olvídate de ellos.

—¡No! ¡Quiero verlos!

Hope le dio un mordisco en la mano y corrió vociferando los nombres de sus amigos. Lily fue la primera en aparecer, a pesar de su cojera se acercó a ella todo lo rápido que pudo.

—Me marcho, Lily, me marcho.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas y Owen, esquivando un capataz, la abrazó por detrás.

—Te voy a echar de menos —dijo, y siguió sin parar de correr.

—¡Finch, atrápala! —La voz de la señora Quirk se oyó por todo el pasillo y Logan apareció junto a ella.

—Sé la primera en cumplir el juramento y sé feliz Hope, prométeme que serás feliz.

Los brazos de Finch la sujetaron en un fuerte apretón y la niña vio despegar sus pies del suelo.

—Lo prometo —dijo entre lágrimas—, te lo prometo. ¡Anna y Thomas…! —consiguió gritar mientras se la llevaban.

—¡Yo les diré adiós por ti!

Cuando el agarre del capataz cesó, sus pies estaban frente a un hombre que, con rapidez, giró con rostro de hastío. En cuanto la vio, su semblante se transformó.

—Hola, Hope, soy tu tío George y vengo a llevarte a casa.

Capítulo 2

Puerto de Londres, doce años después

Apestaban a pescado, el puerto y sus manos. Frunció la nariz a disgusto, le extrañaba que aún siguiera conservando su olfato. Día tras día, recogía el pescado, lo limpiaba, lo salaba y salía a venderlo en una mugrienta cesta a la que parecía que le habían nacido sus propias escamas. Su vestido no parecía un vestido, sus dedos no podían encogerse más dentro de aquellas botas viejas a las que apenas les quedaba suela.

Si no fuera por aquel joven y sus palabras en un día lluvioso, su vida seguiría siendo igual de miserable. Todo ocurrió mientras su enfurecido tío la regañaba por haber regalado las cabezas de pescado a una pobre señora. La mujer las necesitaba para hacer un caldo para su marido enfermo. «Tienes un corazón precioso», le había dicho el joven que fue testigo de su bondad. Mientras tanto, su hermano regateaba el precio de unos barriles de whisky que acababan de llegar al puerto. Luego, le había regalado algo que parecía una golosina, cosa que no había visto en su vida, pero que tenía un sabor tan deleitoso que todavía hacía bailar sus papilas gustativas al recordarlo. Le duró dos semanas exactas, pues todos

los días, antes de acostarse en el suelo frío, lo lamía tres veces, ni una más. No le dijo que era hermosa, ni que su cuerpo lo había esculpido el mismo diablo para pecar, tampoco la había ofrecido un chelín para mirarla desnuda, dos para tocarla o cinco para hacerla suya, como tantas veces había oído. No, aquel desconocido se había referido a su corazón.

Hope se llevó la mano al pecho y recordó la felicidad que sintió hacía ya seis años. Era la misma que guardaba en su memoria para aferrarse a ella cada vez que la escupían o la llamaban puta.

También la recordaba cuando creía que ya no quedaba gente buena en el mundo, o al mendigar a señoras con vestidos más caros que el bote de su tío, y estas la despreciaban solo por ser hermosa, incluso estando sucia y zarrapastrosa.

Cada vez que su tío la golpeaba, en especial después de que Gertrude, la vendedora de ostras, la acusara de seducir a su hijo por el simple hecho de intercambiar unas palabras, esa frase regresaba a sus pensamientos.

Estaba maldita, lo sabía y nadie sobre la faz de la Tierra habría llegado a odiar tanto su belleza como lo hacía ella.

—¡Tendrías que estar vendiendo ya ese pescado! ¿Dónde demonios tienes la cabeza? ¡No te pago para que estés en las malditas nubes!

—No me paga, tío.

Su tío, George, que poseía un nombre demasiado elegante para alguien tan desagradable, el mismo que pensó que sería su salvación, había resultado ser su siguiente Némesis. Seguía sin discernir quién era peor, si él o la señora Quirk, que aún la perseguía en sueños cuando conseguía dormir.

—¿Que no te pago? ¿Por qué crees que no estás en una maldita cuneta, Hope? Te pago dándote una vida, ¡maldita sea!

Quiso gritarle. ¿Vida?, aquello no era vida, era una tortura, un infierno en la tierra, pero no eran llamas lo que la rodeaban, sino humedad y olor a tripas de pez muerto. Como siguiera así, nunca cumpliría el juramento que se habían hecho los amigos en la capilla.

—Lo siento —contuvo su enojo, pues a base de palos había aprendido que lo mejor era disculparse.

—¿Cómo dices?, no te he oído.

—¡Que lo siento!

—No me subas la voz, escoria. Sabe Dios que tengo el cielo ganado contigo. He vivido tentado durante doce largos años. Quizá menos, no recuerdo cuándo te salieron estas. —La atacó por la espalda y se aferró a su pecho con sus manos mugrientas—. Ni esto —agregó al embestir su pelvis contra su trasero—. Eres una desagradecida —añadió muy cerca de su oído con una voz pastosa y desagradable—. Si no fuera porque prometí al estúpido de mi hermano que te cuidaría, ya te hubiera probado.

—¡George!, quítale las manos de encima. Vas a arder en el infierno.

Él se alejó con rapidez.

—Y tú— agregó ya cerca de ella—, deja de tentar a mi George.

—Yo no he hecho nada, tía —dijo entre dientes.

—¿Pretendes que te crea? ¿Crees que no sé cómo vas por ahí contoneándote como si fueras la mismísima amante del rey?

Se rio tan fuerte que su aliento, con un olor entre pescado y aguardiente, llegó hasta ella, lo que le provocó una arcada.

—Te aseguro que con esas manos ni un ladrón se fijaría en ti más allá de por las ganas poseerte. ¡Mira esa horrorosa cicatriz! Nos costó una fortuna y esfuerzo bajarte las fiebres, dos días aquí y ya trajiste problemas y gastos.

—El párroco corrió con los gastos —replicó, acariciando su mano a

la vez que recordaba aquel corte como si hubiera sido hacía dos días.

—Deja de contestarme, estúpida, y ve a vender el pescado. Si regresas con una sola pieza en el cesto, juro que hoy dormirás en la calle.

Le dio tres empujones para que se marchara y cuando la escuchó gritar al cumplir con su trabajo, una sonrisa desdentada apareció en su rostro.

—¡Pescado fresco! ¡Vendo pescado fresco!

Repitió aquella frase hasta que consiguió vender casi todo el pescado. Aún le quedaba uno y no hallaba ningún comprador al que le interesase, y no era para menos; el pez tenía un aspecto insano. Si quería venderlo tendría que rebajarlo, y cuando tía Prudence viera que el dinero no estaba completo, la molería a palos, o peor aún, la dejaría sin cenar. Tenía que venderlo, o quizá si…

Por el rabillo del ojo, vio al anciano señor Taylor, el sombrerero. El mejor vestido de todo el mercado de Billingsgate. Un día la ofreció un chelín por un beso, en ese entonces se había negado; si algo quería mantener intacto era su dignidad, aunque ya le quedara poco de ella.

Se acercó a él, no sin antes tirar aquel pescado al río, y con una sonrisa poco creíble lo embaucó.

—Señor Taylor, está hoy en especial apuesto.

El sombrerero detuvo su caminata y pestañeó varias veces. ¿Se dirigía a él o era un sueño? Se señaló a sí mismo y luego ojeó en todas direcciones, pero la muchacha seguía con la mirada clavada en él.

—Necesito once peniques, ¿bastará con estrecharle la mano?

Hope se balanceó sobre sus talones y puntas de los pies de forma repetida, esperando una respuesta con impaciencia.

Taylor la miró encandilado, la joven estaba nerviosa. En su rostro, por mucho que lo intentara ocultar, leyó la incomodidad que le suponía pedir algo así, sobre todo después de aquel rapapolvo que le había echado tras demandarle un beso. No quería hacérselo pasar mal, con sus tíos tenía suficiente. Así que se le ocurrió otra cosa, ya que dudaba que recibiera las monedas si se las daba sin más.

—Te daré un chelín si me ayudas con algo.

Hope abrió los ojos sorprendidos. Si le diera un chelín le sobraría un penique y podría comprarse una barra de pan, o una pequeña golosina, o el periódico y practicar así su lectura. En cuestión de segundos, una serie de ideas surcaron su mente, pensamientos acerca de lo que podría hacer con un solo penique, y asintió entusiasmada.

—Bien, en mi tienda, en concreto en el patio trasero, hay una garza. Lleva ahí toda la mañana. Tiene un plumaje espléndido, ¿entiendes?, así que necesito una pluma para un sombrero muy especial.

—Conseguiré esa pluma —dijo convencida.

Había perseguido gallinas para después desplumarlas en St Joseph. Supuso que sería algo parecido.

Cuando llegaron al patio, el suelo era un lodazal por las recientes lluvias, y ahí se hallaba la garza, paseándose con todo su esplendor. Hope se remangó e hizo callar al sombrerero que estaba a punto de hablar. Se agachó hasta manchar los bajos de su vestido de lodo, y en cuclillas, fue acercándose al ave que, para su suerte, parecía estar distraída. Ya estaba lo suficientemente cerca como para abalanzarse, pero la garza, lejos de dejarse agarrar con tal facilidad, salió volando hasta el sombrero de Taylor. El sombrerero se deshizo en carcajadas cuando Hope se abalanzó sobre él para tratar de agarrar al ave, que por algún motivo se negaba a volar y huir de

aquel despropósito.

—¡Sujete sus patas! —espetó Hope.

—Resulta que me dan mucho asco —rio el sombrerero.

—¡Será posible!

En ese momento, el ave decidió saltar a la cabeza de Hope y al sombrerero comenzó a dolerle el estómago de tanto reír.

—Es el… es… es el sombrero más ridículo que he visto en mi vida.

No podía parar y toda la situación hizo que al fin Hope estallara en risas como nunca antes lo había hecho.

—No te perdonaré si me quedo sin esa pluma, muchacha —consiguió decir.

Entre risas, Hope cayó al suelo con el pelo revuelto y el ave se fue graznando y huyó al fin de aquel teatro.

Al darse cuenta de su posición, Hope se levantó de súbito. Se había dejado llevar y, aunque solo por un instante, había sido feliz. Castigándose por ello, se acercó al sombrerero, que al fin detuvo su risa.

—Vaya, parece que no puedo pagarte. Otra vez será.

Hope suspiró y, al ver que Taylor se giraba, vio en su espalda una pluma prendada. Dibujo una sonrisa, la tomó y aclaro su garganta. Taylor se volteó y sonrió con ella al ver la pluma.

Alargó su mano y Hope recibió dos monedas.

—Aquí hay dos chelines —dijo mientras trataba de devolvérselo.

—Quédatelo. Lo que me has hecho reír hoy vale al menos cinco monedas más, muchacha.

—Pero no es lo que acordamos, no quiero qu…

—Acéptalo.

Taylor cerró la mano de ella en un puño y se despidió sonriente.

Con la cesta vacía y todo el dinero recaudado en el bolsillo de su delantal, marchó calle arriba donde se encontraba la casa en la que

dormía. Se negaba a llamar a aquello hogar.

La calle era estrecha y oscura. Se podía ver a niños gritar y jugar con un aro de metal entre risas, como si fueran ajenos a sus desgracias. Las discusiones atravesaban las paredes húmedas y llenas de hollín de los edificios que se inclinaban entre ellos como para mantenerse en pie. Supo que había llegado cuando sus pies tocaron aquel suelo enlodado, lleno de basura y restos de comida.

Alzó el rostro, asqueada del olor a acre, y encontró a Prudence, que hablaba con un extraño. Al percatarse de su presencia, el visitante sonrió de una manera que le pareció siniestra y se quitó el sombrero.

—¿Dónde demonios te habías metido? —gritó su tía—. Estás asquerosa, ¡y tus pelos! Por el amor de Dios, dime que sigues estando intacta.

Aquel hombre la atravesó con los ojos.

—No habrás estado revolcándole con el hijo de…

—No, tía —respondió con enojo.

—Parece fogosa —dijo el extraño—. Mírela, parece que quiera golpearla.

—Como le dije, no encontrará a otra como ella por aquí.

—Lo sé, créame que lo sé. Llevo observándola en la distancia mucho tiempo. Que alguien se atreva a decir que no soy paciente. —Rio levantando las manos.

Hope atravesó con rapidez la puerta de la casa, ¿de qué hablaba su tía?, y ¿por qué se había sentido como un producto de esos escaparates que a veces le gustaba mirar?

George holgazaneaba con una botella de ginebra en mano y al verla llegar extendió la otra para recibir la paga. Hope dispuso las monedas, salvo un chelín que guardaría para cumplir alguno de sus deseos.

—De nuevo, has hecho bien tu trabajo, muchacha —dijo con la voz pastosa—. Te pareces a él, a mi hermano. —Le dio un trago a su botella y la miró con fijeza—. No sé en qué, porque era horrendo —rio sin ganas—, pero hay algo de él en ti, de eso estoy seguro.

—¡Largo de aquí! —espetó Prudence tras ella—. ¡¿Qué crees que pensarán nuestros clientes al verte así de sucia?! Te lo digo yo, ¡no querrán comprar ni una sola pieza!

—Prudence… ven aquí. Dame calor, mujer.

Hope los miró y se fue a la esquina que le habían cedido. Se puso el cobertor por encima y suspiró.

La casa consistía en una habitación pequeña, donde convivían los tres, con una mínima cocina y un jergón para ellos. En su caso, disponía de un manojo de paja y una manta que habían sido suficientes durante doce años, años en lo que había tenido que ver y oír cosas que ninguna niña debería haber oído ni visto.

Adentrada la noche, a Hope le costaba dormir, y entre los rugidos de su estómago, escuchó un murmullo.

—Creo que tengo la solución a nuestro problema. Hay cierto hombre al que le gustaría calentar su cama —la voz de Prudence era chillona a pesar de estar susurrando—. Me dará una buena cantidad por Hope. Creo que incluso va a casarse con ella.

Su risa le causó escalofríos, ¿de qué estaba hablando?

—No permitiré que la vendas.

«¿Venderme?», aquella palabra atravesó su corazón y tuvo que contener sus lágrimas. ¿Qué había hecho para que quisieran deshacerse de ella?

—George, seré prudente, no como el viejo Brow, ¿te acuerdas? —Su pestilente risa regresó—. Eso sí, fue fatal para su mujer, paseó con ella como si fuera una vaca y la vendió por una guinea. ¿Te acuerdas lo que dijo el carnicero?, que era la mejor vaca que había

visto en la vida.

Prudence se tapó la boca al darse cuenta de que había aumentado el volumen de su voz y miró de reojo hacia el suelo donde se encontraba Hope.

—He dicho que no, la muchacha lleva mi sangre. —George se limpió la saliva seca de la comisura de sus labios. Un gesto desagradable que solo hacía que Prudence se arrepintiera de haber aceptado a compartir su vida con él—. A pesar de todo, es mi sobrina.

Hope retorció la manta entre sus manos, y si pensó que nunca se sentiría agradecida con su tío, en ese momento lo estuvo.

—Duérmete, George, yo me encargaré de todo.

Y de la nada, el hombre comenzó a llorar, tenía algo que confesarle a su amada y mucho se temía que no le iba a agradar en absoluto.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, no supo cómo mirar a su tía, solo esperaba que no llevara a cabo lo que le había dicho a George. Al fin de cuentas, no le había dado su permiso.

Mientras Hope descamaba un pescado, sentía un temor infundado al recordar aquella vez en que una escama se introdujo entre su uña y la piel, causándole dolor durante días.

Alzó la cabeza con disimulo, intentando escuchar la acalorada discusión que se desarrollaba entre su tía y una clienta.

—¡No pienso pagar ni un penique más por esta pieza!

—Pues es lo que cuesta —dijo su tía arrebatando de mala manera el pescado de las manos de la enfurecida señora.

—¡Ni siquiera está fresco! —insistió con indignación.

—Lo ha traído George esta misma mañana.

Hope agachó la cabeza con rapidez cuando la clienta clavó sus ojos en ella. No quería que viera en su rostro la mentira que brotaba de la boca seca de su tía.

Ella sabía que ese pescado no estaba fresco. Su tío, en vez de haber ido a pescar esa madrugada, se había quedado dormido entre los pechos de su mujer después de haber llorado como un inútil

porque había perdido el dinero de la jornada anterior en una apuesta sin sentido en una pelea de ratas.

—Ni un penique más.

Hope llevó su mirada en la calle mojada y vio un andar que hubiera reconocido solo con escucharlo. Alzó la vista y vio a Lily, tenía que ser ella. El corazón le dio un vuelco y un aluvión de recuerdos la invadió. Aprovechando que su tía seguía distraída, a pesar de arriesgarse a recibir unos latigazos, dejó el pescado y se acercó a Lily. Ella seguía a toda prisa a un anciano enjuto, desprovisto de felicidad en su rostro gris, que apuraba a la muchacha como si de una oveja perdida se tratase.

—¡Lily!

Hope trató de contener la emoción, no quería llamar la atención de ese hombre que irradiaba amargura por todos los poros.

Lily se giró y la miró extrañada, ¿quién la llamaba? Tardó en reaccionar, como si su mente se negara a creerlo. Entonces, sus ojos se agrandaron. Había pasado mucho tiempo, sí, y ya era toda una mujer, pero su rostro y sus cabellos seguían siendo los mismos, así como su expresión dulce y aquella mirada.

No podía ser cierto, después de tantos años… Contuvo un grito de alegría cuando fue consciente que la tenía a su lado, a ella, por la que tantas noches en vela se había preguntado por su paradero, y sin perder el ritmo de su caminata habló.

—Hope, pensaba que no te volvería a ver. ¿De verdad eres tú?

Las amigas se dieron un rápido abrazo.

—En carne y hueso —sonrió.

—Yo… ¿Estás bien? Te he echado tanto de menos.

—Estoy bien, Lily, dime ¿a dónde vas?, ¿dónde has estado todo este tiempo?, lograste salir? —Tenía tantas preguntas que no sabía cómo ordenarlas.

—Tuve algo de suerte —dijo en un susurro—. Una señora me llevó consigo después de ver mi trabajo, una modista, Hope, ¡¿te lo puedes creer?!

Hope sonrió, aunque no estaba segura de si debía hacerlo. Conocía a su amiga y, a pesar de que con sus palabras quería demostrar alegría, su rostro decía otra cosa. Le dio una mano con caluroso afecto mientras continuaban el ritmo en cada paso. Y de verdad esperó que, fuera quien fuese esa mujer, la tratara con al menos algo de dignidad y no como hacían sus tíos con ella, hasta el punto de creer que quizá estaría mejor en St Joseph.

—¡Me alegro por ti! —dijo al fin, sin poder evitar fijarse en su cojera. Tenía esperanza que con los años se le pasara, pero sus deseos no se realizaron. Aun así, conseguía seguir el ritmo acelerado de ese hombre.

—Dime, ¿eres feliz?, ¿has cumplido la promesa de serlo? —dijo su amiga con rapidez.

—Eso no importa ahora, dime cómo están todos, ¿sabes algo de ellos? —Hope estuvo a punto de tropezarse.

—Logan se escapó poco después de que te fuiste, su madre falleció, y el padre Marcus consiguió que Thomas estudiara en una universidad, él mismo me dio la noticia por correspondencia el otro día.

—¡¿De verdad?! —exclamó entusiasmada—. Era el mejor en sus clases, se lo merece.

—¿¡Qué demonios haces?!

Las dos muchachas se chocaron de lleno con el anciano y notaron el frío que emanaba su cuerpo. Se quedaron de piedra.

—¡Aparta!

El hombre, de un empujón, precipitó a Hope sobre el empedrado.

Lily fue a agacharse a ayudarla, pero el animal la tomó del brazo y

tiró de ella.

—¿Quieres que le diga a la señora Harper que no te di las telas por tu estupidez? Quizá que te partiste el cuello o que caíste en el río. —Su sonrisa fue tan asquerosa que le faltó poco para que una arcada se hiciera visible—. Total, tampoco te tiene mucho aprecio.

Lily miró a su amiga con ojos de disculpa y arrepentimiento por haberla mentido y se dejó arrastrar por el anciano que, sin duda, era peor que el señor Finch.

—¡Volveremos a vernos! —gritó Hope—, lo haremos —agregó para sí.

Cuando se levantó, se encontró con el rostro de tía Prudence y esperó lo peor.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Vagar por las calles?

No lo vio venir, el bofetón hizo tanto escándalo que varios transeúntes lo presenciaron con asombro.

—No, tía.

—Me lo imaginaba. Es la última vez, muchacha malcriada, ¡la última! Sabes que me sobran motivos para dejarte en la calle muerta de hambre ¡No me des más! En cambio, he conseguido que…

Hope esperó que continuara, pero no sucedió.

—Sigue trabajando, el pescado no se descamará solo, ¿verdad?

—No, tía.

Hope suspiró y de soslayo vio desaparecer a su amiga, que se subía en un carruaje. ¿La volvería a ver? Se alegró al saber de Thomas. De los seis, siempre había sabido que él llegaría lejos. Y en cuanto a Logan, su preocupación creció. ¿Estaría comiendo al fin? Esperaba de corazón que estuviera bien, cuando toda clase de ideas de lo que podría pasarle a un muchacho solo en el frío Londres cruzó sus pensamientos. Logan se merecía una buena vida y alimento, sobre todo alimento, del que se había privado para dárselo

a su madre.

Siguió con sus tareas hasta que, de regreso a casa, comenzó a mover entre sus dedos el preciado chelín que era suyo y de nadie más. Fue entonces cuando lo vio: aquel hombre bajando de un carruaje. Era el mismo que había visto el día anterior hablando con su tía.

¿Qué hacía allí otra vez?

El extraño llamó a la puerta, y Prudence la abrió con una lánguida sonrisa. Sin decir palabra, el hombre le depositó una pequeña bolsa entre las manos.

Algo insólito e inquietante sucedía frente a sus narices y su instinto le gritó que estaba en peligro. Supo que tenía razón cuando su tía clavó su mirada en ella, una mirada que hablaba por sí sola: La había vendido.

Hope se quedó petrificada y no reaccionó hasta que aquel hombre se acercó a ella. Dio tres pasos hacia atrás. Tropezó. Se giró y corrió mientras su corazón latía con fuerza y el aire raspaba su garganta. No sabía a dónde iría, ni si dormiría bajo un techo esa noche, lo único de lo que estaba segura era de que tenía que huir de ese hombre. Pero no le dio tiempo. Una mano fuerte la sujetó del cabello e impidió su cometido. ¿Dónde estaba su tío?, ¿por qué no la ayudaba?

—Topo, la tengo, no se preocupe —dijo el del agarre.

¿Topo? No sabía quién era ni quería averiguarlo.

Se revolvió como un gato salvaje para tratar de zafarse, pero no hubo manera, hasta que otra mano se aferró a su muñeca y la apretó sin piedad.

—Ahora vas a comportarte y me vas a acompañar. A partir de hoy me perteneces, ¿entiendes?

—¡Socorro! —gritó—, tía, por favor, ¡no me hagas esto!

—Nadie te oirá chiquilla, hoy está el boticario en la plaza y sabes qué pasa cuando esto sucede: ¡que nadie está por aquí!

Su tía sonrió y la miró condescendiente.

—Es por las dos, chiquilla. Yo gano tu ausencia y, por supuesto, dinero. Y tú… bueno, digamos que un lecho caliente todos los días.

—No, por favor, se lo ruego, ¡no! ¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes!

—Sin duda no se aburrirá con esta, jefe.

El que se hacía llamar el Topo y su cochero la metieron a la fuerza en el carruaje, entre patadas y arañazos.

Su comprador se sentó frente a ella. Parecía que había sustituido la ira por el llanto, y la observó con cierta diversión.

El tipo era repulsivo y demasiado alto, tanto como para que sus rodillas dieran en el asiento de enfrente. Esto hizo que Hope se sintiera más acorralada, si cabía.

—¿Ya puedo hablar contigo?, ¿o vas a seguir comportándote como un animal? Mira, somos marido y mujer, en este papel lo dice.

Hope lo contempló con pánico, no sabía que alguien podía casarse sin enterarse, pero ese documento parecía de verdad y debía serlo, por la seguridad que el extraño tenía en sus palabras.

—¡Ten y déjame ir! —reaccionó.

Hope lanzó el chelín con fuerza a su rostro y lo encaró, pero el hombre, lejos de tomarse aquello como una ofensa, comenzó a reír.

—¿Piensas que con un chelín comprarás tu libertad? He pagado por ti mucho más que eso. Un chelín —continuó riéndose.

—¡Mi tía no me puede vender!

—Pues permíteme decirte que, sin duda, lo ha hecho.

—Déjame ir. ¡Te lo advierto! —gritó a todo pulmón.

En su vida, jamás había sacado a relucir tanta rabia. Se limpió las lágrimas y con una mirada de ira lo atravesó. Si pensaba ese

malnacido que se iba a rendir con facilidad, lo tenía claro. Era una mujer luchadora y, al igual que defendió el cuerpo de Luke aquel día, no dudaría en defender el suyo propio a toda costa.

—¿Que tú… —La tomó de la barbilla— me adviertes a mí? ¿Sabes quién soy, muchacha?

—Un imbécil, un desgraciado que, por lo horrendo que es, necesita raptar a una mujer en vez de conquistarla.

—Adoro esa lengua de los barrios bajos, sin embargo… ¡Ahhh! ¡Serás zorra!

Hope escupió la sangre del mordisco que le acababa de dar en la mano que sostenía su barbilla. La bofetada que recibió tras su acto de supervivencia solo sirvió para que se incendiara más. Puso su mano en la manivela del carruaje con rapidez, pero él la agarró y la empujó tan fuerte que estuvieron cerca de volcar. El cochero disminuyó la marcha. Había escuchado el grito y sentido el tambaleo del carruaje. Su señor se estaba beneficiando ya de su compra, no había podido esperar más, y no era para menos, la muchacha era una delicia para los ojos del que la viera.

Allí dentro todo era un manojo de manos, piernas y zarandeos. Hope se valió de su tamaño para poder moverse rápido en el espacio reducido. El hombre, demasiado grande para el carruaje, apenas podía maniobrar, lo que le dio a Hope una oportunidad. Aprovechó un movimiento y le dio donde sabía que más le dolería: entre las piernas. El Topo se llevó las manos al lugar de su tormento y, en cuestión de segundos, Hope tomó su chelín del suelo, abrió la puerta y se tiró sin meditarlo dos veces. No había tiempo para pensar en las consecuencias de la caída.

Rodó por el suelo, el impacto golpeó sus huesos y su piel ardía. Con torpeza y haciendo acopio de su fuerza interior, se arrastró fuera del camino. No podía parar. Si se detenía, la encontrarían.

—¡Detén el carruaje!

El cochero así lo hizo, soltó las riendas y bajó a toda prisa.

—¡Encuéntrala!

—Jefe, ¿qué ha sucedido?

—Se ha escapado, ¡encuéntrala!

—Pero ¿cómo?

El Topo salió del carruaje en una exhalación, agarró al cochero del cuello y lo levantó tres palmos del suelo.

—¡Eres un inútil! —El Topo lanzó a su subordinado al adoquinado.

—¡Te encontraré! —gritó al viento—, ¿¡me oyes?! ¡Lo haré!

Miró a su alrededor lleno de furia y regresó al carruaje.

Capítulo 4

Habían pasado dos días desde su escape, los mismos que llevaba escondida, muerta de frío y con hambre. No sabía dónde estaba, no conocía esa parte de Londres, aunque parecía ser aquel lado con el que de pequeña había soñado. De ahí provenían las damas elegantes que alguna vez había visto pasar en sus carruajes.

Al caer la noche, agazapada tras los barriles de una taberna, había visto aparecer caballeros que imponían con su sola presencia, y de día, pasear a algunas damas con vestidos que seguro costaban mucho más de lo que aquel miserable había pagado por ella.

Sus tripas rugían sin cesar, y el chelín seguía intacto en su bolsillo. No se atrevía a salir, no quería. Pero esa misma noche, un rostro hermoso se acercó en sus sueños fríos y le repitió aquellas palabras:

«Si alguna vez necesitas ayuda, acude a mí».

Decidida, abrió los ojos con un solo nombre en su mente: madame Laurent. Recurriría a ella y ella la ayudaría. Pero ¿cómo buscarla?

Quizá fue el cielo, que rompió a llover, o el caballero borracho que la encontró escondida al ocultarse para devolver lo que había cenado esa noche lo que la impulsó al salir de su resguardo. En cualquier

caso, se encontró en la soledad de las sombras, empapada y temerosa de que ese hombre la viera y, de nuevo, la atrapara.

—Soy un nudo de los fuertes —se dijo aquellas palabras que tanto la habían ayudado a seguir adelante un tiempo lejano—, soy uno de los fuertes.

Caminó sin rumbo mientras se abrazaba a sí misma y se ocultaba en las sombras cada vez que divisaba un alma, hasta que vio a un anciano cruzando la calle. Este no podía distinguir más que el suelo con el sombrero encajado hasta las cejas, para no empaparse, al menos, el rostro. En un abrir y cerrar de ojos, un carruaje se aproximó a máxima velocidad. Los pies de Hope se movieron antes de que pudiera pensarlo. Se lanzó sobre el hombre, empujándolo con todas sus fuerzas. Logró sacarlo del camino, y tanto el dolor causado por el golpe como la fría sensación del suelo mojado contra su mejilla se hicieron presentes.

Después de levantarse, el sujeto se sacudió la ropa y se marchó malhumorado sin tan siquiera mirarla. Hope parpadeó incrédula. Ni una palabra, ni un gesto. Nada.

—¡Será imbécil! ¡Maleducado!, ¡desagradecido! ¡Uh! Si lo llego a saber… ¡¿Es que ni siquiera saben dar las gracias?!

Sus gritos desesperados rebotaron en las calles mojadas y vacías y fue entonces cuando la puerta del carruaje, que se había detenido, se abrió.

***

Esa misma noche, la distintísima vizcondesa Martha Shaw gritaba con una agitación poco apropiada para sus bien entrados setentas.

¡¿Qué quería ese hombre?!, ¡¿que le diese un infarto?!

Resguardada de la lluvia en su ostentoso carruaje, que bien

podrían pensar que se trataba de la reina, continuó con sus divagaciones mientras el señor Lamb la miraba con los ojos bien abiertos.

—¡Pamplinas! ¡Necesito recibir amor, dice! ¡Lo que necesito es depositar el mío en alguien! Y, válgame Dios, que ese alguien no será un caballero, tuve suficiente con aguantar al mío… —Su resoplido fue tal que podría haber apagado cien velas—. Quizá un animal sería lo ideal, un gato sería… ¡No! Son desagradecidos e independientes. Un loro, he oído que incluso pueden repetir palabras; no, conociéndome sería peligroso. Veamos, necesito una distracción, no sé qué podría ser y, por el amor de Dios, no me pondré a bordar, no he conocido hacer más absurdo y aburrido.

Clavó su mirada en el señor Lamb, que había sido su médico por más de veinte años, y el hombre tragó saliva con dificultad. Cualquier cosa podría salir de la boca de esa mujer a continuación.

—¡No me está ayudando!

El caballero dio un bote y se recolocó los lentes tras un carraspeo.

—Si me permite ofrecerle mi opinión…

—No se lo permito.

—Pero ¿no quería que…?

Sus palabras fueron interrumpidas por el frenazo inesperado del carruaje, que casi provocó que lady Shaw acabara en brazos del caballero.

Se incorporó de inmediato y sacó la cabeza por la ventana., ¿Qué demonios había sido eso? Iba a gritarle a su cochero por semejante falta, pero vio un cuerpo femenino levantando a un hombre para apartarlo del camino. La observó y cuando esta comenzó a lanzar una serie de improperios, sonrió. Una idea revoloteó sobre ella hasta meterse en su cabeza.

—Bájese —dijo hacia el señor Lamb.

—¿Cómo dice?

—Que se baje.

—Pero, milady, está lloviendo.

—Cosas más graves se han visto… ¿Qué es lo peor que le puede pasar?, ¿que se moje? Menuda atrocidad, no le consideraba tan remilgado.

—Claro que…

El galeno se dio cuenta enseguida de que no tenía sentido discutir. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja a esa mujer, era inamovible. El médico se bajó y el carruaje avanzó un par de metros hasta que la vizcondesa lo hizo detenerse con varios toques de su bastón en el techo.

El cochero se bajó confuso y habló.

—Milady, es tarde, no deberíamos…

—¿Desde cuándo cree poseer el poder de rebatirme, Morris?

—Yo… este… nunca se me ocurriría.

—Aparta, no me dejas ver.

Lady Shaw quitó de su visión al cochero empujándole con su bastón y por fin la vio.

—¡Muchacha! Muchacha, acércate a esta pobre anciana.

Hope miró hacia un lado y luego al otro, ¿se refería a ella? Atisbó el carruaje y cerró los puños. Aquella mujer debía de ser importante o, al menos, tener mucho dinero. Seguro quería reprenderla o, peor aún, entregarla a la policía del Támesis. Pero lo que acababa de suceder no había sido su culpa.

Comenzó a retroceder, aunque la dama seguía empeñada en hablar con ella.

—No pienso hacerle nada, criatura. Estoy de acuerdo con usted, ese tipo era un imbécil, debería vigilar por dónde caminaba, ¿no cree?

En ese instante Hope detuvo su huida, ¿había escuchado bien? ¿Esa dama estaba de acuerdo con ella y había usado su mismo lenguaje para repetirlo?

—Solo dígame una cosa, ¿qué diantres hace en la calle con el cielo desparramándose de esta manera? Y no digamos a estas horas.

Hope valoró si debía contestar o huir, no obstante, la mirada de la dama la llenó de una inesperada confianza. Por el lugar en el que había crecido, le era difícil confiar en alguien, había aprendido a que no se podía fiar ni de su sombra, pero esa mujer… Al fin se decidió por lo primero.

—Escapar —replicó con total sinceridad.

—¿De qué? Perdone mi curiosidad, es que estoy realmente aburrida esta noche.

Hope abrió los ojos de par en par. La dama era peculiar, así que se acercó dejando toda precaución atrás.

—Escapo de una vida que no estoy dispuesta a vivir.

La sonrisa de Martha no pudo ser más amplia.

—Suba.

—¿Qué dices?

—Milady, no sabe quién es, no sabe… —El cochero se vio en la necesidad de intervenir, ¿acaso su señora había perdido el juicio?—. Podría ser una prostituta, ¿qué pensarán si la ven y…?

—¿Cuándo me ha importado lo que piensen de mí, Morris?

El cochero retorció su boina entre sus manos.

—Dime, niña, ¿vendes tu cuerpo?

Ella negó con la cabeza

—Relájese de una vez, Morris y llévenos a casa.

Hope miró en dirección a la calle y luego hacia el carruaje. ¿Qué podría perder? Fuera lo que fuera, no podría ser peor de lo que ya había vivido, y esa mujer tenía el rostro afable, no parecía tener

oscuridad como la que se había encontrado en los ojos de los que tantas veces se había visto rodeada.

Dio un paso, luego otro, hasta que se vio sentada frente a la dama y el traqueteo del carruaje comenzó. Nunca se había subido a un carruaje, y tuvo el amago de levantarse al ver la hermosa tela que forraba los asientos; la había empapado. ¡Oh no!, en ese momento temió que la regañara.

—Muchacha, siéntese bien, es solo tela, se secará.

Hope, con la duda en el rostro, volvió a sentarse. Con sus mangas intentaba taparse las manos y no había alzado aún su semblante desde que le había dirigido la palabra.

—¿Sabe leer?

Hope asintió.

—¿Escribir?

Asintió de nuevo.

—¿Sabe cuánto es siete, más dos, menos cuatro?

Hope le enseñó con timidez sus cinco dedos.

—Bien, este es el asunto: no puedo caminar, y mi antigua dama de compañía se acaba de casar con un petimetre. Lo prefirió a él antes que a mí, por increíble que parezca.

Ahí fue cuando al fin Hope irguió la cabeza y lady Shaw pudo intuir su belleza tras la suciedad.

—He visto la fuerza que posee con mis propios ojos, aquel hombre debía pesar lo mismo que yo, si no más, y pudo con él; así que he tomado una decisión: será mi dama de compañía.

—Pero…

—Le enseñaré modales, a caminar como Dios manda y, Dios me libre, a bordar. Resulta que es una actividad que entretiene a las damas mientras cotillean de la sociedad. Leerá para mí y me acompañará a todos los acontecimientos sociales, cuando esté lista,

por supuesto. Y además, será mi enfermera personal y otras tantas cosas que se me vayan ocurriendo.

Hope entrelazó sus manos, nerviosa, y volvió a agachar el rostro. Le pediría algo a cambio, estaba segura.

—Sé lo que está pensando, todo esto que le ofrezco debe tener un precio.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Hope. Lo sabía, en el mundo, al menos en el que ella conocía, no existía la gente buena.

—A cambio, deberá decirme toda la verdad: quién es, de dónde viene, dónde ha estado, ¡hasta lo que comió ayer! Con todo me refiero a todo, pues una sola mentira hará que esto termine, ¿de acuerdo? Y créame que las mentiras salen a la luz tarde o temprano.

¿Sinceridad? ¿Ese era su pago? ¿La aceptaría después de saber que huía? De nuevo, alzó el rostro y clavó sus ojos llorosos en los que la miraban con curiosidad.

—Te diré toda la verdad, señora.

—Empieza por tu nombre, querida.

—Hope, me llamo Hope.

—Bien, Hope, primero se dará un buen baño y dormirá en una cama. Mañana, querida, tras el desayuno, me contará toda su vida. Y ahora, a bote pronto, como primera lección, muchacha, a las damas, yo incluida, y a los caballeros, se les trata de usted. Y se referirá a mí como lady Shaw, lo de señora hace que me sangren los oídos. ¡Qué palabra tan desagradable!

Hope, esta vez, en lugar de agachar la cabeza, la giró hacia la ventana; ya no se mojaba ni su trasero reposaba en una dura piedra, tendría un baño, una cama y un desayuno. Tras una vida de penurias, por fin la vida le sonreía.

***

Al llegar a la mansión, Hope no pudo evitar abrir y cerrar la boca varias veces y pestañear con rapidez, como si así aclarara la imagen. La fachada era preciosa, del al menos tres pisos, y unos colores pastel cuidados y limpios, nada comparado al barrio de donde ella provenía.

Lady Shaw la observó de arriba abajo desde la comodidad de su asiento, mientras esperaba que Morris se dignara a ayudarla a bajar. La muchacha estaba hecha un desastre, no obstante, tenía buena postura y un cabello dorado precioso, a pesar de estar cochambroso, nada que no se pudiera solucionar con un buen lavado. Era demasiado delgada para su gusto, pero en cuanto comiera un poco, de ahí saldría una figura que sería la envidia de muchas. Le daría en las narices a lady Culpepper y a su sobrina, no había conocido a mujer más fatigosa en cuanto a alardear de los atributos de un familiar.

—¡Será inaguantable!

El grito hizo que Hope la mirara de forma repentina, ¿se referiría a ella?

—Oh, perdóneme, querida, me he acordado de alguien. Bien, vamos, no soporto verla de esa guisa. Morris, ¿se puede saber por qué tarda tanto?

—Discúlpeme, milady, estaba secando el asiento de su silla.

—Oh, vamos, me pondré en breve el camisón, no me importa mojarme las posaderas con unas gotas.

—Muchacha, empiece a trabajar.

Cuando Morris la hubo sentado en la silla de ruedas, le hizo señas a Hope para que la empujara.

—El tallado es muy chulo —declaró Hope al fijarse en el laborioso trabajo.

—¿*Muy chulo*? Definitivamente trabajaremos ese lenguaje.

Precioso, esplendoroso, atrayente, incluso bonito si me apura. Aun así, no hace falta que elogie mi silla pensando que así me encontraré mejor con mi situación.

—Oh, no quería…

—Vamos, sea sincera, ¿qué es lo primero que le ha venido a la mente al verme aquí sentada?

—¿Qué te ha pasado?

Preguntó sin timidez y provocó una sonrisa en la vizcondesa justo antes de que el ama de llaves abriera la puerta. Margaret se agachó y secó las ruedas de milady con el objetivo de que no manchara toda la entrada. Le gustaba mantener las cosas limpias, por eso se quedó estupefacta al ver a la dueña de las manos mugrientas que empujaban a su señora. ¿De dónde la había sacado?, y… ¿la acababa de tutear?

—Sin más, dejé de andar —respondió.

—¿Sin más? —Hope alzó las cejas.

Lady Shaw se dio cuenta de que el ama de llaves observaba demasiado a su nueva invitada, y no le convenía que escudriñara su imagen para lo que tenía pensado. Sus días de aburrimiento habían terminado.

—Margaret, puedes retirarte por hoy. Es tarde.

—Pero ¿quién la ayudará esta noche? Ya que Marie se ha ido, yo debo…

—Tonterías, no es trabajo de un ama de llaves. Me buscaré la vida. ¿No lo he hecho siempre?

—Sí, milady.

—Bien, ahora retírate.

Margaret agachó la cabeza, molesta. Una vez más, había creído ser más que su ama de llaves. La palabra amistad le cruzó la mente varias veces, pero no podía haber concepto más erróneo para su

posición. Aun así, lady Shaw solía contarle todo: sus dolencias, lo que había sucedido en los bailes de la temporada, sus paseos por Hyde Park, lo que extrañaba a su marido y a su hija... Aunque a esta última solo solía dedicarle unas cuantas palabras antes de encerrarse en sí misma y en su habitación. Margaret la observó de nuevo a lo lejos y la vio sonreír. Algo tramaba, y esperaba enterarse pronto.

—La muerte llega sin más querida, ¿no podría ser así mi cojera? —dijo retomando la conversación.

—¿Estás…? Perdón, ¿está malita?

—¿*Malita*? Por el amor de Dios, muchacha, ¿qué edad tiene?, y no me diga que ocho porque, desde luego, aparenta más.

—Tengo veintiuno.

—Bien, pues va siendo hora de que se comporte como alguien de su edad, chiquilla.

—¿Cómo tendría que haberlo dicho, entonces?

Lady Shaw volvió a sonreír. Ahí estaba, sabía que había hambre de conocimiento en la moza, lo había percibido al instante en sus vivos ojos.

—¿Está enferma?, ¿padece alguna dolencia?, ¿no se encuentra bien?

—Vaya…

—Sí, querida, el vocabulario es extenso y una buena herramienta para decir lo que quiere sin dar rodeos. —La miró risueña—. Ahora dejemos el parloteo y lléveme a mi alcoba.

Hope siguió las vetas del suelo de madera noble hasta que se topó con una reluciente escalera de mármol blanco. No pudo evitar tragar saliva.

—Quite esa cara de espanto, no tendrá que subirme. Mis aposentos están aquí abajo.

—¿Con los esclavos?

Lady Shaw profirió tal carcajada que retumbó en las paredes y regresó a ellas.

—¿*Esclavos*? Vas a ser la mar de entretenida. Querida, hace cinco años se abolió la esclavitud en Inglaterra, aunque mucho me temo que aún no ha sucedido en las colonias, pobres almas. En fin, todos mis empleados tienen su salario.

—Perdón, es que dónde vivía y vendía pescado, muchos se quejaban de sus amos y…

—Yo no soy ama de nadie, ¡ni siquiera de mis piernas! Ahora basta de cháchara. Estoy agotada y estas telas han empezado a calar mis huesos.

—Sí, señora.

Lady Shaw miró hacia arriba irritada, esa noche se lo dejaría pasar…

—Señora… —refunfuñó antes de darle indicaciones de cómo llegar a su habitación.

Hope la vistió, aunque no entendía por qué necesitaba tantas capas para ello. Al desvestirla, había tenido la misma sensación de cuando pelaba una cebolla; la única diferencia había sido que sus ojos se mantuvieron libres de lágrimas. La vizcondesa aprovechó para explicarle cómo se preparaban los de su clase y la importancia del aseo.

Cuando hubo acabado, Hope se quedó en el umbral de la puerta sin saber muy bien qué hacer.

—¿Va a quedarse ahí toda la noche?

—No, es que yo no sé dónde… dónde...

—¡Seré boba! No sabe aún dónde dormirá. Como comprenderá, no puedo acompañarla. Vaya a las escaleras y llévese una vela, no quiero que sea yo la que tenga que cuidarla por una estúpida caída. Suba y luego gire a la derecha. La segunda alcoba será la suya.

Hope asintió nerviosa, pensó que quizá estaba soñando y seguía escondida tras aquellos barriles, muerta de frío. ¿Cómo había llegado a esa casa? Todo había sucedido a tal velocidad que no le había dado tiempo a ser consciente de dónde se hallaba.

Encendió una vela sobre la mesilla de la vizcondesa, y la luz iluminó su rostro. Martha, envuelta en su manta, retorció las manos. Aunque no lo pareciera, estaba algo nerviosa por la muchacha. Como había dicho, necesitaba depositar su amor, y tal vez ya había encontrado su recipiente. Se encargó de comunicarle a Morris, al bajarla del carruaje, que la doncella debía acondicionar la mejor habitación para esa noche. También indicó que debía preparar un baño, llevar unas viandas y, además, le avisó que al día siguiente partirían hacia su casa en Derbyshire. No podía sacar a Hope por Londres ni moverla en sus círculos hasta convertirla en una dama.

Hope profirió un «buenas noches», salió de la habitación y subió las escaleras hasta la que sería su cuarto. Respiró en profundidad antes de abrir la puerta, con emociones cruzadas: alegría, alivio, miedo y culpa. ¿Se merecía aquello? Sus ojos se llenaron de lágrimas inevitables. La chimenea estaba encendida, y el calor que desprendía envolvió su cuerpo húmedo por los ropajes, causándole un leve escalofrío. Dio un par de pasos más. Todo tenía un aire de comodidad que nunca había experimentado; incluso había cortinas bonitas, de aspecto pesado. Frente a ella, vio la cama con un precioso dosel, un escritorio y una bañera humeante que desprendía el aroma más placentero que había olido en su vida.

Cayó de rodillas en la alfombra, llevándose al rostro sus manos sucias y magulladas, y comenzó a llorar como nunca antes se lo había permitido. Pensó en sus amigos. ¡Cómo le gustaría poder compartirlo con ellos! Un lugar donde las velas no desprendieran un olor repugnante, donde pudieran bañarse con agua caliente en vez

de recibir chorros de agua fría una vez por semana, donde pudieran comer esas deliciosas viandas que, al verlas, hicieron rugir su estómago con fuerza. Pensó en el padre Marcus, que tanto los había ayudado a sobrevivir, y rezó para dar gracias y por sus amigos.

Capítulo 5

Una tenue luz se coló por los huecos de las cortinas. Hope estiró sus brazos y luego movió los dedos de sus pies —que por esa noche no habían pasado frío—, envueltos en unos calcetines de lana. El camisón, que le quedaba algo grande, se enredó entre sus piernas, lo que provocó que casi no pudiera moverse. Sin embargo, cuando abrió los ojos fue consciente de que había dormido en el suelo, como solía hacer. Entonces lo recordó. Se despertó llorando, pensando en Lily y en los demás. Lo más probable era que ellos no dispusieran de una cama. Se sintió miserable y se recostó sobre el suelo. Al fin pudo dormir.

Se echó la bata que encontró sobre la cómoda y, al rato, se reunió con la vizcondesa en el saloncito donde desayunaba.

—¡Por los cabellos de Afrodita! ¡Es usted hermosa, chiquilla!

Martha Shaw dejó su taza de té de súbito sobre el plato, que estuvo a punto de romper con el entusiasmo.

—Siempre he tenido buen ojo —sonrió—. Ven, siéntese, está hambrienta, seguro. Hoy lo pasaré por alto. Le dije a la doncella que me ayudara, pero estuvo a punto de dejarme caer al suelo. Esa muchacha no levanta ni una pluma, ¿comprende?

Hope se acercó y supo que quizá debería haberse despejado un poco más. Aquella mujer estaba pletórica de energía y solo eran las… once.

—¡Son las once! —El reloj que pendía de la pared debía estar mal.

—Sí, querida, es la maravilla de dormir con cortinas. Imagínese: desde las siete, con la luz de la mañana sobre el rostro… ¡Qué molestia!

—Pero yo nunca… nunca me he levantado a esta hora, se lo juro.

Acto seguido se dio dos golpes fuertes en el pecho.

—¡Pero, muchacha! ¿Quiere reventarse sus preciosos atributos? ¡Qué gestos son esos!

—Perdón, es que cuando jurábamos en St Joseph, cuanto más fuerte nos diéramos, más verdaderas eran nuestras palabras.

—Una fea costumbre. Espero que no la vuelva a hacer. La creeré, muchacha, pero no se machaque. Y una cosa más antes de que se siente: la doncella me ha informado que, al avivar el fuego, la encontró en el suelo, bien acurrucada. ¿Es eso cierto? No, no se golpee… —se precipitó a decir cuando Hope llevó la mano al pecho.

Hope se limitó a asentir.

—¿Se puede saber por qué?

—No tengo el derecho.

—¿Que no tiene…? Pero ¿qué sandez es esa? Venga, ya siéntese, que me empieza a doler el cuello de mirarla. En fin, ha llegado la hora de que me lo cuente todo. Quizá así nos entendamos mejor.

Hope pidió permiso para coger un panecillo y luego se lo llevó a la boca con desesperación. ¡Se veía tan esponjoso que no pudo evitarlo!

—Llegué a St Joseph cuando tenía cinco años y…

—¡No hable con la boca llena! Trague, querida, trague.

Después de eso, Hope continuó con su historia, tratando de

contener su apetito, que no era más que gula, pues había aprendido que, si tenía comida frente a ella, lo mejor era comérsela sin desperdiciar ni una miga. No sabía cuándo a la señora Quirk del Workhouse se le cruzarían los aires y decidiría castigarla sin comida. No dejó ni un atisbo de su historia por contar, y cuando hubo acabado, le dolía el estómago.

Martha no recordaba haber tenido una mañana tan entretenida en mucho tiempo, y tampoco su corazón se había conmovido tanto por una desconocida, que ahora ya no lo era tanto. Y pensar que algunas muchachas creían que los mayores problemas eran que sus lazos no combinaban con sus zapatos de baile o que una pluma no encajaba en su tocado... Ahora entendía la culpabilidad que sentía Hope por disponer de todo lo que ella le ofrecía, como algo tan simple como una cama.

—Tiene un nombre precioso, Hope, me encanta. Sin embargo, es una lástima que haya que cambiarlo.

—¿Qué? No, por favor. Es lo único que me queda de mi madre. No podría…

—Entenderás que, si está huyendo de ese tal Topo, no puede ir por ahí y decir su nombre. Se lo pondría demasiado fácil, chiquilla.

—Me cambiaré el apellido, pero no mi nombre, por favor.

Martha iba a rebatirle, pero estaba claro que aquella muchacha lo había perdido todo, y no quería quitarle lo único a lo que tenía apego. Además, pocos sabían su nombre; al fin y al cabo, en la pomposa Londres, la mayoría se refería a los demás únicamente por su apellido. Bien, se lo concedería.

—Inventaré un apellido. Tengo una prima lejana que falleció hace poco. Serás su hija; nos inventaremos una historia. Esta sociedad se cree todo, hasta que el rey se rasca el trasero con las ramas de un naranjo español. Me aseguraré de dejarle claro a Margaret quién

eres. Esa mujer es la vocera oficial de todo el servicio de Londres. Usted no fue la muchacha que entró anoche, zarrapastrosa. ¿De acuerdo? Llegó esta mañana. Ahora, aséese antes de que vuelva, pues la envié con un recado. Y en cuanto termines, partiremos a Derbyshire, querida.

—¿Derby... Derbyshire?

—Sí, querida. Saldrá de Londres, respirará aire puro y regresará como debe ser: mi más fiel dama de compañía y protegida.

***

Un año después

La familia Rowles era la anfitriona del primer baile de la temporada. Lady Janet estaba orgullosa y feliz; el conde Reynold Rowles se paseaba con aquella elegancia tan suya mientras conversaba con sus conocidos y aprovechaba para cerrar algún que otro negocio. El hijo mayor, Leonard, vizconde por cortesía, llevaba a su mujer todo lo que esta demandaba durante la velada, e incluso la abanicaba de vez en cuando, provocando las risas de sus amigos, que le lanzaban burlas continuas. Pero si alguien desentonaba en su totalidad, con el rostro arrugado y cansado del esfuerzo de sonreír sin ganas cada vez que su madre lo observaba, ese era Edmund, el pequeño de los Rowles, aunque solo se distanciara un año y medio con su hermano.

Llevaba bailando no más de un minuto con la muchacha que su progenitora se había empeñado en que la sacara a bailar. Por decir algo a su favor, aquella joven se movía con gracilidad, pero tenía más busto que ingenio. Su conversación no era pobre, no; era inmensamente peor, rozaba la miseria y se codeaba con la estupidez.

¿Esa era la medida de su intelecto? ¿Qué demonios le importaba a él la textura de la muselina o la disputa por el color de sus lazos con su hermana? ¡Por los clavos de Cristo! Tuvo que interrumpirla o el dolor de cabeza que ya traía terminaría por taladrar sus sesos.

—No dudo de su buena voluntad, pero me resulta difícil encontrar interés en una charla tan insustancial.

Lo dijo tan rápido que la pobre muchacha no supo si había escuchado bien, aunque por la mirada que le echaba ese caballero supuso que, por desgracia, lo había entendido, y se ruborizó al instante.

—¿Se encuentra bien? —preguntó avergonzada en el momento en que él se soltó de su mano para llevársela a la sien.

—La verdad es que no. Si bailo un solo acorde más, me estallará la cabeza. Pero, tranquila, procuraría no mancharle su precioso vestido.

Para su asombro, la joven suspiró aliviada. ¿Será posible? ¡Se acabó! Hasta ahí había llegado. Había cumplido con su madre y no hallaba un motivo más para alargar aquella tortura. Aguantó los treinta segundos que quedaban por no ser descortés o, más bien, para no escuchar la reprimenda de lady Janet, y con una ligera venia y una sonrisa forzada, la dejó atrás con el rostro embarullado.

—¿Qué le has hecho a la pobre?

Su madre se acercó a él, acelerada, pero mantuvo la elegancia, con sus labios bien estirados como hacía siempre para ocultar sus preocupaciones.

—¿Qué le he hecho? La pregunta es más bien al revés. Le juro, madre, que, si llego a escuchar una vez más sobre lo brusca que era su modista, hubiera corrido hasta el Támesis para que me engullera en sus aguas oscuras.

Sacó su aceite de menta y se aplicó una ligera cantidad en los

dedos para luego extenderlo en sus sienes y en la zona del bigote.

—Oh, Edmund, no seas tan dramático, hijo mío.

—¿Puedo irme ya?

—No, y lo sabes. ¿Cómo dejarías a tu pobre madre si su propio hijo abandona el baile que regenta?

—De pobre usted no tiene nada, madre. Si supiera…

—¡Pff! Hermanito, otra vez no, ¿quieres? No atosigues a madre con tus monsergas morales y aburridas. No querrás que desaparezca esa sonrisa —dijo señalando sus labios.

—Como si fuera real. ¿No le duele el rostro, madre?

—¡Edmund! Sé lo que intentas y no pienso echarte del baile.

Esa vez su sonrisa fue genuina.

—Ven, Ed, quiero que hables con…

—No me digas que es otra vez la sobrina de lady Culpepper.

—Hoy está radiante, hermano, mira cómo revolotean a su alrededor los moscones.

—¿Saben tus amigos que te refieres a ellos como moscas?

Leonard soltó una carcajada que atrajo miradas, entre ellas la de la señorita Sarah Culpepper, que era tan perfecta que parecía haber sido esculpida en mármol.

Sus ojos azules no pasaron desapercibidos para Edmund, como otras tantas veces. Era atractiva, sí, mentiría si no dijera que alguna vez había querido enredar sus dedos en esos bucles dorados, pero tenía un gran defecto que quizá solo él veía: esa joya estaba vacía.

—Me tomaré algo en la biblioteca mientras esto acaba —dijo, y se soltó del agarre de su hermano, esperando que no hiciera una escena, ya que, por sus ojos vidriosos y su labia floja, diría que se había pasado de copas, lo cual, con la mujer que tenía, no le extrañaba.

A las horas, dejó el libro que estaba leyendo, agradecido de que

nadie lo hubiera interrumpido, y entreabrió la puerta para ver si ya se habían ido todos. El bullicio había disminuido y los músicos habían dejado de tocar hacía rato, pero la voz de su madre se abrió camino, retumbando en las paredes.

—¿Dónde se ha escondido?

—En la biblioteca, por supuesto —dijo su hermano.

—Leonard, siempre traicionas a tu hermano —intervino Reynold, que fue tras ellos.

—Solo por diversión, padre, y en situaciones absurdas como estas. Sabe que me batiría en duelo por él si se diese la ocasión.

—¡Dejad de decir sandeces los dos! ¡Edmund, sal de ahí en este instante!

Al contrario, Edmund cerró la puerta y dio tres zancadas hasta toparse con el escritorio de su padre. La condesa entró como un torbellino.

—¿Cómo has sido capaz de quedarte aquí encerrado toda la noche?

—Pues ha sido realmente fácil. Primero, me dirigí aquí un paso tras otro, me serví una copa, tomé un libro y…

No pudo acabar la frase. El tercer volumen de *Historia de la Filosofía* de Schlegel voló por la estancia hasta llegar a su cabeza.

—¡¿Me tomas por imbécil?!

—Madre, no se altere —intervino Leonard, mientras el conde observaba y contenía una sonrisa. Su mujer llevaba el fuego en la sangre.

—Madre, la respeto a niveles inimaginables —dijo Edmund, que se acercó y tomó sus manos, más que nada para que no lanzara otro libro a su cabeza—, pero sabe que estas fiestas no son lo mío.

—Pues tendrás que ir. Ya he hablado con lady Culpepper, y su sobrina estaría más que encantada de ser cortejada por ti.

—No tiene derecho, y no pienso hacerlo.

—Deberías sentar cabeza, hijo. Tienes treinta y dos años, y lo único de lo que te rodeas es de enfermos y de ese amigo tuyo, Cedric.

—Que, para ser tu amigo, te ha abandonado en el baile.

Edmund le perdonó la vida con la mirada.

—No tengo prisa, madre, y usted tampoco. Leonard ya se ha casado y es el heredero.

—Ahí le ha dado —intervino su padre.

—¡Reynold!

Su marido levantó las manos en un gesto de rendición.

—Me da rabia que desperdicies así tu vida, que la regales de ese modo, por gente que…

—¿Por gente que qué, madre?

Edmund apretó la mandíbula. Amaba a su madre, la primera que le había hablado de la importancia de la generosidad. Lo que no esperaba era que su hijo decidiera estudiar Medicina y abriera un dispensario a orillas del Támesis para almas que no tenían ni donde caerse muertas, en lugar de hacer donativos ocasionales o enviar a las doncellas con canastas de comida al East End.

—Perdón, hijo. Yo solo quiero verte feliz al lado de una mujer. No quiero que acabes solo.

—Soy feliz con lo que hago. No digo que me cierre al matrimonio, pero esa mujer no ha llegado.

—¡Ni llegará si sigues haciendo lo que haces! —no pudo evitarlo y gritó.

—Al final, terminará regalando también su corazón por pena a cualquier campesina, madre.

—Por Dios, no digas tonterías, Leonard. Tu hermano se merece que…

—Que me amen, madre. Eso es lo mínimo, sin importar a qué me dedique o de quién me rodee.

—Creo que el perro de sir William te ama. Es más, te adora. ¿Qué me decís? ¿Voy a pedir fecha al reverendo?

—Leonard, querido —dijo su madre, tomando aire muy despacio para no estallar—, recuérdame el motivo de tus impertinencias.

—Más que el motivo, es el origen, madre. Me temo que lo heredé de padre.

Reynold soltó una carcajada. Su familia era de lo más entretenida, y estaba feliz por ello.

—¡Por el amor de Dios, Reynold, no le rías las gracias a tu hijo! Eso solo lo empeora.

—No se puede empeorar lo que ya ha tocado el límite, madre —dijo Edmund, dando un último trago a la copa que había dejado en el escritorio.

—«No se puede empeorar lo que ya ha tocado el límite, mami» —repitió su hermano, imitándolo con una vocecilla ridícula.

—¡Serás imbécil! —espetó Edmund, hastiado.

—Y tú un valiente mequetrefe.

Se acercaron el uno al otro con rapidez y comenzaron a darse pequeños golpes que casi acabaron en puñetazos. Luego, se abrazaron, tratando de tirarse al suelo mutuamente.

—¡Reynold, haz algo! Cariño, haz algo. ¡Edmund! ¡Leonard! ¡Que ya no sois niños! Mis sales, voy a necesitarlas…

—Es su forma de demostrar cariño, cielo. No pienso intervenir —dijo, disfrutando cada momento.

—Dios sabe que por algo quería una hija, y me tuvo que dar dos… dos… ¡No sé lo que sois! ¡Y tú! ¡Olvídate de calentar mi lecho esta noche!

A su marido se le cortaron las carcajadas de cuajo y fue directo

tras ella, que había salido como una exhalación.

—Quítame las manos de encima, Reynold —dijo su mujer enfurecida al notar el agarre de su esposo tras su espalda—. Mira cómo has educado a tus hijos.

—Como si solo los hubiera educado yo.

—Reynold Fitzgerald Rowles, no tienes remedio.

Al final, se rindió a su abrazo.

—Es un hecho comprobado. ¿Y sabes qué otra cosa no tiene remedio?

—Sorpréndeme.

—El hecho de que, en el fondo, por muy enfadada que estés, estás deseando que suba a nuestra habitación y te posea.

Janet se dio la vuelta con rapidez y le tapó la boca a su marido.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Te pueden oír!

—A estas horas ya no queda ni el servicio, amor.

—Exacto, no hay nadie, madre —dijeron sus hijos al salir y tratar de contener la risa.

—¡Lo que tengo que soportar! Dormirás en la biblioteca, ¡no se hable más!

—¿Quién ha ganado? —preguntó su padre con rapidez al ver que su mujer desaparecía escaleras arriba.

—Yo, por supuesto —replicó Edmund.

—¡Bien hecho, hijo!

—A mí no me felicitaste cuando le gané hace dos días. —Leonard se cruzó de brazos.

—Eres el mayor, has recibido ovaciones más tiempo. No te quejes.

—Padre, creo que madre acaba de cerrar el cerrojo. Lo he oído claramente —dijo este en respuesta.

—¿Qué? ¡No! —Reynold subió las escaleras en una exhalación—. Janet, ni se te ocurra dejarme fuera.

—Y pensar que afuera de estas puertas se comportan como cualquier otro aristócrata —comentó Leonard.

—¿Es así siempre? ¿El matrimonio? —preguntó Edmund con curiosidad hacia su hermano.

—Te digo yo que, a mí, Portia no me abriría la puerta —respondió —. En cambio, madre la abrirá en 3, 2, 1…

—¡Mira que te gusta torturarme! —se escuchó en lo alto de la escalera.

—O pasas ya, o cierro.

Los hermanos sonrieron, y lo último que se escuchó fue la puerta cerrarse.

Capítulo 6

Apenas había amanecido cuando Edmund terminaba de lavarse la cara y las manos en el aguamanil. Ya vestido, se asomó a la ventana y, como era de esperar, en Eaton Square no había nadie despierto, salvo aquel niño que venía con su abuelo a entregar la leche fresca a las casas como cada mañana. Deseaba tomarse su café negro y sentir el estímulo que este le proporcionaba para un día excitante de trabajo. ¿Qué casos tendría hoy? ¿Podría ayudar a todos? Le gustaba trabajar, sí, razón por la cual su hermano se refería a él como un sujeto raro y, por supuesto, siempre que tenía ocasión se lo recordaba, como el día que se burló de él por haber estudiado Medicina.

—¡Menudo desperdicio! —había dicho—. ¡Y, por el amor de Dios, espero que sea para curar a la aristocracia, pues lo opuesto sería horrendo!

¿Qué podía decir? La palabra «vocación» no entraba en el vocabulario de su hermano. No lo culpaba, debido a su condición de heredero poseía menos libertad para llevar a cabo sus ensoñaciones. En cambio, él podía darse el gusto de disfrutar de lo que hacía gracias a que disponía de unas tierras que su padre le había cedido,

y unos arrendatarios que las mantenían, así como sus cultivos. Y sí, junto con su amigo Gupta, en uno de sus viajes a la India, consiguieron sacar a flote la exportación de té negro de Assam y canela. De hecho, eran de los que más producían, puesto que se negaron a la esclavitud y ofrecían una paga suficiente. Debido a eso, tenían una mano de obra extensa y eficaz; aquello fue todo un acierto que, hacía dos años, había comenzado a dar su fruto.

Con la humeante taza ya entre sus manos, absorbió el aroma con agrado, feliz de poder disfrutar de aquel momento rodeado de ollas, botes de conserva y hierbas aromáticas colgadas. Ese era el territorio de la señora Jones, la cocinera, pero nunca le negaría la visita al señorito Edmund, como ella lo llamaba desde bien pequeño. Sin embargo, ya no solían coincidir por dos motivos: él ya no dormía en la casa de sus padres y, a esas horas, la cocinera estaría en el mercado. Solo se fiaba de su buen criterio para escoger los ingredientes de mejor calidad y, por supuesto, tenía que ser la primera.

Edmund sonrió al imaginársela poniendo a todo el mundo firme, hasta que una voz hizo que aquel gesto se borrara de su rostro de manera desagradable.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz era seductora, no lo negaría, y supo enseguida de qué boca había salido: de la misma que escupía veneno a diestro y siniestro.

Edmund no quería ser descortés, pero tampoco le apetecía atenerse a la delicadeza. Se apartó de ella de una zancada y dio otro sorbo a su café. Ni siquiera se giró para verla, sabía lo que encontraría y, aunque fuera un hombre con necesidades, nunca se dejaría seducir por la mujer de su hermano. Aunque quizá sería una forma de abrirle los ojos y demostrarle la clase de mujer con la que

se había casado, para que dejara de beber los vientos por ella.

—¿Ni siquiera vas a mirarme, Ed?

—Solo mi hermano puede llamarme así, y no, no pienso mirarte, Portia.

—Me gusta cómo dices mi nombre —dijo acercándose a él—. Me equivoqué de hermano, ¿qué puedo hacer? —soltó un largo y sentido suspiro.

—Por favor, márchate.

—¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de excitarte en mi presencia? ¿Es eso?

Edmund se giró con brusquedad, a punto de derramar el poco café que le quedaba, y la miró de abajo arriba.

Un camisón. Uno demasiado transparente, tanto que no hacía falta usar la imaginación para ver lo que ocultaba debajo. Al encontrarse con su mirada, ella sonrió, sintiéndose victoriosa.

—Eres una serpiente, Portia.

—Otra vez mi nombre… Como lo digas una vez más, me acercaré a ti y haré cosas de las que dudo que me arrepienta.

Portia se apartó los cabellos largos que cubrían la forma de sus pechos y dio un paso hacia él con pisadas gatunas. Se aferró a su cuello y él no se movió ni un ápice.

—Reconoce que…

—Reconozco que me das lástima. Port… —No quiso terminar su nombre, y mucho menos si eso le causaba placer.

—Quizá estoy enferma. Tú podrías curarme, ¿verdad? —Frunció sus labios hacia fuera y lo miró con deseo.

—¡Aléjate de mí! —espetó con toda la delicadeza que pudo—. Y por el amor de Dios, tápate, no te denigres de esa manera. Ve con él. A mi hermano le encantaría que depositaras en él tus intenciones.

—Tu hermano me aburre.

La realidad era que se había cansado de él. Se casó con él por tener una posición privilegiada en la sociedad y lo engatusó hasta que lo tuvo comiendo de su mano. Y sí, llegó a sentirse atraída por él en muchas ocasiones. No era feo, pero al lado de su hermano se quedaba atrás, muy atrás.

Edmund dio el último trago a su café, que le había resultado más amargo de lo habitual, y ni siquiera la miró al abandonar las cocinas.

—¡Edmund! ¡No te atreverás a dejarme aquí sola! ¡Edmund!

Escuchó la puerta de la entrada cerrarse y subió con la fuerza de diez caballos en cada pisada a su habitación.

Edmund necesitaba aire con el que llenar sus pulmones, aire fresco de la madrugada. Aquella desesperante mujer había viciado el hogar de sus padres. Se colocó su sombrero y comenzó la caminata; no había nada como ese trayecto para despejar su mente, y más después de lo que acababa de suceder. Quería decírselo a su hermano, pero ¿le creería? Estaba demasiado ciego de amor como para que sus palabras no fueran consideradas más que una broma. Silbó una de sus melodías preferidas, se cruzó con alguno de sus pacientes y aprovechó a preguntarles si habían mejorado, y cuando estuvo cerca del dispensario, un tumulto de gente arremolinada a la orilla del río llamó su atención. Escuchó voces de pánico, pero entre ellas se hizo lugar el grito de una mujer desesperada.

—¡¿Es que nadie va a ayudarlo?!

—Sabe lo fría que está el agua, mujer —dijo una voz.

—A todos nos llega el día final, tarde o temprano —soltó otro.

De nuevo se escucharon gritos e incluso apuestas por si aquella muchacha se ahogaría también.

Edmund se acercó a toda velocidad y vio a una mujer luchando con las aguas del Támesis hasta llegar a un hombre que se había

enredado en sus propias redes y no podía salir del agua. Maldijo a los espectadores por dejarla meterse y acudió en su ayuda.

Capítulo 7

—Señorita, a la vizcondesa no le va a gustar que salga a esta hora.

El ama de llaves respiró con dificultad tras bajar las escaleras de forma apresurada, se posicionó frente a la puerta para evitar que la protegida de su señora saliese y estiró sus brazos y piernas tanto como pudo.

—Llegó ayer de Derbyshire. Estará agotada, no debería.

—Margaret, por favor. Llevo un año sin visitar la ciudad, quiero ver qué ha cambiado, el aroma, sus gentes… quiero conseguir ver a alguno de mis amigos y contarles que lo logré, que ahora…

Tuvo que refrenar sus palabras, había dicho más de lo que debía; a pesar de las lecciones de la vizcondesa, había emociones que le suponía un mayor esfuerzo disimular.

Margaret abrió los ojos como platos, tenía entendido que aquella familiar de lady McDow había vivido en Escocia hasta que llegó a Londres el año pasado. ¿Qué amigos podría tener allí?

—La mitad de Londres está dormida, señorita.

—Es la mitad que está despierta la que me interesa.

Hope apartó de la forma más suave que pudo al ama de llaves y

salió despavorida.

—¿Qué ha querido decir con eso? —Margaret frunció el ceño y la miró con extrañeza mientras la muchacha se alejaba a paso ligero.

Necesitaba un carruaje; ir a pie le llevaría casi toda la mañana, alquilaría uno y llegaría al mercado de Billingsgate, el sitio que la vio crecer después de la Workhouse. Se ajustó sus guantes, pues si algo había aprendido de Martha era que nunca fuera vista sin ellos en sociedad, ya que harían preguntas sobre sus cicatrices, que debía evitar a toda costa.

Detuvo al primer carruaje que pudo y, una vez dentro, se asomó con disimulo por la ventana. Por un lado, el temor de volver que había sentido en Derbyshire no había desaparecido. Ahí se había encontrado segura, lejos de todo rostro conocido y, sobre todo, lejos de él. Dudaba enormemente que el Topo se desplazara de la ciudad, ya que, según las averiguaciones de lady Shaw, él era un hombre de negocios, pero nadie supo decirle quién era en realidad. ¿La reconocería si la viera? Se negaba a creer que podría ser de su propiedad solo porque su tía la hubiese vendido como a una de sus piezas de pescado, y lady Shaw le aseguró que tendría que haber alguna solución. ¡Qué disparate! Poder comprar a una mujer, había dicho, escandalizada y enojada a partes iguales, aunque que ese desgraciado tuviera un documento de matrimonio complicaba las cosas.

Si la vieran Lily, Thomas, Anna o cualquiera de sus amigos, estaba segura de que no encontrarían en ella a la muchacha desgarbada y en sus huesos que ellos conocían. Hope Finnerty había desaparecido para los ojos de cualquiera que la hubiese conocido, no tanto así para ella. En su corazón siempre sería esa niña y esa mujer que fue vendida y casada. Su rostro había recobrado la vida, su piel había mejorado, sus cabellos parecían de oro, y su peinado, con el cual

nunca hubiera sido capaz de soñar, la hacía parecer una dama distinguida. Y su figura se había transformado gracias a una ingesta regular de comida, de la cual se sentía culpable al llevársela a la boca cuando quizá su estómago ya se hallaba satisfecho, pero el dulzor de un postre la invitaba a dar otro bocado más. Se había convertido en lady McDow, sobrina lejana de la vizcondesa Shaw, pero ni habiendo memorizado sus nuevos orígenes, ni aprendido a hablar, caminar como una dama y bordar, dejaría de ser, simple y sencillamente, Hope.

Regresó de sus pensamientos cuando el carruaje se paró y tuvo que bajar ante la atenta mirada de los curiosos. Al principio quiso taparse el rostro con un abanico, pero al ver que enseguida los entrometidos volvían a sus quehaceres, se llenó de seguridad y caminó.

Lo primero que quería hacer era recorrer todas las mercerías y casas de modas de la calle buscando a Lily, debido a que la última noticia que había tenido de ella era que una modista la había contratado. Esperaba, por el cariño que le tenía, que estuviera bien.

Salió de la primera mercería cuando, cerca del Támesis, la vio. Su tía vociferaba con aquella voz tan desagradable el precio del pescado, mientras descamaba con desgana y el hastío plantado en su rostro. Su vida, después de todo, no había mejorado como querría por las monedas con las que la vendió. La observó a la distancia y contuvo cada impulso de acercarse y ver su rendición ante una dama, pero sería peligroso. Luego, la ira fue sustituida por un aluvión de recuerdos de sufrimiento, hambre, frío y una vara sobre su espalda, lo que enseguida hizo que tuviera que enjugar una lágrima de su mejilla.

Dio varios pasos hacia atrás, enfadada consigo misma porque esos recuerdos aún la hicieran llorar, hasta que se topó con un grupo de

personas arremolinadas a la orilla del río. Con curiosidad, se fijó en lo que sucedía y su reacción fue instantánea: ¡¿es que nadie iba a hacer nada?! Aquel hombre se estaba ahogando entre sus redes, pero ni un alma parecía querer socorrerle. ¿Cómo había ella podido sobrevivir tanto tiempo con esa clase de personas a su alrededor?

—¡¿Es que no piensan ayudarlo?! —chilló.

Todos la observaron de arriba abajo, preguntándose de dónde diantres había salido esa mujer, que parecía una flor entre hierbajos, ¿no tenía una doncella a la que enviar al mercado?

Ante los murmullos, Hope tiró su bonete al suelo y, sin dudarlo, se lanzó al agua, a pesar de que uno de sus fuertes no era el nado. Pero si de algo había servido que el señor Finch la hubiera tirado al río en varias ocasiones era que había aprendido a mantenerse a flote.

Logró llegar al hombre, pero su propio pie se enredó en las malditas redes. Su vestido le pesaba y, en ese instante, no quedaba muy claro quién estaba rescatando a quién. ¿En qué diantres estaría pensando para tirarse sin tan siquiera meditar las consecuencias?

Creyó que no aguantaría más cuando unas manos fuertes tiraron de ella y se dejó llevar por la oscuridad.

Capítulo 8

Edmund la sacó del río, con el peso del agua acumulado en sus ropajes, tuvo que hacer uso de una fuerza titánica para poder sostenerla. Mientras tanto, su amigo, que había llegado como un ángel del cielo, logró sacar al anciano, no sin esfuerzo.

Edmund consiguió tumbarla en la orilla sin poder evitar que los curiosos se arremolinaran a su alrededor.

—Parece que no respira.

—¿Cómo se le ocurre meterse?

—¿Acaso ha perdido la cabeza?

—Está claro que da igual la cuna, todos morimos igual…

—¿Está muerta? —dijo finalmente una niña.

Edmund no pudo contenerse más ante tanto murmullo desolador.

—¡Apartad! ¡Digo que os marchéis!

Regresó la atención a Hope, la puso de lado y dio varios golpes en su espalda, pero la muchacha seguía sin reacción. No le quedaba otra opción.

—Discúlpeme.

Sin miramientos, Edmund rompió la tela de muselina sobre su torso e, ignorando los gritos escandalizados, sacó la navaja que

siempre lo acompañaba en su bolsillo y, de parte a parte, cortó las ataduras del corsé y lo abrió.

En ese mismo instante, Hope reaccionó y expulsó una buena cantidad de agua.

—¡Gracias al Cielo! —resopló Edmund.

Hope, aturdida, sin entender muy bien qué sucedía, notó cómo se elevaba y, sin saber el tiempo que tardó ni cómo había llegado, se halló sobre una camilla.

Sin poder evitarlo, sus ojos se cerraron de nuevo y vio a su amigo Luke hundiéndose en el fango. Tenía que salvarle.

Abrió los ojos de súbito y gritó con angustia.

—¡Luke, Luke, tengo que salvarlo! ¡Se va a ahogar!

—Señorita, escúcheme, señorita. El anciano está a salvo.

—¿Anciano?

Hope se levantó de golpe, pero Edmund le impidió que diera un paso más y la volvió a acostar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

***

Hope abrió y cerró los ojos varias veces. Se miró el corsé destrozado, y cuando fue a taparse avergonzada, él la cubrió sin demora con una manta.

—Tuve que romperlo para que pudiera respirar —se excusó—. ¿Cómo se le ocurre tirarse al agua por…?

Entonces Hope regresó al presente y recordó lo que había sucedido al mirar al anciano que le sonreía abiertamente.

—¿Qué hubiera hecho usted? ¿Dejar que muriera?

—Por supuesto que no —dijo más indignado de lo que quería. Aquella dama no tenía reparos en decir lo que pensaba, y eso, de

algún modo, era refrescante.

—¿Y por qué yo habría de hacer otra cosa? Esa panda de… —Hope se mordió la lengua antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse después.

—Adelante, dígalo, se lo merecen. —Edmund se cruzó de brazos, lleno de curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó, ella que trató de incorporarse en vano, pues él la volvió a recostar.

—¿Lo pregunta para saber si puede usar vocabulario vulgar en mi presencia?

En parte sí, se dijo a sí misma, aquel caballero tenía cierto aire aristocrático, y si la vizcondesa se enterara de que había maldecido frente a un caballero, la reñiría sin dudarlo.

—Por saber a quién tengo que agradecer por la vida del anciano —contestó resuelta.

—Y por la suya, ¿no va a agradecérmelo?

—Supongo que alguien se lanzaría a por mí en algún momento, pero en cuanto a ese anciano… estaban dispuestos a verle morir.

El mencionado tragó saliva y cerró los ojos mientras asentía atento a la conversación.

—¿Y por qué asume que se lanzarían a por usted?

Ella desvió la mirada hasta fijarla en unos trapos que colgaban y se movían a causa de la corriente que entraba por la puerta abierta.

—La hermosura, me temo —dijo al fin.

Edmund sonrió sorprendido.

—¿Se considera hermosa?, ¿tanto como para que cualquiera se lance a por usted sin pensarlo? —De nuevo sonrió y la mirada perdida volvió a él, examinándolo de tal modo que se sintió como uno de esos animales de colección que exhibía sir Murray en sus fiestas.

—¿Usted no? —replicó estupefacta y se apoyó sobre sus codos.

Edmund quitó ese velo que existía entre médico y paciente y, por primera vez, reparó en sus facciones: labios rellenos, pómulos distinguidos, un pequeño hoyuelo en su barbilla y unos ojos vivaces y de un precioso color parduzco que ocultaban una vida por la que, por un instante, sintió verdadera intriga. Sí, era hermosa, para qué negarlo, y estaba claro que no hacía falta que se esforzara para lograrlo, pues así, justo de esa manera, con sus cabellos revueltos y empapados y un par de motas que bien podrían ser algas o lodo pegadas a su piel, estaba preciosa. Se detuvo de nuevo en sus ojos y un recuerdo difuso regresó a él, pero, igual de rápido que el pestañeo de esa mujer, se fue.

—¿Se encuentra mejor?

—¿No piensa responderme? —intervino mientras trataba de deshacerse del aturdimiento que le había causado la forma en la que había recorrido su mirada sobre ella.

—Ya veo…

—¿El qué ve?

—Es de esas a las que solo le importa su aspecto —respondió con cierta desilusión. Carecía de sentido que alguien a quien le interesara tal vanidad se lanzara así a salvar a otra pobre alma.

—No se equivoque —dijo con el enojo de una niña a la que han juzgado demasiado rápido—, detesto mi aspecto. Ojalá fuera fea, o al menos poseyera una apariencia común, así se acercarían a mí por las razones correctas.

Ahora fue Edmund el sorprendido.

Pero la mirada de ambos sobre el otro se vio interrumpida por un quejido a su lado.

Edmund se distrajo y vio a su amigo con una mueca divertida y sus brazos cruzados apoyado en la camilla del anciano. ¿Lo había

escuchado todo? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—Gracias, señorita, le debo la vida.

El anciano, que llevaba toda la conversación esperando para agradecérselo, por fin tomó su oportunidad.

—Me enredé con mis propias redes. Pensará que soy estúpido —continuó entre toses.

—No lo pienso —replicó esta vez incorporándose, esquivando las manos del galeno—, pero pienso que no debería ir a pescar solo.

—Tiene usted razón, señorita. Buscaré a algún muchacho de brazos fuertes, será lo primero que haga al salir de aquí. Cuando el doctor Rowles me diga que puedo salir, por supuesto.

—Rowles —repitió ella—, ¿el conde Rowles?

Hope se aferró más a la manta que la envolvía, preocupada de que su pequeña aventura llegara a oídos de la vizcondesa. En alguna conversación había mencionado a aquella familia, y se conocían, de eso no le cabía duda. ¿Se había metido en problemas?

—Soy su hijo —intervino Edmund con la extraña necesidad de que no pensara que él era el mismísimo conde—. Me temo que, dado el modo en el que nos hemos conocido, no he tenido la oportunidad de presentarme. —Se aclaró la garganta y dio un paso al frente—. Soy Edmund Rowles y…

—Su segundo hijo —enfatizó su amigo interrumpiéndole como solía hacer. Sabía que lo sacaba de quicio, cosa que le divertía en enormidad—. No obstante, yo soy heredero —dijo, como si así llamase la atención de la dama, pues por sus ropas no cabía duda de que lo era.

—¿Puedo irme ya? —dijo incómoda, ignorándole por completo.

—¿Seguro que está bien?, debería dejarla en observación al menos un…

—No será necesario —intervino con rapidez.

Se terminó de levantar y se aseguró de que la manta tapara todo lo que no debía verse. No quería crear otro escándalo cuando saliera de allí.

—¿No quiere secarse primero? Sería desagradable que… —Edmund se acercó al mueble donde tenía toallas y paños, pero de nuevo lo interrumpió.

—He pasado por cosas mucho más desagradables que esta, se lo aseguro. Agradezco sus servicios.

Se acercó a él a darle unas monedas, pero él las rechazó escandalizado.

—La dama no sabe que tus servicios son gratuitos, Edmund. No la mires así —soltó Cedric entre risas.

Ella lo volvió a mirar de aquella manera que lo hacía sentir tan expuesto, y la vio marcharse apurada.

—Espere —dijo tras ella—. No me ha dicho su nombre.

—Señorita McDow —respondió ella—, Hope McDow.

—Hope —repitió su amigo—, qué nombre tan particular, igual que ella, me temo. ¿La viste lanzarse? Los testigos me comentaron que ni se lo pensó. ¿Qué clase de locura tomó posesión de ella? —Cedric miró al anciano de arriba abajo como si fuera algo rotundamente incomprensible—. ¿Por él?

—Estoy seguro de que fue por compasión, o quizá bondad. Esa clase de virtudes que escasean en nuestra sociedad.

—¿Cómo no va a carecer de ellas? ¡No son elegantes!

Edmund, que seguía asomado en la puerta mientras contemplaba cómo la joven se subía a un carruaje de alquiler, para al fin alejarse, resopló al escuchar las palabras de Cedric. A veces, le daban ganas de darle un puñetazo, pero su capacidad de contención era bastante elevada. De momento.

—Dime una cosa, ¿qué hacías por estos lares? A no ser que

consideres esta zona de Londres elegante, de forma repentina.

—Venía a verte, por supuesto.

Edmund entrecerró la mirada y se dirigió al viejo de las toses.

—Curaré las laceraciones provocadas por la red, y quiero que vuelva mañana.

—Dios se lo pague, buena alma, Dios se lo pague.

—Sí, porque usted no puede, ¿verdad?

—Dios mío, Cedric, cállate y pásame ese frasco.

Su amigo así lo hizo y arrugó la nariz, la misma que tapó después con su pañuelo.

—¿Qué demonios es eso? Huele a rayos.

—Ayudará a que no se le infecten las heridas.

—¿Cómo puedes respirar?

—Oiga, ¿de dónde ha sacado a ese hombre? —preguntó el paciente en un susurro—. ¿Me lo parece a mí o ese personaje no tiene calle?

—No lo ha podido usted definir mejor.

—Los secretos en público son de mala educación, señores.

—¿Está seguro de que él lo ayudó a sacarme del agua?

—Mire lo empapado que está, no miento. Pásame ese ungüento.

—No soy tu maldito ayudante.

—Pues no se te daría mal, es un trabajo gratificante.

—No más que gastarme la fortuna de mi padre. Te espero afuera, estar aquí dentro me hace sentir enfermo.

Edmund sonrió. Si no hubieran sido camaradas desde la infancia, y lo conociera a esas alturas de su vida, dudaba que llegaran a ser amigos, sin embargo, sabía que tenía un buen corazón, solo que le costaba sacarlo a relucir por un estúpido sentido de orgullo absurdo.

Edmund terminó con el anciano y este le agradeció sus servicios con una enorme sonrisa.

—Le debo la vida a esa dama, si la vuelve a ver, por favor, comuníquele mi más sincero agradecimiento y dele esto.

El anciano le tendió un pequeño trozo de red.

—No creo que la señorita acepte algo así, no debería…

—Al menos, inténtelo.

Edmund se lo guardó en el bolsillo, confundido por el regalo tan peculiar, y salió a reencontrarse con su amigo.

—Y bien, ¿por qué has venido a verme?

—Sigues oliendo a esa cosa.

—Habla; si has venido hasta aquí es importante.

—He de confesarte una calamidad.

—Sorpréndeme.

—Estoy prometido.

—¿Cómo? ¿Con quién?

—Beatrice Carter.

—No me suena.

—Una Carter, de la fábrica de textiles Carter. ¡No la conoce ni su madre, Edmund, ¿cómo la vas a conocer tú? ¡Hija de un fabricante! —Se llevó las manos a la cabeza y se tiró de los pelos hasta descomponer su perfecto peinado—. Por favor, mátame y acaba con mi agonía.

—Tu padre está interesado en la fábrica, ¿es eso? —Edmund rompió a carcajadas.

—Quiere asegurarse de su adquisición por medio del matrimonio, al parecer no es el único que ambiciona ese maldito cuchitril lleno de polvos e hilos. ¡Demonios, Edmund! ¡¿Cómo iba a rechazar el señor Carter que su hija fuera la siguiente marquesa de Brookfield?! ¡Y a mi padre, él…!

—A él nunca le han importado los títulos, sabes que se refiere a ellos como herramientas para conseguir lo que quiere, y sin duda

esta vez ha sacado partido de ello.

—Pero yo no soy él, Edmund. Soy el futuro marqués, claro que me importa mi descendencia, ¡No voy a casarme con la hija de un fabricante!

—Sé que aspirabas a la hija de duques o reyes, sin embargo, el destino te ha echado al barro y luego te ha hecho rodar sobre él. Quizá te viene bien para que te enteres de una vez de que todas las vidas son valiosas.

Edmund dio unas palmadas en la espalda a su amigo y resopló para aguantar una carcajada.

—Tienes suerte de no ser primogénito…

—Hace un segundo alardeabas de ello. —Esta vez no pudo contener su risa—. Pero no, no lo niego, doy gracias a ello cada día. Si no, hubiera acabado como tú o mi hermano. ¿Sabes que Portia trató de seducirme hoy?

—¿De nuevo? Y tú desaprovechando tus dotes al quedarte en ese tugurio lleno de…

—Por favor, ayúdeme. Mi hijo lo acaba de atropellar un carruaje. ¡Por favor! ¡Mi pequeño!

Un padre devastado llegó de súbito y se abrazó a los pies de Edmund entre lágrimas. Cedric observó la escena, conmovido.

—¿Dónde se halla su hijo? Vamos, no hay tiempo que perder. Cedric, no te quedes ahí parado, podrías serme útil.

—Te he dicho que… —Miró al padre que se limpiaba las lágrimas con manos temblorosas y llenas de sangre. Entonces, del mismo modo que había decidido lanzarse al agua y socorrer al anciano, algo se agitó en él y no tuvo más remedio que ceder—. Os sigo.

Y lo mismo que le hizo lanzarse a por el anciano, removió algo en él y no tuvo más remedio.

Capítulo 9

Cuando el ama de llaves vio entrar a Hope de esa guisa, dio un grito al cielo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué le ha pasado?

—Un pequeño incidente, que quede entre nosotras.

—Pero…

—¿Sería tan amable de ordenar que me preparen un baño?

De nuevo se sintió rara al decirlo. Aún no se acostumbraba a tener tales servicios y, de hecho, se lo habría preparado ella misma, como lo hacía en Derbyshire, si no estuviera tan apurada. La vizcondesa amanecería de un momento a otro y…

—Señorita McDow, lady Shaw solicita su presencia —dijo Dorothy al haberla oído.

—¿Puede esperar un minuto? Ahora mismo no estoy presentable.

—Ha dicho que ahora.

Hope miró a la doncella apurada y comprendió que no podía aparecer con ese aspecto ante milady.

—Tiene cinco minutos, dese prisa y, al menos, cámbiese.

—Eres un ángel, Dorothy —dijo Hope, que sostuvo sus manos entre las suyas ante la mirada estupefacta del ama de llaves.

Margaret Jonhson no tenía de un pelo de tonta, y de todos los años que llevaba trabajando en esa casa, nunca había tenido la sensación de que algo raro estaba pasando por sus narices.

Bajo la atenta mirada del ama de llaves, Dorothy se dirigió a la habitación de lady Shaw con su cabeza repleta de excusas que podría soltar para disculpar a su amiga. Sí, su amiga, pues desde que llegara a esa casa, hacía no más de seis meses, la había ayudado a convertirse en la mejor cuidadora de la vizcondesa. Le había enseñado todo lo que tenía que hacer. No entendía muy bien cómo una protegida se había encargado de cosas tan íntimas, como bañarla. Su única explicación a esto había sido que la señorita McDow tenía un corazón de oro. Fue por eso por lo que enseguida la tuvo en alta estima, por eso y porque, a pesar de su porte distinguido y su belleza, parecía hablar con ella como si fuera una más del barrio.

Lady Shaw estaba impaciente, y las excusas de su doncella comenzaban a agotarse.

—Pero ¿dónde se ha metido esa muchacha? ¿Acaso no ha servido de nada la educación que le he proporcionado? ¡Válgame Dios!

—Aquí estoy, milady, le pido disculpas.

—¿Qué tiene en el pelo?

—¿Yo? ¿En el pelo? —Sonrió incómoda—. Nada. ¿Qué es eso? —agregó, desviando la conversación con rapidez.

Hope se la había encontrado sentada en el tocador mientras se esparcía un mejunje en el rostro.

—Jugo de piñas verdes, querida, al parecer quita las arrugas. Y tengo entendido que aporta un aire de juventud a mi piel añosa. Aunque aquí, entre nosotras, confieso que no he visto progreso alguno. Sigo igual de decrépita. La otra opción sería la cebolla —dijo mientras seguía extendiéndose aquella cosa—, pero olería a

ensalada. Resulta que detesto las ensaladas. Pero, qué narices digo, discúlpame, sé el hambre que pasaste, no debería hablar así de la comida.

—No se disculpe, gracias a usted no he vuelto a tener el estómago vacío.

—Me alegro, me alegro mucho. —Dejó atrás los sentimentalismos y se puso seria—. El motivo de hacerla venir no es otro que comunicarle que nos han invitado a tomar el té por la tarde. Será su primera prueba en esta sociedad, no es ni más ni menos que mi «amiga» lady Culpepper, a la cual, por cierto, detesto. No se preocupe, la mayoría de las veces solo habla ella, así que, con que se siente a escuchar será suficiente. —Sonrió con desagrado solo de imaginarse la cara de esa mujer.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Lo sé. Y, si no te importa, comenzaré a tutearte, creo que me he ganado ese derecho.

Hope asintió complacida. Lo prefería. Que se dirigiera a ella de ese modo después del tiempo transcurrido en Derbyshire se le antojaba frío y distante.

—Ahora ve a asearte, hablaremos luego del baile al que asistiremos mañana. ¿Llegaron tus vestidos?

Dorothy la contempló al saber que la señorita no tenía respuesta y asintió con disimulo para ayudarla.

—Sí, milady —replicó su protegida mientras trataba de descifrar las señas que le hacía la doncella—. Llegaron aye… no, perdón, llegaron… llegaron hoy, ¡hoy por la mañana! —dijo emocionada, como si se tratara de un juego.

La doncella estuvo a punto de reír.

—A estas alturas me duele que me consideres estúpida, querida.

—No se me ocurriría considerarla tal cosa, milady.

—Dorothy, como sigas gesticulando de esa manera, te llevaré a la exposición de sir Murray, seguro que pasas por un mono de feria.

A la aludida se le cortó la respiración al ver que la había observado perfectamente reflejada en el espejo.

—A todo esto, ¿dónde has estado? —Su mirada enrojecida se dirigió a Hope—. Veo ropas limpias, pero desprendes un olor a cloaca, por no decir que no distingo qué diantres tienes pegado en el pelo. ¡¿Por qué me pican tanto los ojos?!

—He salido, milady. —Sabía que no tenía sentido mentirle. La había descubierto, y si alguna condición la había dado al acogerla, era no mentir jamás.

—Dorothy, déjanos.

—Sí, milady.

—¿Sola? —Martha regresó a la conversación.

—Solo quería…

—¿Sabes lo que habría pasado si ese hombre te hubiera visto? Me he desvivido para averiguar todo sobre él y te he dicho que es un hombre peligroso. También eres consciente de ese dichoso documento que os une. Si te descubriera a ti, su esposa, viviendo conmigo, ¿entiendes las consecuencias que tendría eso para mí? Y, aun así… Oh, Hope, me has decepcionado.

La vizcondesa se llevó las manos a los ojos con desespero.

—He cambiado, quiero creer que no me reconocería y…

—Niña, tus ojos, no son fáciles de olvidar, ni siquiera los son tus cabellos. No vuelvas a hacerlo, y mucho menos sola. No quiero saber ni por dónde has merodeado. Conmigo estarás segura, lo único que sé es que el Topo no se mueve entre la aristocracia, o al menos rara vez lo hace, al parecer solo cuando tiene alguna deuda que cobrar. Así que limítate a este círculo y estarás a salvo.

—No lo volveré a hacer —se disculpó, y agachó el rostro

arrepentido. En ese momento solo había pensado en ella y no en cómo sus actos afectarían a su protectora.

—Eso espero, querida, eso espero.

Hope alzó la mirada y le preocupó el aspecto de la vizcondesa.

—Tiene los ojos muy rojos.

—¡De los disgustos que me das!

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Me he estado aguantando para regañarte como Dios manda, pero la verdad es que me pican horrores. Acércame la jofaina, date prisa, ¡qué espanto! ¿Será la piña?, ha debido de entrar en mis ojos…

Sus palabras desaparecieron en el agua. En cuanto Hope se acercó con la jofaina, la vizcondesa sumergió el rostro de lleno en el recipiente y sintió un alivio instantáneo.

—¡Ahora entiendo la frase de que la belleza duele! ¡Por el amor de Dios, qué martirio! ¿Cómo me veo? —dijo al salir con la cara empapada y enrojecida.

—Si le soy sincera, creo que su rostro se asemeja más a las posaderas de cualquier animal del sir —ese que ya mencionó—, que al de una dama.

Hope la miró sorprendida por su propia impertinencia, pero, lejos de enfadarse, la vizcondesa comenzó a reírse sin poder detenerse.

—Menos mal que te tengo Hope, menos mal. Alcánzame la silla y ayúdame a sentarme, como en los viejos tiempos.

—No tan viejos, milady.

Hope hizo lo que le pedía con todo el cariño del mundo y luego se despidió para asearse.

Capítulo 10

El carruaje se detuvo frente a la casa de los Culpepper y Hope observó la fachada admirada.

—Oh, no la mires así, es alquilada, lo cual no tiene ningún mérito. Reconoce que la mía es más bonita.

—La casa Shaw es, sin duda, más chula.

—Otra vez esa palabra, no hay manera de quitártela.

—Quería decir impresionante, extraordinaria, majestuosa —sonrió.

La vizcondesa le devolvió la sonrisa complacida, al menos veía los frutos de sus lecciones.

—Te sorprenderás, lady Culpepper tiene la cara tan estirada y picuda que parece una espinilla, quedas avisada. Y no pruebes sus galletas de lavanda, te dejarán como una boba durante un par de horas.

La protegida estiró sus labios y miró a la vizcondesa antes del que el cochero abriera la puerta. Cuando fue a bajar, Martha la detuvo.

—¿Llevas tus guantes? No quiero que esa mujer haga preguntas. Cuanto menos demos de qué hablar, mejor.

—Sí, milady, sabe que no salgo de casa sin ellos. ¿No conoce ningún ungüento para hacerlas desaparecer? —dijo tapando sus

cicatrices con los suaves guantes.

—Dado el éxito de mi rostro esta mañana, creo que es mejor no experimentar con nada. —Lady Shaw sostuvo una de sus manos entre las suyas—. Son preciosas como las tienes, que no quita que den de qué hablar. Sabes que aquí la gente se aburre y, como tal, tiende a meterse en la vida de los demás y arremeter contra sus defectos. Ya te expliqué que es una de las partes más difíciles de encajar en esta sociedad, pero estoy segura de que lo harás finalmente.

Más adelante ambas intercambiaron miradas una vez en el vestíbulo acompañadas por la aparatosa silla de ruedas y, mientras observaban la pomposidad que les rodeaba, una vocecilla llegó a ellas.

—Oh, querida Martha, cuanto tiempo. No sabría si vendrías este otoño, dada…, bueno, tu condición. En cuanto supe que habías vuelto del campo, no pude evitar invitarte. —Su voz era tan aniñada que resultaba ridícula en la boca de esa mujer, tan ridícula como su atuendo, por el cual se había esforzado demasiado para tan solo tomar el té con una vieja amiga.

—Luisa —dijo Martha sin más—, te veo igual que siempre.

—Oh, no eres la primera que me lo dice, ya sabes que mi madre se conservó bien hasta el día de su muerte. Que en paz descanses, madre, que en paz descanses —añadido al contemplar su gran retrato colgado en la pared.

—En paz está, seguro, ahora que no te tiene que aguantar —murmuró la otra sin poder evitarlo.

—¿Cómo has dicho?

—Mi protegida, perdona mis modales. Permíteme presentarte a la señorita Hope McDow —dijo con rapidez para evitar la primera discusión.

Hope, que estaba admirando uno de los cuadros sin entender muy bien lo que este retrataba, pues era más bien un puñado de manchas desperdigadas por un lienzo, al escuchar su nombre se giró.

Lady Culpepper abrió la boca y de nuevo la cerró para apretar sus dientes. Esa muchacha era hermosa. No quiso creer los rumores que le habían llegado acerca de la joven que había regresado de Derbyshire junto a la vizcondesa, pero, sin lugar a duda, eran ciertos.

—Encantada de conocerla, milady. La vizcondesa me ha hablado mucho de usted.

Martha le guiñó un ojo.

—El gusto es mío, querida.

Lady Culpepper examinó cada movimiento de la nueva invitada: se movía con elegancia y sus ojos estaban llenos de una chispeante curiosidad que la sacó de quicio. No pretendería competir con su queridísima sobrina, ¿o sí?

La anfitriona las acompañó hasta el salón y Hope, sorprendida, tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces. Unos espejos grandiosos de marcos dorados devolvían su reflejo, así como el de las decorativas molduras y los candelabros de cristal. Escuchó que se tenía que sentar en uno de los butacones del estilo de Luis XVI y dudó si debía hacerlo. Pero el tirón que le dio Martha no le dio opción a pensárselo más y tuvo que sentarse.

Sabía que su protegida no se sentiría digna de sentarse en algo así, la conocía bien.

—Que no se te olvide: es solo un mueble, nada más —susurró la vizcondesa.

Hope se sentó erguida y esperó, como bien le había dicho Martha, a que esa mujer comenzara a hablar y todo pasase rápido.

—Mildred, sírvenos el té —ordenó Luisa.

—Puedo hacerlo yo, no me…

—¿Cómo has estado, Luisa? Me enteré de que Lord Warren al fin os vendió aquel terreno.

Ante su interrupción, Hope se lo agradeció con la mirada. Ante el servicio de las doncellas, ella no tenía por qué hacer nada. Aún le era difícil estarse quieta y le resultaba aburridísimo.

—Sí, querida, sabes que el barón Culpepper puede ser muy disuasivo cuando la situación lo merece. —Luisa movió su té con la cucharilla y tuvo que soltar la pregunta que le rondaba por la cabeza desde que vio a esa muchacha—. ¿De dónde la has sacado?

—¿De dónde la he sacado? Amiga, cualquiera diría que te refieres una carta que tenía guardada, ¿un as quizá? —Sonrió y le dio un sorbo a su té—. ¿Te referirás, me imagino, a la señorita McDow? Dejaré que hable ella, quiero disfrutar de este té tan delicioso como siempre.

Lady Culpepper regresó su afilada mirada a la joven dama, ¿por qué demonios era tan hermosa?

—Soy una sobrina lejana de Mar… de lady Shaw. Mi hogar está en Escocia, milady.

—¿Y por qué saliste, si se puede saber, de tu precioso hogar? Entiendo que allí el aire es más puro que aquí.

—Oh, mucho más, y las ovejas, milady, está lleno de ovejas.

—¿Ovejas? —La miró como si hubiera dicho algún improperio.

—Sí, y son muy amables, mucho más de lo que puede llegar a ser cualquier señor o señora de Londres. —Hope se mordió la lengua al ver su reacción. ¿Por qué había tenido que repetir precisamente esas palabras de Dorothy? La doncella era escocesa y Martha le había insistido en que le hablara de sus tierras por si se diera el caso de que alguien le preguntara y, de todo lo que le dijo ¿se acordaba de

las malditas ovejas?

—¡Será posible! —Lady Culpepper estuvo cerca de verter su té sobre su precioso vestido—. ¿Nos acaba de comparar con… con ovejas?

—Así es —intervino Martha—, una comparación del todo acertada. Incluso alguno de esos animales posee más elegancia que tú o que yo. Lo he visto con mis propios ojos.

—¡Martha! ¿Cómo puedes decir semejante sandez?

—Sandez es el vestido que llevas, querida.

—¡Martha!

—Luisa, toma una de esas galletas, te veo alterada.

La mencionada tomó aire a mansalva y, por supuesto, no cogió una de esas galletas.

—¿Viene a buscar marido? ¿Se ha propuesto arruinar el debut de mi sobrina?

—Y esa, querida, es la única razón por la que la queridísima baronesa nos ha invitado —se dirigió a Hope, que no sabía cómo tomarse todo aquello, ¿así solían ser todas las reuniones sociales?—. Has mejorado, reconozco que has tardado demasiado en formular la pregunta para dar con la respuesta que tanto ansías.

Lady Shaw le hizo señas a su protegida para que la empujase, había llegado la hora de irse.

—¿No va a contestar?

—Yo no puedo cas…

—Nos vemos en el baile, Luisa. No me perdería la cena de sir Murray por nada en el mundo.

—Pero ¡Martha! —espetó escandalizada tras su abrupta despedida.

—Vamos, niña, no te quedes ahí parada y empújame.

Hope así lo hizo y juntas abandonaron la residencia de los

Culpepper con premura. Una vez en el carruaje, lady Shaw contempló a su protegida. Parecía sumergida en sus pensamientos, y su mirada yacía perdida en el camino.

—Escúchame bien. Sé lo que has estado a punto de decirle a lady Culpepper. Jamás te quiero volver a oír decir que no puedes casarte. Como ya te dije, nos desharemos de tu pasado; buscaré la forma. Solo me queda ir al registro matrimonial, quizá a ese mequetrefe, creyéndose por encima de la ley, se le olvidó registrarlo, y sin registro, querida, tu matrimonio no existe. Pero antes tengo que hablar otra vez con mi primo, el juez Thomson, aunque sin un nombre, poco puede hacer y…

Martha siguió hablando, pero Hope estaba lejos de allí, en Derbyshire, mientras veía cómo Dorothy se sonrojaba por las palabras que el jardinero acababa de decirle al oído…

Ella había sonreído avergonzada, y para Hope no había sido difícil ver cómo su pecho subía y bajaba con rapidez ante su repentina respiración agitada. Cuando el jardinero la había besado, Hope había tenido que hacerles entender que estaba allí antes de que hicieran algo indebido. El muchacho, apurado, había inclinado su cabeza para después continuar con sus quehaceres, y la doncella se había palmeado las mejillas para luego aproximarse a ella.

—¿Cómo es? —le había preguntado Hope.

Dorothy la miró confundida.

—El amor, ¿cómo es el amor?, ¿qué se siente cuando alguien lo da todo por ti y te persigue allá donde vayas como lo ha hecho Brodie?

Hope había esperado ansiosa la respuesta, pues sabía que era amor lo que esos dos se profesaban. Él lo había dejado todo en Irlanda para seguirla hasta Escocia y luego a Derbyshire y, aun en Londres, había conseguido que la vizcondesa lo llevara con ella tras dejar un sustituto, al cual había estado enseñando.

—Pero lo debe saber, señorita, lady Shaw la ama, tenga eso por seguro.

—Me refiero… quiero decir, sé la estima que tiene la vizcondesa por mí, la misma que yo por ella, por supuesto, pero… —recordaba haberse sonrojado sin poder evitarlo—, entre un hombre y una mujer, ¿cómo es?

La doncella se había acercado más a ella y la había tomado de las manos.

—Es como un baile —la hizo girar con ella—, un bonito y constante baile que hace que estén unidos con… una especie de hilo invisible.

—¿Invisible?, ¿cómo se puede sentir algo invisible?

—Pues como el susurro del viento sobre las hojas, ¿el aleteo de una mariposa? —se rio—. Lo siento, no se me da bien la poesía. Supongo que es difícil describirlo.

—Ah, y ¿cómo lo sabes?, ¿cómo sabes que ha llegado?

—La mirada, señorita, esa que la contempla con un brillo especial, con un fuego que arde pero que no quema. Y el corazón, sin duda, para mí la señal es clara cuando late desbocado, más rápido que cualquier jamelgo escocés.

Instintivamente, Hope se había llevado las manos al pecho; sin entenderlo, su corazón había cambiado el ritmo.

—¿Ve?, solo con imaginárselo se le acelera —se rio a carcajadas, pero Hope permaneció muy seria.

—¿Y cuándo se acaba?

Algo así no podría durar para siempre, estaba segura. Por experiencia sabía que todo lo bueno era efímero.

—¿Por qué habría de acabarse? Cuando es verdadero, es poco probable que eso pase. Eso sí, como un jardín, hay que cuidarlo —había fijado la vista en su amado, que trasplantaba unas rosas, y

este había alzado la mirada en respuesta, de nuevo la había sonreído y luego había seguido a lo suyo—. Hay que regarlo con paciencia y comprensión, fortalecerlo con confianza y respeto. Nutrirlo de sinceridad y ¡muchos besos!

¿Besos? Ella no sabía nada de besos; lo único quizá, aquello que intentó darle el topo cuando la raptó en su carruaje, nada parecido a lo que había presenciado entre Dorothy y Brodie.

—Y esa pregunta es ¿por…? —Recordó que su mirada fue inquisitiva—. ¿Su corazón palpita por alguien?

—Ojalá… —había murmurado—. No, por supuesto que no. Mis preguntas son frutos de mera curiosidad.

—Algún día se casará y…

—¡Niña! ¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—No. Sí. La verdad es que no.

De repente, Hope creyó que sus recuerdos la habían trastocado, pues juraría que acababa de ver la punta del zapato de Lady Shaw en movimiento.

—Te estaba diciendo qu…

—¿Se le ha movido el pie?

—Qué tonterías dices, hace años que no se mueven.

—Juraría que lo he visto moverse.

—No me distraigas, muchacha. Mañana irás temprano con Dorothy por los guantes que te he encargado para la cena. Iba a enviar solo a la doncella, pero creo que necesitas que te dé el aire. Así evitaremos tus ansias de explorar en soledad. No me preocupa, ya que a esas horas no suele haber gente paseando.

—Sí, señora, quiero decir, milady.

—¿Se puede saber qué te pasa? Desde que hemos vuelto a Londres, te noto… ¿Cómo decirlo? Dispersa.

—Perdón, estaré más atenta. Es duro regresar, regresar siendo

otra persona.

—Lo entiendo, que uses otro apellido y estés alimentada y limpia no implica que seas otra, querida. No me hagas sentir mal por mi buena obra. ¿Hubieras preferido que te hubiera dejado esa noche en la calle?

—¡Claro que no!

«Pero me hubiera gustado que mis amigos corrieran la misma suerte».

—Bien, pues cambia esa cara y anima ese espíritu. Mañana tendrás tu primer baile y quiero que bailes por las dos.

Las horas transcurrieron hasta que el lienzo de la noche cubrió Londres, y al fin, los ojos de Hope se cerraron. En sus sueños, irrumpió la imagen de un cuello firme, salpicado de diminutas gotas de agua. Observó también el suave descenso de una manzana de Adán con cada trago de quien la había llevado en brazos. Ese mismo que, años atrás, con apenas unas pocas palabras y un sencillo dulce, la había hecho sentir una muchacha feliz, al menos por unos días.

Capítulo 11

—Va a llover.

—Lo dudo —contestó Cedric hacia Edmund a la vez que miraba el cielo.

—No tienes ni idea.

—¡Tápame! —espetó el vizconde con rapidez.

—¿Qué dices?

Edmund lo miró sin entender cuando este le tomó de los hombros y lo puso frente a él.

—Viene la señorita Carter. Por el amor de Dios, tápame.

—Muy buenos días —dijo Edmund con todo el jolgorio que podía salir para incomodar a su amigo.

Pero la señorita, al no conocerle, agachó el rostro regordete y pasó a su lado sin saludar.

—Eres el diablo —reclamó su amigo con una gota de sudor en la frente.

Pero la jugarreta de Edmund no se detendría ahí. Eran muchas las veces que su amigo le había puesto en tesituras incómodas, ¿cómo iba a desaprovechar una situación así?

—¡Si es el futuro marqués de Brookfield! —exclamó alegre—.

Cuanto tiempo sin verte, amigo. —Y finalizó con unas exageradas palmadas en su espalda que casi lo dejaron sin aire.

A Cedric no le dio tiempo a reducirlo a cenizas con su mirada, ya que, al oír aquel nombre, la señorita que había pasado hacía tan solo unos segundos, se volteó.

—Ce… Cedric, digo, lord, lord Elford. No lo había visto —mintió.

La verdad era que lo había visto perfectamente. Aunque intentara esconderse tras su amigo, Cedric le sacaba al menos una cabeza, y lo cierto era que su amago había quedado ridículo.

—Ese era el objetivo —dijo Cedric entre dientes asesinando a Edmund con la mirada—. No debería ir sola a estas horas, las calles están solitarias aún.

—Oh, bueno, tenía que recoger unas cosas y…

—Supongo que no tiene doncella —la interrumpió con sequedad.

—La verdad es que…

—Para qué necesita una si tiene a su prometido aquí. —Esta vez fue Edmund el que no pudo evitar hablar ante la poca empatía de su amigo—. Por favor, Cedric, no seas descortés con la dama.

La muchacha sintió cómo todo su cuerpo se tensaba. Odiaba a ese hombre y su actitud altanera. ¿Se creía que era superior a los demás? Sé sumisa, le había dicho su padre, frágil como una flor y tímida, «no queremos que se echen para atrás con la propuesta».

—No hace falta, de verdad.

Edmund le dio un codazo a su amigo y a este no le quedó más remedio que proceder con tal de no aguantarle. Más adelante se lo haría pagar.

—Por favor, insisto. Al fin y al cabo, estamos prometidos.

La muchacha puso los ojos en blanco, lo que consiguió sacar a Cedric de sus casillas, y juntos se alejaron de Edmund, que no pudo contener una sonrisa. Su amigo, de seguro, hervía por dentro.

Tras el encuentro, Edmund continuó con sus quehaceres. Al salir del boticario, después de haber preguntado por un ungüento para una quemadura de carbón, se detuvo en seco al distinguir un rostro conocido. ¿Cómo era posible que nunca hubiera coincidido con ella y, sin embargo, ahora la tuviera por segunda vez frente a sus ojos?

Hope Sonreía junto a su doncella al salir de Hawkins & Co, Glovers, sin duda, había comprado unos guantes. Las observó de soslayo mientras simulaba ver un escaparate y de nuevo sintió que había algo en esos ojos y en esa sonrisa que le eran familiar. Odiaba cuando eso le sucedía; olvidar las cosas era todo un fastidio. ¿Y si habían coincidido en alguna otra ocasión y no lo recordaba? ¡Maldición! ¿Qué pensaría de él? Pero no, sería casi imposible, él rara vez atendía a reuniones sociales, y por la conversación que tuvo con ella en el dispensario, sospechaba que a ella tampoco le gustaba frecuentarlos.

Sonrió como un idiota sin saber por qué y, cuando vio que la doncella se alejaba de la señorita y se metía en la tienda de lazos, se acercó a ella.

Hope estaba tan inmersa en el escaparate de dulces que no se inmutó con su presencia, o al menos eso le había dado a entender.

—Buenos días —dijo él.

En un principio, Hope se sobresaltó, pero al ver quién era, volvió a respirar con normalidad. Mucho temía que su sentido de alerta nunca iba a desaparecer, sabía que alguien se había acercado, un hombre ni más ni menos, pero no podía huir y llamar la atención, así que pensó en esperar a que este se fuera. No sabía cuántos hombres del Topo la conocían, no obstante, la conversación que había tenido con la vizcondesa la noche anterior la había dejado intranquila. Al parecer, alguien llamado Topo había ido al mercado preguntando por el incidente que había ocurrido con una dama en el

río. Un poco más y Martha estuvo a punto de no dejarla salir.

—Buenos días —respondió al fin.

—Volvemos a coincidir —terció Edmund sin evitar que sus labios se estiraran.

—Eso parece.

—¿Le gusta madrugar? No es costumbre ver a damas como usted paseando a estas horas.

—No puedo evitarlo.

Como tan poco pudo evitar mirar ese cuello con el que había soñado. Al darse cuenta de lo que hacía, con premura, regresó su mirada al escaparate. ¿Es que no podía llevar un pañuelo que lo tapase como hacía el resto de los caballeros?

—¿Padece de insomnio?

—Padezco de rutinas, me temo.

—Es la primera vez que lo oigo. —Edmund alzó una ceja y advirtió el dulce que ella miraba con fijeza, uno con un aspecto apetitoso—. ¿Podría describírmelo? Todo padecimiento humano me es interesante.

—Desde que tengo uso de memoria he tenido que levantarme antes de que cantara el gallo, supongo que mi cuerpo se ha acostumbrado a ello y da igual lo tarde o pronto que me acueste, siempre me levanto a la misma hora.

Edmund la miró contrariado, ¿por qué una dama tendría que levantarse tan temprano a lo largo de su vida? Entonces se acordó de que tampoco quería ser bella. Aquella mujer era del todo enigmática y eso, para bien o para mal, bajaba sus defensas. Y no fue hasta que la lluvia los obligó a buscar refugio en la confitería que continuaron su conversación.

—¿Le gustan las carreras de gotas? —dijo ella con su vista fija en la ventana.

De todas las cosas de las que podían hablar en ese instante, no se habría imaginado que dijera algo así. ¿Estaba nerviosa o eran imaginaciones suyas? Al fin y al cabo, ¿por qué habría de estarlo? Un momento… ¿le costaba sostenerle la mirada? Ya era la segunda vez que la apartaba con rapidez. Ese pensamiento solo hizo que sintiera una sensación extraña en el estómago, ¿en la boca del estómago? En el epigastrio, si quería ser concreto. Como si este hubiera dado un vuelco. ¿Era eso posible?

Se dio cuenta de que estaba tardando demasiado en responder, ocupando sus pensamientos con su examen corporal repentino, y volvió en sí.

—¿Carreras? —preguntó por si había oído mal.

—De gotas, carreras. Parece que se ha ausentado unos segundos. —Alzó una ceja, tan sorprendido que su expresión resultó cómica. Hope sonrió—. Solía hacerlas en… —se frenó de repente. No le revelaría tal cosa, y no entendía por qué sentía que podía confiar en él para hablar sin ataduras. Ya había cometido una imprudencia hablándole de sus madrugones; no cometería otra—. Las hacía con mis primos cuando llovía y no podíamos salir.

—¿Y en qué consisten esas carreras? —preguntó intrigado, sin saber que, unas calles más arriba, en el mismo White's, se apostaban cantidades desorbitadas en aquel juego. No era un hombre que se moviera en clubes, eso estaba claro. Sin embargo, su hermano lo habría sabido al instante.

Hope señaló la ventana y entonces él lo supo.

—Ya entiendo. —Sonrió de medio lado.

—Bien, ¿por cuál apuesta? —dijo Hope completamente inmersa en las gotas que a punto estaban de escurrirse por la ventana.

—¿Apuesta? ¿Dice que apostemos?

—Oh, vamos, no me creo que sea usted un mojigato.

—No es eso —mintió para no parecer un mentecato—, es que suelo ganar con bastante frecuencia y no quisiera ofenderla —remató, y contuvo el movimiento que amenazaba con salir a sus labios—. ¿Qué apostaremos entonces?

Hope se llevó un dedo a su labio, pensativa, y él desvió su mirada hacia esa zona carnosa. Tragó saliva, avergonzado, y retiró la ojeada; de repente el corazón comenzó a palpitarle con fuerza. Primero esa cosa extraña en el epigastrio y luego el corazón. ¿Qué demonios? ¿Estaba enfermo?

—Un dulce, me gustan los dulces —dijo ella.

—Sencillo —replicó él tratando de abandonar su mente de médico.

—No se equivoque, no es cualquier dulce.

—Ahora estoy intrigado.

—Se lo diré si gano. ¿Y usted? ¿Qué quiere si gana?

«Conocerla más».

—Que me diga cuál es ese dulce —consiguió decir mientras maldecía a su cerebro. ¿Qué narices le pasaba?—. Bien, el mejor de tres pues. Apuesto por aquella.

—Mmm… estoy bastante segura de que esta es la que va a ganar —dijo Hope a la vez que señalaba otra.

Ambos miraban la ventana con detenimiento como si hubieran descubierto un nuevo elemento y, tras las tres rondas, Edmund se coronó como el ganador y una enorme sonrisa poseyó su rostro. Fue entonces cuando Hope volvió a retirar su mirada. Se había percatado de su atractivo, uno que, con los años, había aumentado. No lo recordaba tan… tan…

—¿Y bien? Es hora de reclamar mi premio, ¿cuál es su dulce preferido?

—El premio, sí —replicó con rapidez—. Si no queda más remedio, se lo diré. Tiene un nombre extraño, prepárese.

—Estoy preparado.

—Se llama rewari, y he de decir que solo lo he comido una vez y, aunque he probado otros dulces, ninguno me transmitió la emoción que sentí el día que probé ese.

Edmund la contempló extrañado, ¿cómo era posible? Aquel era un dulce difícil de conseguir en Inglaterra y, casualmente, también era su preferido. No creía en las coincidencias, pero esa desde luego lo dejó desorbitado.

—Le parecerá insólito, pero también es mi preferido.

—Me lo imaginaba.

—¿Y qué le hizo imaginar tal cosa?

«Porque fue usted quien me lo regaló».

—Mera intuición.

Edmund no pudo reprimir una carcajada, ahora sí los nervios se apoderaron de él. ¡Sentía hasta calor en las manos!

—Es la mayor tontería que he escuchado hoy —consiguió decir.

—¿Cómo se atreve?

Hope se alejó de súbito y el ambiente se rompió como la taza que se le habría caído a una niña en ese instante al escuchar un trueno. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de él, y ¿dónde se había metido Dorothy? ¿Por qué no había regresado todavía?

—Por favor, discúlpeme —reculó Edmund al ver su rostro—. No lo decía en el mal sentido, solo es que, me resulta usted entretenida.

—¿Entretenida? —Aquel comentario la enojó aún más.

—Lo que quiero decir es…

Edmund apretó los puños. Cuando se ponía nervioso su boca solía traicionarle y decía cosas sin sentido, había algo en esa mujer que lo desarmaba, como si hubiera permanecido enterrada en sus recuerdos y de repente saliera a la luz, más fresca y radiante. Pero

ya era tarde para corregir sus palabras, lo supo cuando las mejillas de la señorita se incendiaron y la respiración tomó un ritmo frenético.

—¿Qué le parezco?, ¿un mono de feria? ¡Será posible!

—¿Adónde va?

—Prefiero mojarme a estar con usted un minuto más, gracias.

—No me dirá que se lo ha tomado mal.

—¡Váyase al cuerno!

Ella salió a toda prisa y él se quedó prendado en sus pasos acelerados, con una sonrisa digna de enmarcar en su rostro. Si había algo que se había ido al cuerno había sido la conversación. ¿Cómo diantres habían llegado a eso? Repasó todo en su cabeza y entonces supo que con la palabra «tontería» y «entretenida» su rostro había cambiado como si hubiera dolor en él. ¿Qué ocultaba la señorita McDow?

—¡Señorita!, ¡señorita, aquí!

Hope dirigió la mirada hacia la voz y vio a Dorothy, que le hacía señas desde un carruaje de alquiler.

—¡Está empapada!

—¡¿Se puede saber dónde estaba?! —respiró hondo ya en el carruaje—. Perdón. —Se aclaró la garganta. ¿Entretenida?, ¿tontería? Con esas palabras Edmund había borrado de un plumazo aquella idea de él que se había construido desde hacía años ¿Dónde había dejado su amabilidad?—. He sido descortés, Dorothy, perdóname.

Dorothy abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma y decidió responder.

—En cuanto cayó la primera gota pensé que lo mejor era buscar un carruaje, pero cuando volví, había desaparecido. Pensé que lo mejor era esperarla en el mismo sitio.

—Has hecho bien.

—¿Le sucede algo?

—La gente puede llegar a ser algo irritante, ¿no cree?

—¿La gente o alguien en particular? —respondió la doncella, que había visto al caballero que se asomó tras ella salir de la confitería.

—Dorothy, respóndeme esto, ¿una persona que fue amable en su día puede comportarse de forma contraria de repente?

—Pues usted siempre es amable conmigo, pero hace un momento me ha gritado, así que supongo que sí, lo que no implica que, por un suceso desafortunado, a partir de ahora la considere descortés.

—Supongo que tienes razón —resopló.

***

—¡Madre! ¿Dónde está?

Edmund dejó la cajita que portaba en el recibidor y se dirigió al saloncito donde sabría que la encontraría contestando cartas, como solía hacer a esa hora.

—Por Dios bendito, Edmund, estás empapado.

—¿Conoce a una tal señorita McDow? —fue directo al grano.

—Claro, ¿por quién me tomas? Es la protegida de Martha, acaba de llegar a…

—Barlow —dijo al mayordomo que pasaba por ahí—, necesito que envíes algo.

Edmund tomó papel y arrebató la pluma de la mano de su madre y se puso a escribir.

Capítulo 12

Hope tenía que decidir entre los dos vestidos que Dorothy le había tendido en la cama, uno turquesa y otro borgoña. Si Lily la viera se volvería loca, le hubiera encantado compartir con ella esos tejidos tan suaves y vistosos. Antes de escoger, se dijo a sí misma que si algún día coincidían, le regalaría uno. Solo así no se sentiría culpable al usarlos, pero antes de que se decidiera, alguien llamó a la puerta.

—Señorita, ha llegado algo para usted.

Hope tomó la cajita que la doncella le entregó y no pudo evitar sonreír tontamente cuando vio el contenido. Aquel pastelillo que había observado desde el escaparate esa misma mañana había sido trasladado ahora a sus manos. Pasó un dedo por encima arrastrando la nata y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y disfrutó del sabor. Lo guardaría y cada día…

—No irás a guardarlo, ¿verdad?

Hope dio un sobresalto y el pastelillo estuvo a punto de caerse.

Martha, que la había estado observado desde la silla en el umbral de la puerta, había leído sus pensamientos, y no era para menos, pues los primeros días que estuvo con ella, descubrió que tendía a guardarse comida, acto en el que aún la pillaba con los dulces.

—Sería una pena desperdiciarlo en un bocado. No sé cuándo voy a volver a tener algo tan delicioso en mis manos —sonrió.

—Ya hemos hablado de eso, chiquilla. Dime qué dulce es y pediré más, incluso le puedo decir a la cocinera que intente replicarlo. Sabes que puede hacer cualquier cosa, por eso la contraté. Y ¿qué es eso?, parece una nota. ¿Apenas hemos llegado y ya tienes un admirador?

—¡Por supuesto que no! —dijo con rapidez.

—Claro, no sé cómo se me ha ocurrido semejante idea… ¡Tengo ojos en la cara! —Dorothy llegó y comenzó a empujarla hacia su habitación—. Me marcho —dijo con dramatismo—, ha llegado la tediosa hora de vestirme y Dorothy se ha empeñado en que me mantenga de pie unos segundos. A estas alturas no sé quién es la vizcondesa y la doncella. ¡Solo me da órdenes!

Su voz desapareció y Hope se quedó sola con el pastelillo, al cual no pudo evitar dar un mordisco deleitándose en cada textura y en el sabor, ¡qué sabor! ¿Pasaría algo si se lo comiera de una sentada? Al fin y al cabo, era un regalo. Sería muy maleducado por su parte si no lo hiciera. Terminó chupándose los dedos y, después de comprobar que nadie la observaba, también repasó el interior de la caja. Luego tomó la nota y leyó.

Señorita:

Considere este presente como mi más sincera disculpa, sé que la ofendí con mis palabras y le aseguro que mi intención no era herirla (pero algo me dice que lo hice). Cuando me poseen los nervios soy yo el que digo estupideces, es un defecto muy molesto que llevo a mis espaldas.

Al referirme a sus declaraciones como tonterías y al llamarla

entretenida no solo fui insensible, sino tremendamente injusto.

Desde mi más profundo arrepentimiento,

Edmund Rowles

PD: Espero verla esta noche y poder disculparme en persona

***

Los carruajes llegaban a la residencia de sir Murray y todos los invitados subían las escaleras con elegancia hasta ser recibidos por una decoración de lo más estrambótica donde los tonos verdes dominaban. Había jaulas con pájaros, mayordomos que sostenían animales en cadenas doradas, y se decía que en los jardines paseaba un elefante que el mismo sir Murray había traído de la India.

Hope contuvo la respiración, aquello era hermoso y a la vez triste, ¿por qué tenían que estar esos pobres animales encerrados si podían vivir en su hábitat?

—Sé lo que piensas, chiquilla, pero trata de no amargarme la velada.

Hope asintió y, con rapidez, entrecerró la mirada cuando una especie de gato, demasiado grande, pasaba a su lado. La vizcondesa, de un sobresalto, movió las piernas. No era la primera vez que la había visto hacerlo, también en Derbyshire, al son de la música, mientras la enseñaban a bailar, juraría que había visto sus pies moverse al ritmo del *Deutscher Tanz* de Mozart. Lo curioso era que cada vez lo hacía más, lo que confirmaba que no eran

imaginaciones suyas.

—Martha, cuánto tiempo, querida.

Sir Murray se acercó a ellas con una enorme y pícara sonrisa. Era más joven de lo que Hope se había imaginado y estaba fuerte, demasiado. Por su atuendo, parecía que acababa de regresar en ese mismo instante de explorar un país lejano.

—Murray, veo que sigue sin madurar. ¿Cuándo dejará toda esta parafernalia y se centrará en buscar una mujer?

—La madurez se la dejo a las frutas. Además, ¿quién quisiera estar con un animal como yo? Solo soy uno más en mi colección.

—Tonterías —refunfuñó la vizcondesa.

Hope sonrió y sir Murray hizo una especie de espasmos y se tapó los ojos.

—Avíseme, ¿ha dejado ya de sonreír? No puedo con tanta hermosura.

—Déjese de zalamerías —soltó Martha—, dudo que le funcionen con ella.

—Por favor, Martha, me deja usted en ridículo.

—No, querido, con eso puede usted solo.

Hope volvió a sonreír.

—Oh, no, ahí está de nuevo. No me torture, se lo ruego.

—No era como me esperaba —se sinceró Hope.

—¿Y puedo saber qué era lo que se esperaba? —replicó, y decidió dejar el teatro.

—Un viejo loco, la verdad.

—¡Hope! —su protectora la reprendió.

Pero sir Murray se deshizo en un mar de risas.

—Me temo que en lo de loco ha acertado. Un placer, señorita…

—McDow, Hope McDow.

—Si me permite, luego me gustaría enseñarle algunos de los

artilugios que me encuentro en mis viajes.

—Oh, me encantaría, siempre he querido saber qué hay más allá de…

—Eso será si yo lo permito —zanjó Martha.

—Por supuesto, milady. Dígame, ¿cómo la aguanta? —susurró esto último acercándose a Hope y esta rio—. Me marcho, he de saludar a los demás invitados, a veces tengo que ser educado.

Guiñó un ojo hacia Hope y desapareció.

—Chiquilla, compórtate.

—Perdón —sonrió—, me ha parecido demasiado cercano.

—Pues que no se acerque más. Ese hombre emana peligro por cada poro de su piel.

—Pues a mí me ha parecido…

—Eres demasiado inocente, niña, aún tienes camino que recorrer.

—Sí, milady.

Hope la empujó para que Martha fuera saludando a sus conocidos y la miró con cariño, sabía que ella solo intentaba protegerla.

A su vez, Edmund había llegado del brazo de su madre, cerca de su hermano y su mujer Portia, que no le quitaba ojo de encima, como un águila de las que había allí. Una carcajada llamó su atención y, al dirigir la vista a ese lugar, contempló a sir Murray la mar de feliz hablando con una sonriente Hope. Sintió una extraña y desconocida punzada que su madre interrumpió de súbito. La mujer no entendía por qué de repente su preciado hijo había querido asistir a un baile, y ni más ni menos que al de sir Murray, cuando odiaba su colección de animales. Pero esa vez había insistido bastante, sobre todo después de averiguar si Martha Shaw iba.

—Mira, ahí está Martha, iré a saludarla.

—Déjeme que la acompañe, madre.

Era su oportunidad, gracias a Dios, el dichoso Murray se había

alejado de ellas, pero tuvo que detener su cometido al encontrarse con lady Culpepper y su acompañante.

—Señor Rowles, está usted especialmente apuesto hoy, ¿a que sí, querida sobrina?

La mencionada aleteó sus pestañas como si intentara acariciarlo con ellas y sonrió.

—Pero. tía, si ese es su estado natural —sonrió.

Pero su comentario pasó desapercibido, ya que Edmund tenía la vista puesta en Hope y en su conversación con el señor Lamb, el viejo médico que la hacía cambiar de expresión a cada poco. ¿De qué estaría hablando?, ¿por qué quería saberlo? Nunca había deseado inmiscuirse en los asuntos de nadie, pero, de repente, todo lo que rodeara a esa mujer bien merecía su interés.

«Estoy perdido».

—… Sí, ha sido una absoluta desgracia, ¿verdad, hijo?

Su madre le pellizcó el brazo que la sostenía y lo hizo regresar a la conversación.

—Disculpen, ¿el qué?

—No me extraña que tenga la mente en otros asuntos. Con lo que ha sucedido, al ser un compañero suyo, ni más ni menos. No se habla de otra cosa.

Edmund miró a su madre interrogativo.

—Sí, lo han titulado «la triple tragedia», un nombre que me hace estremecer. Ese pobre médico, quitándose la vida por… por haber perdido a una madre en el parto y al hijo que traía en su vientre.

Edmund, sorprendido por el comentario, abrió los ojos más de lo normal.

—Sir Jacobs era un buen hombre.

—Ya lo creo que sí.

—Yo nunca le permitiría hacer algo así, señor Rowles, su vida está

muy por encima que cualquiera de esos que…

Su tía la frenó con una espinosa mirada, pero el aviso había llegado demasiado tarde. Su madre clavó su vista al techo, donde una especie de lagarto surcaba los relieves de escayola, prefería ausentar su mente para no tener que soportar la reacción que su hijo tendría a continuación.

—Muy por encima… ¿Por encima ha dicho?

—Ya empezamos —susurró la madre angustiada.

—¿Acaso usted, señorita Culpepper, tiene el derecho, y ya no solo el derecho, ¡la inteligencia!, de decidir qué vida vale más que otra? ¿Se ha parado a pensar en cómo se habrá sentido sir Jacob tras perder sus vidas para acabar de esa manera?, ¿sabe el nivel de compromiso y altruismo que emanaba sir Jacob? Le aseguro, lady Culpepper, que muy elevado. ¿Ahora me dirá que se cree usted con más derecho de que la salven frente a otras personas?

—Yo no tengo la culpa de las normas que rigen esta sociedad, la misma en la que usted vive, por mucho que se niegue a creerlo, señor Rowles.

—No, no tiene la culpa, pero si algo nos diferencia es que usted bien que la disfruta y saca provecho de ella, así que, al menos, tenga la decencia de no sacar a relucir su corazón podrido.

—¡Señor Rowles! ¿Cómo se atreve a dirigirse a mi sobrina de ese modo?

—No se moleste, tía, todo esto me resulta excitante, me gustan los caballeros que saben expresarse.

Lady Rowles bajó la cabeza sorprendida, quizá lady Culpepper tenía razón después de todo y esa muchacha podría ser una buena mujer para su hijo. No cualquiera sería capaz de aguantar sus disertaciones, sus continuos desprecios ni mucho menos que una reprimenda como la que acababa de recibir le resultara, incluso,

excitante.

—Querido, tráeme un poco de ponche, y ve con tu hermano. Seguro que Portia ya le ha abandonado por los juegos de cartas, o ha encontrado un acompañante para bailar, ya sabes que tu hermano odia la música, el pobre no tiene sentido del ritmo.

Su intervención calmó el enervado ambiente y su hijo hizo caso a sus palabras y pasó muy cerca de Hope, sin saber que esta lo había observado y oído. Su roce con la señorita Culpepper había llamado tanto su atención que había detenido su conversación con el doctor Lamb al escucharle hablar de esa manera.

—¿Ambulofobia ha dicho? —repitió regresando al asunto que la ocupaba, pues no estaba segura si había escuchado al señor Lamb con claridad. Esa palabra quedaba fuera de su vocabulario, a pesar del intenso año de estudio que le había marcado lady Shaw.

Unos minutos antes, el médico había notado la incomodidad de Hope mientras miraba en torno al salón. La vizcondesa había sido «raptada» por una vieja amistad que, emocionada, quería presentarle a sus nietas. Aprovechó entonces la ocasión para hablarle sobre la condición de Martha. Siempre había querido ayudarla y tenía el presentimiento de que esa muchacha podría hacerlo.

—Ambulofobia, sí, pero no se lo diga a la vizcondesa o me colgará de un árbol.

—Sería en verdad capaz. —Hope le guiñó un ojo.

—De eso y más. —El médico sonrió—. Dice usted que le ha visto mover los pies en alguna ocasión. Eso es, en efecto, porque puede hacerlo, incluso podría caminar si quisiera.

—¿Cómo? —Hope no podía creer lo que acababa de oír.

—Y puedo estar casi seguro de que en las noches mueve sus piernas al acostarse. Una vez padeció de un fuerte catarro, y

mientras no estaba en sus cabales, las contraía y estiraba como si nada. Nuestra querida Martha no tiene ningún impedimento físico, me temo que el problema radica en su mente.

—¿En su mente?

—¿Conoce al dios Phobos, señorita? —Por su mirada vio que no era así—. En la mitología griega, es el hijo de Ares y Afrodita. Este, al parecer, era un gran guerrero, y con su sola aparición en la batalla, hacía experimentar un gran terror entre los combatientes. Estos huían, se hacían los muertos o se quedaban paralizados por el mismo miedo. Era la personificación del temor y horror. La fobia, señorita McDow, es tan invalidante como cualquier otra enfermedad. —Hope lo escuchaba atenta—. Ahora bien, como todo, tiene su origen. Descubra el origen del terror de lady Shaw y logrará que camine. Veo que la tiene en alta estima y sería una forma fascinante de devolverle su cariño.

—¿Y qué podría hacer yo para…?

—Señor Rowles, ¡benditos los ojos que lo ven!

La voz de su protectora, como si la hubieran descubierto al hacer una fechoría de vuelta en St Joseph, la hizo girarse.

—Discúlpeme, señorita. ¡Edmund!, mi mejor estudiante. —El señor Lamb se acercó a él y le dio un fuerte apretón de manos y unas palmadas en la espalda—. A ver si te dejas ver a más a menudo, muchacho.

Hope se quedó atrás, incómoda, sin saber muy bien cómo proceder, pero la situación duró poco. Lady Shaw no dudó en presentarla.

—Querido, déjame que te presente a mi protegida. Acércate, niña, que yo sepa, el señor Rowles no muerde.

—Aún —dijo este en cuanto la vio, e inclinó ligeramente su cabeza —. Encantado de conocerla, señorita…

—McDow —intervino la vizcondesa—. Quizá podrías invitarla a bailar, te aseguro que la señorita tiene una conversación que no le decepcionará.

—Ahora soy el fruto de entretenimiento de sus amistades, milady. Parece que me pasa a menudo. —Se mordió el labio ante la mirada de su protectora, pero no pudo evitarlo.

—Es de lengua afilada —dijo la vizcondesa.

—Lo sé —terció Edmund con una sonrisa.

—¿Lo sabe?

Hope sonrió ante su metedura de pata. A ver cómo salía de esa. Está bien, quizá su reacción esa mañana había sido exagerada, pero le había afectado sobremanera que le dijera esas cosas, y más, después de que se había colado en sus sueños sin permiso. Así que verlo en un aprieto la hizo sentirse irremediablemente feliz.

—Siento defraudarla, lady Shaw, pero la señorita McDow y yo ya nos conocemos.

Hope lo miró con inquina, aquella afirmación conduciría a otra pregunta cuya respuesta la metería a ella en problemas.

—Por casualidad, ¿no será usted el que le envió un dulce esta mañana?

—Me temo que le debía una disculpa a su protegida.

—Pues asumo, por la manera en que devoró su dulce, que ya lo ha perdonado.

—¿Devorado ha dicho? —La miró de soslayo y ella solo quiso desaparecer.

—Bueno, y por el tiempo que llevamos juntas, puedo deducir que hasta terminó por lamer el recipiente.

—¡Lady Shaw! —la reprendió Hope. ¿Cómo había sido capaz de decirle tal cosa? ¿De qué le servía ir de refinada si luego contaba esas anécdotas?

—Entiendo. —Edmund tuvo que tragar saliva y aclarar sus ideas porque la sola imagen de lo que lady Shaw había narrado le había hecho estremecerse. ¿Tanto le había gustado?—. ¿Entonces?, ¿me disculpa? —dijo esta vez sin poder borrar la estúpida sonrisa que se le había formado. Se alegraba sobremanera de que la señorita hubiera disfrutado tanto de su regalo.

—Pues claro que lo disculpa —rio Martha, acompañada del médico, que miraba la escena la mar de entretenido.

Si no la conociera, no diría que el escándalo que estaba armando la vizcondesa era para darle un ataque de celos a lady Culpepper y a su manía de emparejar a su sobrina con Edmund. Lo hacía para salvarle la vida, la cual se llenaría de amargura si acababa con la frialdad de una Culpepper. En cualquier caso, consiguió cumplir su objetivo, porque la baronesa no quitaba ojo de lo que sucedía.

—¿Cómo se conocieron? La señorita acaba de llegar, así que tuvo que ser cosa del destino —dijo el señor Lamb para rematar.

—Pues ella…

—El baile está a punto de comenzar —interrumpió Hope con rapidez.

—Podemos esperar al siguiente, quería contar cómo…

—Quiero ese baile, me gusta ese baile y, si quiere que lo perdone, bailará ahora.

La mirada de lady Shaw se llenó de asombro. ¿Qué demonios le pasaba a esa muchacha?, ¿de verdad le gustaba tanto ese baile como para no poder esperar?

—Pues no me perdone.

El señor Lamb soltó una carcajada y Hope lo miró sin palabras. Ese desgraciado la estaba dejando en evidencia. ¡Lady Shaw la colgaría! Si saliera a la luz que se había tirado a por un anciano al agua, ¡la a vista de todos!, definitivamente la colgaría.

Ojalá estuvieran en la calle y sin testigos. Le daría una paliza. Lo primero que haría sería abalanzarse sobre él, luego le tiraría del pelo, después le mordería la oreja y… Oh, si él supiera lo capaz que era de defender lo suyo sin ningún tipo de reparo y…

—Así que la lluvia los hizo conocerse —concluyó la vizcondesa.

Mientras ella armaba una batalla campal en su cabeza, la conversación había seguido su curso sin que ella fuera consciente. No fue hasta que la palabra «lluvia» salió a la luz, que ella regresó de sus elucubraciones.

—Así es, me temo que la historia no tiene más. —Notó como los ojos de Hope se clavaban en él como si fueran a atravesarle sin piedad—. Ahora, si me permiten, hay una dama que me espera para bailar.

La vizcondesa sonrió complacida y asesinó a su médico con la mirada cuando este se atrevió a pedirle un baile. ¿No veía su condición?

—Señor Lamb, a veces pienso que ha perdido la cabeza.

—Si yo le contara, milady, si yo le contara…

Edmund se acercó a Hope y le ofreció su brazo.

—Ahora no irá a rechazarme, ¿verdad? Después de todo, es su baile preferido.

—Es un… un…

—Está muy tensa señorita, McDow, y eso no es saludable.

—¿Ah sí?, dígame algo que lo sea —refunfuñó.

—Bailar.

Mientras se movían por la pista, Hope miraba al suelo y él al gracioso lunar que tenía en el inicio de su cuello, hasta que tropezó. Entonces ella lo supo, en su cercanía, ahora era él el que emanaba tensión y quiso aprovecharlo, no tenía intención de dejar que se saliera con la suya después de lo que acababa de hacer.

—En su carta decía que cuando se pone nervioso dice estupideces. ¿Qué fue lo que le puso nervioso esta mañana?

—¿Cómo dice? —Su lengua mordaz había salido al ataque.

—¿Qué le puso tan nervioso, señor Rowles?

—La lluvia —dijo con rapidez—, la lluvia me pone nervioso, y estar mojado, exacto, la humedad.

—No le vi muy molesto después de sacarme del agua.

—A causa de la adrenalina, por supuesto.

—Por la adrenalina. —Hope sonrió sincera y él con ella, pero, con rapidez, desviaron de nuevo la mirada.

—¿Y cómo es que una señorita como usted sabe nadar?

Hope terminó el giro que el baile requería y contestó.

—Si se refiere como nadar a mantenerse a flote, me temo que encontraría muchos detractores.

Él sonrió, tenía una sonrisa preciosa, tal como la recordaba aquella vez en el puerto.

—Bueno, vi que avanzaba mientras se mantenía a flote, ¿cómo llamaría usted a eso?

—Sobrevivir, lo llamaría sobrevivir al agua.

—Impulsada únicamente por la motivación de salvar a ese hombre. Le parecerá una indiscreción, pero ¿puedo preguntarle quién es Luke? Sonaba bastante angustiada. —Se retractó al ver cómo su rostro se tornaba triste—. No hace falta que me lo cuente, sigamos bailando, esta pieza es…

—Era un amigo de la infancia —lo interrumpió, no tenía por qué ocultarlo, y sentía que cada vez que lo mencionaba le hacía vivir un poquito más—. Tuvo un destino horrible y no pude hacer nada para salvarlo.

—Parece que todavía le afecta.

Ella bajó la cabeza y contuvo las lágrimas, era una experta en

ello. Edmund detuvo el siguiente paso unos segundos y la miró con fijeza.

—Estoy seguro de que hizo todo lo que pudo para salvarle.

—Entonces él seguiría vivo.

Una lágrima, una que no pudo contener, la traicionó y descendió por su mejilla. Edmund tuvo la necesidad de limpiarla, pero quedaba totalmente fuera de lugar, y más si ante los ojos de aquellos que los observaban era la primera vez que entablaban una conversación.

—Quiero disculparme otra vez con usted —dijo intentando secuestrarla de su dolor—. En persona, creo que se lo debo.

—No me debe nada, y ya se ha disculpado. Creo que mi reacción tampoco fue apropiada, además, con su dulce se me olvidaron sus palabras —dijo sin pensar—, quiero decir, yo…

Las comisuras de los labios de Edmund no pudieron ampliarse más.

—Me alegra oírlo, estaba delicioso. Yo mismo me comí otro. No pude evitar que se me antojara después de ver cómo lo contemplaba de ese modo. Tiene usted un gusto exquisito.

—O una mirada peligrosa —rio ella—, pues logré convencerle con algo tan simple.

Si tan solo ella supiera que su mirada era de todo menos simple... Si comprendiera la intensidad de la luz que brotaba de sus ojos, esos que ahora lo observaban con curiosidad, esa misma que despertaba en él...

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Sus miradas permanecieron entrelazadas en silencio. Un instante que se extendió más de lo prudente, hasta que, como si la música los traicionara con un descenso que anunciaba que el baile estaba cerca de terminar, ambos desviaron la mirada con rapidez. La repentina consciencia de lo que acababa de ocurrir causó una alteración en sus respiraciones.

Edmund, nervioso, decidió entregarle aquello que su paciente le había dado antes de que se le olvidara. Además, creía que, con ese gesto, su ánimo resurgiría tras pensar en su amigo.

—Tengo que darle esto. —Soltó el agarre de su cintura y sacó de su bolsillo aquel correoso nudo que había pertenecido a una red.

Hope abrió los ojos con intensidad y sintió una punzada en su estómago.

—¿Quién se lo ha dado?

La música terminó y se separó de él.

—El anciano por el que se lanzó al agua. Quería habérselo dado antes, pero no sabía que la iba a ver esta mañana y no lo llevaba encima. No obstante, al llegar a casa después de nuestro encuentro, lo metí en el bolsillo de mi traje con la esperanza de verla en el baile.

El mareo que sintió al ver aquel presente se agudizó con los segundos cuando un aluvión de recuerdos la atravesaron.

—Necesito tomar el aire, yo…

Hope salió del salón despavorida, a pesar de atraer las miradas y tropezarse con un maldito animal de los que por allí paseaban. Edmund la siguió.

Hope agradeció que el balcón estuviera desierto. Ignoraba que la causa era la exhibición que el señor Morris realizaba con una cacatúa, lo que mantuvo a todos embelesados mientras el ave volaba sobre docenas de cabezas asombradas. O quizás era el aire húmedo y frío que habían traído las lluvias lo que mantenía el lugar vacío.

—No puedo respirar, necesito que… no lo soporto más, ¡quíteme esto!

Edmund la miró sorprendido, su rostro rezumaba angustia y enojo, al parecer por no atender a su petición con rapidez. ¿Acaso él

no era capaz de comprender cómo el corpiño se aferraba a ella sin dejarla respirar?

—Pero, señorita, si nos ven…

—¿No es médico? —dijo frustrada—. Le digo que no puedo respirar…

Apoyó su espalda en la balaustrada con respiraciones agitadas, y maldijo a Dorothy por habérselo apretado tanto.

—¡Señorita!

Edmund se acercó a ella en dos zancadas, la giró con un rápido movimiento y, como pudo, a pesar de que sus dedos titubearon al principio, lo logró. ¿Cuántas veces le iba a quitar el corsé a esa mujer? Era la primera vez en su vida que le pasaba algo semejante, y no una, sino dos veces.

Hope exhaló una bocanada de aire y sin pensarlo, se apoyó en él.

El médico miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los observaba. Dudó un instante antes de acercarse más, inseguro de dónde colocar sus manos. Finalmente, se decidió a rodearla con un abrazo torpe, casi tímido, como si temiera cruzar un límite sin señalar.

—¿Se encuentra mejor? —dijo casi en un susurro sin poder evitar aferrarla más a él.

Pero la mente de Hope se había marchado muy lejos de ese lugar.

Capítulo 13

Los pies le dolían de tanto correr, y aquella ampolla que la había atormentado durante días, se le había abierto. El llanto era incontrolable, pero no podía parar por mucho que quisiese. ¿Cómo alguien tan pequeño tenía que pasar por aquello?

Corrió más y más hasta que su cuerpecito chocó con otro.

—¿Por qué lloras, niña?

—No quiero más, no puedo más, quiero a mi papá.

—¿Dónde está tu padre?

—Él no está, ya no está. Eso dice la señora Quirk, «tu padre te abandonó, Hope, estás sola, Hope». No quiero estar sola y… y… —La niña absorbió sus mocos entre sollozos—. Me duelen los pies y mis manitas. Tengo hambre, tengo mucha hambre. —Su llanto se intensificó.

El hombre la abrazó, ojalá pudiera ayudarla, ojalá… pero apenas él tenía algo que llevarse a la boca.

Lloró con ella ante la impotencia, hasta que unos gritos se hicieron audibles. Era el capataz.

La niña lo miró presa del pánico.

—Me castigará otra vez. Le prometí que no me volvería a escapar.

Finch, el Lagarto al que tanto temían los niños, estaba cada vez más cerca.

El extraño limpió las lágrimas de la muchacha y la hizo enderezarse.

—Mira esta red niña, ¿ves todos sus nudos? —La pequeña asintió —. Tú eres uno de ellos, pero hay unos que se deshacen o se rompen con facilidad; otros, son firmes y aguantan innumerables jornadas de trabajo y peso. Sé uno de los fuertes, sé uno de ellos.

Entonces unas manos se aferraron a ella y, como si fuera una muñeca de trapo, la devolvieron al que era el camino de su destino.

Hope se limpió las lágrimas, lloraba desconsolaba, y no fue hasta ese momento cuando fue consciente de que unos brazos la aferraban mientras permanecía agachada en el suelo. Alzó el rostro y se encontró con unos ojos castaños que la observaban preocupados. Se llevó las manos a la boca y se separó de él con un aspaviento.

—¿Nos ha visto alguien? Perdón, discúlpeme, yo…

Edmund le puso su chaqueta sobre la espalda y Hope lo agradeció, ya que, al separarse de él, sintió un frío helador sobre su piel.

—Lo siento.

—Deje de disculparse, por favor. ¿Está usted bien? No sé si me lo quiere contar o no, pero creo que su reacción la ha desencadenado este nudo.

Ella lo tomó rápido de sus manos y se lo guardó.

—Lo conozco, al anciano, lo conozco —dijo con un rostro lleno de melancolía.

—¿Disculpe?, no entiendo, ¿por eso se tiró a por él? En ese caso tendría más sentido que lo hiciera, sería extraño que…

—No he sabido quién era hasta ahora, con esto —dijo señalando el nudo.

—Si no es indiscreción, ¿puedo preguntarle cómo se conocieron?

Para él le carecía de sentido que una dama como la protegida de la vizcondesa conociera a un pescador. Cuanto más la conocía, más quería saber.

—Me dijo algo, algo que llevaré siempre conmigo y que me ha hecho sobrevivir hasta ahora.

—¿Sobrevivir? ¿De qué está hablando? ¿Se encuentra en peligro? ¿O quizá lo estuvo? Quiero decir…

—Aquí estás, querida.

Los dos dieron un sobresalto al escuchar la voz de la vizcondesa. La rotura de la atmósfera que se había creado allí fue palpable.

—El señor Lamb me está torturando, prefiero que me empujes tú, y no está de más decir que sir Morris te espera en este mismo instante para bailar, aunque si yo fuera tú lo ignoraría, no obstante, siendo el anfitrión de esta fiesta quedaría un poco feo, ¿no crees?

Lady Shaw tomo aire después de decir todo aquello casi sin respirar, pues es lo que hacía cuando estaba nerviosa. ¿Qué hacían esos dos allí solos? ¿Por qué Hope tenía la chaqueta de Edmund sobre sus hombros? ¿Y qué diantres era eso en sus ojos? ¿Había llorado? Quería saberlo; no, no quería saberlo, ¿o sí?

—¿Qué haces ahí parada? —dijo al fin—. Vamos.

Hope reaccionó y le entregó la prenda a Edmund.

—Gracias, señor Rowles.

En ese instante Martha vio su espalda, llevaba… ¡Llevaba el corsé desatado!

—¡Por el amor de Dios, Hope! ¿Qué has hecho? —dijo en un susurro.

—Yo… no podía respirar y…

—Permítame, se lo ataré de nuevo.

—¡Señor Rowles! No debería, y mucho menos aquí, a la vista de…

Allí estaba su pierna, de nuevo la había estirado y eso no pasó desapercibido a ojos de Hope.

—He cambiado de opinión, dejarás el baile con el señor Morris para otro día, de repente me encuentro indispuesta. —Miró hacia arriba, ligeramente hacia atrás, al personaje que había permanecido impertérrito todo ese momento—. Señor Lamb, usted no ha visto nada.

Capítulo 14

—¿Se puede saber qué diantres hacías?

Hope se sentó en la cama de la vizcondesa. En cuanto había llegado a casa, Martha se había puesto a dar voces a Dorothy para que la preparara para meterse a la cama. Las actividades sociales la agotaban sobremanera, y no digamos los supuestos escándalos.

Hope entrelazó sus manos, nerviosa. Sabía que cuando Martha perdía la compostura, la conversación se tornaba impetuosa.

—Agradece que fui yo la primera persona en veros de esa guisa. Imagínate si hubiera sido lady Culpepper, o el conde Rowles, ¿qué crees que hubiera pasado? Te lo digo yo: ¡tu debut en la alta sociedad se hubiera arruinado por completo, Hope! Por no hablar de la impoluta reputación del señor Rowles. El pobre hombre siempre ha sido ajeno a toda clase de cotilleos. Miento: el modo en el que ejerce su profesión siempre ha sido criticado, pero… ¡Eso no tiene nada que ver con lo que vosotros dos hacíais!

—Perdón.

—¿Perdón? ¿Esa es la única explicación que tienes?

Hope la miró.

—No me ha dejado que me explique.

—No seas impertinente. ¿Cómo que no he…? —Lady Shaw se subió la manta hasta la cintura—. Tienes razón, no te he dejado hablar. —Extendió su mano hasta la mesilla y tomó su vaso de agua templada; si la bebía fría, al día siguiente amanecería afónica—. ¡Explícate!

—El señor Rowles solo me estaba ayudando. —Tomó el vaso de la vizcondesa para devolverlo a su sitio después de que ella bebiera—. Yo me ahogaba, no podía respirar y le pedí que me lo desatara.

—¿Y por qué narices te estabas ahogando? ¿No habrá sido ese maldito chimpancé? El condenado se divertía dando uvas a los invitados, ¡directas a la boca! Aún no me he recuperado de la imagen. A sir Morris le falta decencia. ¿Cómo puede permitir que…? —se detuvo—. De nuevo, no dejo que te expliques.

Hope sonrió, al principio le había sido difícil comprender las cosas que alteraban a la vizcondesa, como que una pluma de su tocado no estuviese colocada de forma correcta, pero para alguien que había nacido y vivido con tantas comodidades, supuso que era normal y dejó de buscarle los pies al gato.

—El señor Rowles me dio algo que me trajo recuerdos, y de repente me invadió la angustia. Ya sabe que me cuesta mantener la compostura cuando la memoria viene a mí.

—Niña, no te ayudé para que sigas sufriendo.

—Lo intento, de verdad que lo hago.

—Lo sé, sé que lo haces. —La vizcondesa tomó su mano y, al notarla helada, la frotó con la otra—. No voy a preguntarte qué es aquello que te dio, me niego a que sientas angustia de nuevo al decirlo, pero sí me gustaría saber tu opinión sobre el señor Rowles.

—Apenas lo conozco, milady.

—No obstante, lo suficiente como para decirle que te desate el corsé.

Sin querer, Hope se sonrojó, cosa que hizo sonreír a su protectora.

—Él siente curiosidad, lo he visto esta noche en su mirada.

—¿Cu… curiosidad?, ¿por qué?, ¿de qué?

—Por ti, por supuesto.

Hope se puso de pie de un salto.

—Ya sabes que siempre digo que no confíes en nadie.

—Sí, milady.

—Es por tu seguridad.

—Sí, milady.

—Pero, en cuanto al señor Rowles… —Hope alzó la mirada—, es un buen hombre. Parece que fue ayer cuando lo veía correteando por ahí, a la par que comprometía a sus padres en cada evento. —Sonrió—. Creo que es el único que no me saca de quicio en esta sociedad. No te impediré que hables con él.

—¿Para molestar a lady Culpepper? Entiendo que quiere prometer a su sobrina con él. —Al decirlo, sintió una inesperada punzada.

—¡Oh, no!, no soy tan mezquina, pero ya que lo dices… —La vizcondesa le guiñó un ojo—. Ahora ve a descansar, se ha hecho muy tarde.

—Sí, milady, buenas noches. —Hope se alejó, pero antes de marcharse no pudo evitar preguntar—: ¿Puedo salir mañana temprano a pasear? Ya sabe, cuando *la ton* aún está dormida y puedo disfrutar sin miradas curiosas y demás.

Lady Shaw la observó, aún permanecía demasiado delgada para su gusto, y cuando estaba cansada, su postura correcta desaparecía y regresaba su mirada al suelo para ver por dónde pisaba. Esperaba, de verdad, que algún día encontrara la felicidad y pudiera vivir tranquila y alejada de todo aquello que la había hecho sufrir. Para ello, debía terminar su investigación sobre su matrimonio impuesto y librarla de ello. Aunque le costara reconocerlo, el doctor Lamb había

tenido razón al decirle que necesitaba algo en donde depositar su amor, pues últimamente su mente había dejado de buscar en sí misma problemas y se había enfocado en velar por la seguridad de esa chica. Si un simple paseo al alba la hacía feliz, no habría de impedírselo.

—Ve con cuidado y abrígate, y, por favor, llévate a Dorothy.

—Gracias, milady.

***

El ama de llaves la miró enigmática. ¿Dónde iba una dama a esas horas? Había algo en ella que la disgustaba, y no estaba segura de si le apetecía averiguarlo.

Había avisado a Dorothy anoche, en verdad que lo hizo, pero no quería esperarla más a pesar de la seguridad que le aportaba ir acompañada, pero, de nuevo, supuso que se habría quedado dormida en los brazos de Brodie. No sería ella quien interrumpiera su sueño. En St Joseph apenas podían dormir a gusto, y si algo aborrecía era alterar el sueño de los demás.

Al salir, se aferró a su capa y dio el primer paso. Debería tomar un carruaje, pero tenía ganas de caminar, de usar ese calzado y saber que no se hincaría nada en sus pies, ni pasarían frío.

El aire la refrescó y, en el camino, no pudo evitar fijarse en los rostros como si buscara a cualquiera de sus amigos. Cuando salía, tenía la esperanza de encontrarse con alguno de ellos, pero habían pasado tantos años y daba por hechas tantas cosas que lo creía imposible. ¿Sería ella la única que había conseguido salir de East End?

Al llegar al puerto, lo recorrió con la mirada hasta que encontró lo que buscaba. Sonrió. Él le había hecho caso y, en ese momento,

contaba con un muchacho que lo ayudaba. Aún estaban por meter las redes en el bote cuando ella se acercó. Sus cejas se alzaron al ver a un tercer hombre que no había reconocido, hasta que, tras despedirse del anciano, se había dado la vuelta. Se escondió tras un puesto de patatas en el que el vendedor se acercó a ella.

—¿Prefiere estas? Sabe reconocer un buen producto. ¿En qué casa trabaja?, le haré llegar lo que me pida.

Hope lo ignoró, y se sacudió los ropajes con los que había decidido salir que disimulaban su nuevo estatus.

Edmund no tardó en marcharse y ella pudo acercarse al anciano, no sin antes preguntarse el motivo por el que el señor Rowles también había decidido visitarle.

—¡Señorita!, la fortuna me sonríe hoy. Primero el señor Rowles y ahora usted. ¡Mira, muchacho!, ella es la señorita que evitó que me ahogara y la que me convenció para contratarte.

—Muchas gracias, señorita —dijo el muchacho que, sin conocer las reglas sociales estrechó su mano entre las suyas y le dio una piedra de su colección que él consideraba hermosa. Lejos de molestarse, Hope le sonrió abiertamente—. Mis amigos de St Joseph no se lo van a creer.

—¿St Joseph?

—¿Lo conoce, señorita?

Hope sintió que estrujaban su corazón y dejó caer la piedra. Miró al muchacho y lo estrechó en sus brazos.

—¿Tienes hambre? ¿Te tratan mal? Oh, Dios mío, ¿qué clases de trabajo tienes que hacer? Espera, entonces ¿cómo te han permitido trabajar para este hombre?

El muchacho se soltó de su agarre y pensó que esa mujer o era graciosa o un poco loca. Ya era extraño que una señorita tan hermosa apareciera por allí, a pesar de ir vestida de ese modo, pero

¿que lo abrazara y le hablara de esa forma?

—Chico, revisa las redes, no quiero que se me enreden entre los pies de nuevo.

El anciano acortó distancia con Hope.

—Hope, cuando escuché ese nombre no me lo podía creer, hace muchos años conocí a una niña con ese nombre, con unos ojos que nunca fui capaz de olvidar. Ahora, algo me dice que esa niña se ha convertido en el más fuerte de los nudos.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Hope y miró al anciano con cariño. Él no lo sabía, pero chocarse con él aquel día fue el mejor consuelo que este mundo pudo concederle.

—Su secreto está a salvo conmigo, si es a lo que venía.

Hope se acercó a él y lo tomó de sus cansadas manos.

—Venía a agradecerle. Fue por sus palabras que no me rompí.

Él apretó el agarre.

—No sabe cuánto me alegro. Me sentí tan culpable en aquel entonces, que regresé a buscarla unos días después.

Hope abrió los ojos, sorprendida.

—Me dijeron que habías muerto, niña, pero mi corazón sabía que no era cierto. Mi mente decía: «Se ha convertido en la mejor *mudlark* del Támesis y por eso me dicen eso; su padre ha regresado, por eso me dicen eso». Repetí mis pensamientos una y otra vez hasta que, el otro día, usted, me rescató a mí. Qué caprichoso es el destino.

Hope no pudo evitarlo y lo abrazó, a él, a una persona que había conocido por tan solo unos minutos, pero que había supuesto uno de sus pocos recuerdos de paz de su infancia. Lo que no sabía era que, no muy lejos de allí, entre los puestos de venta, mientras se abrazaban, alguien la observaba saboreando el manjar que conseguiría al vender cierta información.

—Todo listo para la jornada, señor —dijo el muchacho.

—Tengo que irme —anunció el pescador—, y no se preocupe, no le dije nada a ese médico, pero siente bastante curiosidad. No sé si puede confiar en él, pero ándese con cuidado, su pasado en esa casa de trabajo podría arruinar su vida.

Hope asintió apurada.

—Su nombre, dígamelo para saber con quién tengo que estar agradecida.

El pescador sonrió tanto que dejó ver los pocos dientes que le quedaban.

—Silas, Silas Marlin.

Capítulo 15

—Mira qué hay por aquí, a ver si encuentras algo.

Edmund se había metido una moneda entre sus cabellos para que el niño, al que intentaba quitarle unas astillas del pie, se distrajera buscándola y no complicara su extracción.

Sin llamar a la puerta, Hope la abrió de par en par y entró hecha un torbellino, pero la imagen que se encontró fue tan enternecedora que no pudo proseguir con su cometido.

Con los cabellos revueltos, y las cejas elevadas, Edmund la miró confundido. Mientras tanto, el niño, con una sonrisa rebuscaba entre el cabello del señor Rowles quien, a su vez, sostenía el pie del crío en una mano y las pinzas en otra.

Todo el enfado que acarreaba se esfumó de un sablazo. Resopló para apartar los mechones rebeldes que caían sobre rostro y tomó una cinta de su peinado. Luego, se acercó al muchacho.

—Sé hacer nudos mágicos —dijo Hope, como si acabara de desvelar el mayor secreto guardado de la Corona.

—¡¿De verdad?! —exclamó el pequeñajo—. ¿Puedo verlos?

—Por supuesto, siempre y cuando, usted, mi caballero, haga magia con ese pie y lo deje quieto para que el médico pueda

trabajar.

—Eso es fácil —replicó entusiasmado.

Por un segundo, Edmund la observó anonadando y, al instante después, al ver que el niño se estaba quieto, comenzó su tarea. Solo le quedaba cinco astillas.

—¿Me puede enseñar a hacerlo? —preguntó el niño al rato. Quería que sus hermanos alucinaran cuando hiciera desaparecer esos nudos.

Hope miró de soslayo al señor Rowles. Estaba a punto de terminar.

—Bien, fíjate en lo que hago. Haces la oreja de una liebre, la giras; tiras por aquí, pero tomas este otro lado y ¡listo!

Edmund terminó de esparcir un ungüento cicatrizante y avisó de que había terminado, pero ninguno de los dos parecía hacerle caso.

—¿Puedo llevarme su lazo? No sé si con otra cosa me saldría. ¿Puedo? ¿Por favor? —insistió sacando a relucir su mirada más tierna, esa que le funcionaba cuando le pedía al panadero el pan duro del día anterior.

—Tommy, no creo que la señorita deba darte su…

—Por supuesto que puedes quedártela, Tommy. Ahora, cuida de ese pie y enseña a tus hermanos lo que sabes hacer.

El niño salió dando tumbos olvidándose del daño que se había hecho en el pie. Hope clavó su mirada en el doctor. Tenía una sonrisa de medio lado y su pelo, era imposible que estuviese más revoltoso, él estaba… estaba… ¡Estaba enfadada con él!

—Gracias. —Edmund se adelantó desarmándola de nuevo—. Sin usted hubiera tardado el doble, no, el triple, en conseguir sacar todo aquello.

—No me lo agradezca, en realidad venía a reñirle.

—¿A reñirme? —Abrió los ojos de par en par—. Em ese caso soy

todo oídos.

La mueca de Edmund fue peculiar, una mezcla de sorpresa, curiosidad y diversión. Casi logró hacerla sonreír, pero ella, una vez más, recuperó la seriedad.

—¿Respeta usted la privacidad de las personas? ¿O es que se aburre?

—¿Disculpe?

Edmund se lavó las manos en la jofaina mientras pensaba en algo para justificar su proceder y tragó saliva. Lo había visto, no le cabía la menor duda.

—¿Ha ido, o no, a preguntarle algo al pescador?

—Sí, tenía curiosidad.

—Al menos es sincero —respondió confundida, ya que creía que se encontraría con un mar de excusas.

—Me dejó intrigado, ya no sé si está en peligro, si lo estuvo o si...

—Nada de eso es de su incumbencia.

Iba a responder, pero no tenía defensa. En eso la dama tenía razón, pero una serie de palabras salieron de su boca precipitadamente.

—¿Y si quiero que lo sea? De mi incumbencia, digo, ¿y si quiero saber todo de usted?

Aquellas afirmaciones llegaron de imprevisto y la hicieron sentir algo extraño en su interior. Esa vez fue ella la que tuvo necesidad de distraerse con algo, recolocando su pelo, por ejemplo.

—¿Por qué iba a querer tal cosa? —respondió al fin.

—¿Yo?

—Usted.

—Porque... no lo sé. De hecho, no sé por qué lo he dicho. —Aclaró su garganta, nervioso.

—Mejor así, seguramente saldría espantado si lo hiciera.

Lo había dicho algo desanimada y él levantó una ceja, intrigado.

—¡Señor Rowles! Le traigo a mi hermano. ¡Se ha quemado y no sé qué hacer!

Ambos tardaron en reaccionar.

—Que pase, haz que pase.

Hope hizo una inclinación con su cabeza y salió del dispensario con el corazón agitado.

¿Qué había sucedido ahí dentro?

***

—¡Dorothy! ¡Dorothy, ¿dónde estás?!

Hope llegó acelerada a la mansión de Martha, esta vez sí había tomado un carruaje para llegar a tiempo al desayuno con la vizcondesa.

Siguió llamando a la doncella hasta que ella apareció. La tomó de la mano y la arrastró por el pasillo hasta llegar a su habitación.

—¡Señorita!, ¿qué sucede?

—El corazón me palpita, Dorothy.

—Bueno, tengo entendido que esa es su función. —La miró con atención—. Oh, ¿se refiere a más rápido de lo normal? No me extraña, viene usted apresurada.

—No, no es eso, estoy segura. Nunca se me acelera el corazón por ir aprisa, está acostumbrado al trabajo duro.

—¿Cómo dice?

—Olvídalo.

—Milady la está esperando para desayunar, ya sabe que odia que se le enfríe el té.

—En un momento voy.

—Sí, señorita.

—Y, Dorothy…

La doncella se giró en el umbral de la puerta, no tenía la mañana para chácharas. Ese día había amanecido tarde, pues el jardinero la entretuvo más de lo normal. No quería darle motivos a lady Shaw para que lo enviara de vuelta a Derbyshire tras prometerle que se iba a comportar. No tener sus tareas hechas a tiempo era algo que no la convenía.

—Sí, señorita —respondió apurada.

—¿Cómo debo interpretar que alguien me diga que quiere saber todo de mí?

La doncella se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. Quería preguntar quién se lo había dicho, cómo y en qué hora. Quería saberlo todo al detalle, pero tenía tanto que hacer que respondió con rapidez.

—Puede significar dos cosas: o bien una clara declaración de intenciones, ya sabe, para cortejarla; o que quiere información para conocer sus más oscuros secretos y usarlos en su contra.

Ahora fue ella la que se llevó las manos a la boca.

—¿Cómo puedo saber cuál de las dos es?

—Conociendo a la persona, me imagino.

Hope se quedó pensativa hasta que reaccionó.

—Márchate, veo que tienes prisa —dijo al fin al verla inquieta mirando hacia el pasillo una y otra vez.

Dorothy la abandonó y sonrió, ella estaba segura de que era lo primero. No creía que la dulce Hope tuviera algún secreto que pudiera comprometerla.

Hope agitó la cabeza, preferiría no pensarlo, ¿sería lo primero?, ¿o lo segundo? Martha había dicho que era un buen hombre. ¿Sería eso cierto?, ¿y por qué querría cortejarla?, a ella, una donnadie que había vivido en la miseria más absoluta hasta ese momento.

Resopló y fue aprisa al encuentro de la vizcondesa. Al llegar se esperaba una mirada reprobatoria, pero en vez de eso se encontró a Martha deshecha en carcajadas.

—Buenos días, milady. Me alegra verla de buen humor.

—Oh, querida, ven, acércate y léeme esto de nuevo. Mi fiel amiga, la duquesa de Oldenburgo me ha escrito, su texto no tiene desperdicio. Ha conocido al regente y me temo que la ha impresionado. —Rio de nuevo sin controlarse.

Hope se sentó, tomó la carta y leyó:

—«Qué te puedo contar del él que no se sepa..., por muy guapo que sea, es un hombre visiblemente afectado por la disipación y bastante repugnante. Su afabilidad, de la que tanto se jacta, es la más licenciosa, incluso podía decir obscena, y eso que sabes que estoy lejos de ser una puritana».

Hope se unió a la risa. No conocía al regente, como era lógico, pero si antes tenía curiosidad por hacerlo, la idea ya no le hacía tanta ilusión y se había esfumado.

—Parece… peculiar.

—Peculiar sin duda, el caso es que la duquesa se ha quedado bastante impresionada, y eso que ya había conocido a mi estimada lady Harley, la misma que ha tenido tantos hijos con tantos amantes que se refieren a las pobres criaturas como la *miscelánea harleiana*. Pensaba que después de charlar con ella no volvería a impresionarse por nada, pero me temo que el príncipe lo ha conseguido.

Volvió a reír, pero se detuvo al ver que su protegida abría los ojos de par en par y tragaba saliva.

—Aquí dice que la espera ver en Cartlon House mañana.

—Sí, ¿no te lo había dicho? Pero ¡qué descuidada soy! Vendrás conmigo, por supuesto. El príncipe se ha empeñado en dar una fiesta para celebrar la paz y los logros de Wellington.

—Pe… pero…

—Pero nada, chiquilla, tu vestido tiene que estar a punto de llegar, y he de decir que es fabuloso, dejarás a más de uno con la boca abierta.

Y ese era precisamente su objetivo, necesitaba que el regente conociera a la muchacha, si no, no habría ido a ese dichoso baile. Nadie tenía más influencia sobre la iglesia que su figura, y se aferraba a la esperanza de que si Enrique VIII pudo anular su matrimonio, por su orgullo, ella conseguiría hacer lo mismo con el de su protegida.

Capítulo 16

Los caballos respiraban agitados, deseosos de que sus dueños menguaran el paso. En Hyde Park estaban prohibidas las carreras, pero esos dos conocían bien una zona donde nadie los vería, sobre todo a esas horas, donde la mayoría ya se había retirado para prepararse para la gran celebración en las dependencias del rey.

Cedric apretó las piernas a su jamelgo y le ordenó frenar ante su victoria.

—Nunca me ganas —dijo rematando a su amigo, pero Edmund, lejos de ofenderse, tenía su mente puesta en otros asuntos.

—¿Qué opinas del amor, Cedric?

Después de haber bajado de sus caballos, su amigo lo miró como si fuera una aparición de esas que decían merodeaban por los jardines de Vauxhall durante la noche.

—Opino que es el diablo, no hay más que ver a tu hermano. Mira a dónde lo ha llevado, se desplomó enfermo de amor por Portia y ella le es completamente indiferente. Me atrevería a decir incluso que es su marioneta.

—Mi hermano no es imbécil, Cedric.

—Claro que no, solo lo es cuando está con ella. —Soltó tal

carcajada que desperezó a una bandada de pájaros que salió revoloteando de uno de los árboles.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

—¿A qué demonios viene esa pregunta? ¿Me tengo que preocupar?

—¿No puedes limitarte a responder?

—Primero, estás insoportable esta mañana; segundo, la respuesta es no. Nunca he estado enamorado. Eso se lo dejo a los débiles, no pienso exponer mi corazoncito a nadie.

Edmund siguió caminando pensativo, pero su amigo se puso enfrente y lo detuvo.

—¿Hay algo que no me has contado?

—¿Te acuerdas de esa muchacha? Últimamente irrumpe en mis sueños.

—Oh, no, otra vez no, Edmund. Por el amor de Dios, ¡la viste solo una vez!, ¿por qué diantres piensas en ella de nuevo? Lo más probable es que haya terminado casándose con el primero que se lo propuso con tal de salir de entre esos cestos con esencia de pescado y habrá parido una docena de críos. O peor aún, podría estar en ese instante en una casa de prostitutas.

«¿Por qué pienso en ella de nuevo?», se preguntó. Prefería no ocupar su mente con todos los infortunios que se le habían ocurrido a Cedric.

Entonces, como si el cielo se despejara frente a él, vio unos ojos, unos que le recordaban a ella.

—No, no puede ser —murmuró.

—Estás hablando solo.

Edmund lo ignoró y siguió en sus pensamientos, «He pasado por cosas peores que esta». Su dulce preferido: rewari, el mismo que él le había dado a esa muchacha. El pescador parecía conocerla… Esa

mirada.

—¡No puede ser! —vociferó a todo pulmón.

Su amigo tuvo un sobresalto y le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Por todos los demonios! Me has asustado, canalla.

—Pero ¿cómo? No, no tiene sentido. Viene de Escocia, es su protegida. ¿Cómo podría haber llegado a conocer a Martha?

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Creo que he perdido la cabeza.

—Me aseguraré entonces de no pedirte consejo médico alguno. Dime que no es por una mujer.

Su mirada respondió por sí sola.

—¡Que me caiga un castigo divino! Estás enamorado, ¿cierto? ¿Por eso es todo este castañazo de conversación?

—No lo sé.

—Así se empieza, con la duda, y luego metes el pie hasta el fondo y acabas perdido.

—Lo dices como si supieras de lo que hablas.

—¡Claro que lo sé! Insisto, tu hermano es el claro ejemplo.

—No todas son como Portia, espero.

—Todas quieren algo, de eso estoy seguro.

—¿Qué querrían de mí? Soy un simple médico.

—Un simple… un simple médico… Eres desesperante, ¿lo sabías?, ¡de-ses-pe-ran-te!

Los amigos caminaron unos minutos más, hasta que decidieron que era hora de regresar. No querían escuchar a sus exasperantes madres por haber llegado tarde, para prepararse para el maldito banquete.

***

—Cedric, muchacho, bienvenido, bienvenido. Aunque no sé qué haces aquí. —El conde Rowles le estrechó la mano para después ofrecerle el brazo a su mujer, antes de salir de la calidez de su hogar.

—Digamos que mi madre me ha echado educadamente después de decir que no cabía en el carruaje. Parece que mis hermanas necesitan todo el espacio, ya sabe —dijo inflando sus carrillos de aire.

—Oh, Cedric, no seas cruel —dijo la condesa.

—¿Cuándo lo he sido? Me refiero a sus vestidos, por supuesto —guiñó un ojo divertido—. Mi madre cree que con la pomposidad atraerá a algún pretendiente. Tras la victoria, los marines se han puesto de moda.

—Dudo que la marquesa se deje llevar por esas banalidades.

—Te abandono hace nada en tu casa, ¿y ya estás aquí? —dijo Edmund mientras se acercaba a ellos—. ¿Ve, madre?, no consigo quitármelo de encima.

—Hago bien en no dejarle solo, milady. Últimamente no está en sus cabales.

—¿A qué te refieres, querido?

—Su hijo está enamo…

—Madre, llegaremos tarde. Me imagino que no quiere ser la última en saludar a Prinny —intervino Edmund con premura.

—¡Por Dios bendito! Tienes razón. ¡Reynold, mira qué hora es!

—Ahora dirás que es mi culpa —respondió el conde resignado.

—¡Por supuesto que lo es!

Todos se dirigieron al carruaje, pero, mientras los amigos esperaban a que los condes subieran, Edmund detuvo a Cedric.

—Dile algo a mi madre de lo que hablamos y con gusto realizaré una autopsia de tu cadáver.

El futuro marqués sonrió y decidió que en el banquete se dedicaría

a observar a su amigo. ¿Quién sabe?, quizá encontraría allí al objeto de sus pensamientos.

Capítulo 17

Hope respiró nerviosa. La vizcondesa la había educado para poder asistir a ese tipo de evento, sí. Pero no sabía si estaba a la altura del festejo del que iba a formar parte.

Las puertas de Carlton House se abrieron y tanto Hope como Martha fueron recibidas por el melodioso sonido de un cuarteto de cuerdas.

El salón se mostraba imponente, adornado con opulentas cortinas de terciopelo rojo y dorado. Los candelabros, relucientes, bañaban en una luz cálida los delicados arreglos florales de lirios y peonias, cuya fragancia agradable y relajante. Los caballeros, muchos de ellos vestidos con uniformes elegantes que mostraban las medallas de honor de sus hazañas, lucían distinguidos y orgullosos. Mientras que las damas permanecían exultantes, en vestidos de seda, de tonos pastel con encajes y cintas.

—Hemos llegado tarde —expuso Hope intranquila, pero el rostro de la vizcondesa no parecía mostrar nerviosismo alguno al ver que los invitados comenzaban a trasladarse al comedor.

—Yo nunca llego tarde, querida. He llegado precisamente cuando he querido. Verás, en el caso de que hubiéramos llegado antes,

tendrías que haber pasado por el suplicio de saludar a todos y presentarte. Creía conveniente ahorrártelo.

Hope respiró aliviada.

—Es muy considerada conmigo.

—No creas que lo he hecho solo por ti, a mi edad no me apetecen ciertas cosas, y esta es una de ellas.

—¿Por qué no rechazó la invitación entonces?

—Hay algo que debo hacer, y supongo que esta es la vía rápida. O al menos eso espero.

—¿Puedo ayudarla?

—No, querida. Disfruta de la velada y come todo lo que quieras, te aseguro que no volverás a ver tantos alimentos juntos en una mesa.

Hope arrugó el gesto.

—Oh, no pretendía ofenderte. Mi lengua me traiciona, con la edad una pierde la educación.

Hope empujó la silla de la vizcondesa, pero un mayordomo se acercó a ellas y tomó su puesto.

—Dame la mano, muchacha, quiero que te sientas acompañada cuando crucemos ese umbral, mucho me temo que vas a ser el objeto de cuantiosas miradas.

Y así fue, en cuanto Hope dio el primer paso, varias cabezas se giraron entre el alboroto que acaecía mientras los invitados intentaban encontrar sus asientos.

La sencillez que aparentaba su vestido hacía fluir su silueta con una caída suave. Confeccionado de una fina seda de color del marfil por orden de la vizcondesa, tenía un tenue brillo que reflejaba la luz de los candelabros. Y no estaba de más mencionar aquella capa ligera de muselina translúcida que le proporcionaba un aire angelical.

Hope estuvo a punto de huir ante tanta atención, pero antes de

que lo hiciera, un apretón en su mano hizo que recobrara su entereza.

—No sé si debo estar aquí —susurró hacia su protectora.

—No creo que ellos opinen lo mismo, querida. Aunque me temo que las señoritas, con gusto, te echarían a patadas —sonrió—. Mira a lady Culpepper y a su sobrina, no te quitan ojo de encima.

Hope siguió caminando sin soltar la mano a la vizcondesa y fue entonces cuando vio una amplia mesa de caoba que se extendía a lo largo del salón. Platos de plata y cristalería tallada brillaban casi por luz propia. No era habitual, pero el príncipe había querido mostrar toda su ostentosidad al exponer sobre la mesa una suntuosa selección de manjares: pavos asados rellenos de castañas, faisanes en salsa de uvas y esturión en salsa de marisco. También había platos con frutas exóticas como piñas y naranjas. Los mayordomos estaban preparados para servir las copas con el champán y los vinos franceses que hacía tiempo que no cataban debido a la guerra.

Cuando Hope al fin se sentó, sin evitar esa vez alguna que otra presentación de los más cercanos a su sitio, sintió que su corazón se llenaba de culpabilidad y recuerdos de hambruna.

El ambiente estaba animado. Conversaciones y risas llenaban el aire con un sentimiento compartido de triunfo hasta que el regente levantó su copa y brindó por la victoria y la prosperidad de Inglaterra, dando por comenzado el banquete.

—¿De qué parte de Escocia dice que viene? —preguntó el que se había presentado como lord Harris a su derecha.

—De Perth —contestó a complacencia de la vizcondesa. La muchacha se había aplicado bien en la construcción de su historia.

—La puerta de las tierras altas —dijo animado—. No llevará mucho en Inglaterra, ¿cierto?, pues hubiera sido incapaz de olvidar su hermoso rostro.

—Vamos, Harris, usted sería capaz de olvidar hasta su nombre —dijo alguien frente a ellos.

—En eso no le quito razón, almirante. Señorita, deje que le presente al almirante Williams. Le dan todo el mérito de la victoria a Wellington, pero sin este muchacho no hubieran llegado tan lejos.

—Encantada de conocerle, almirante.

—No la veo comer. No me diga que es de las que cuida su figura para entrar un vestido de temporada.

—Oh, no, no es eso.

Hope miró a Martha buscando socorro.

—Me temo que a la señorita le gusta más el dulce.

—Pues está de suerte, parece que los mayordomos se acercan con algo a lo que no podrá resistirse.

Cuando retiraron los platos, frente a Hope apareció una variedad de delicias dulces: tartas de almendra, una gran *pièce montée* que, enseguida, captó toda la atención de los invitados, y un pudín de grosellas.

—Pobrecita, ante tanto espectáculo no sabrá por dónde empezar —dijo Martha al verla paralizada, desde luego esa muchacha nunca había visto semejante despliegue de comida.

—Déjeme recomendarle el pudín —dijo lord Harris para ayudarla.

—Empezaré por el pudín, entonces. —Hope sonrió forzosamente hasta que el lord la miró alarmado.

—Señorita, está sangrando.

Hope notó el sabor amargo en su lengua y se llevó la servilleta a los labios. No se había dado cuenta de que había estado apretando su labio entre sus dientes al tratar de mantener la compostura.

—Sal, querida, buscaré a alguien que te atienda. Tápate, no queremos que más de alguna dama se desmaye, de todas formas, esto está a punto de terminar.

Hope se disculpó y rechazó a todo aquel que le ofreció su compañía.

Capítulo 18

Martha miró a su alrededor y dio orden al mismo mayordomo que la había acompañado para que la guiara por el salón, antes de que los caballeros desaparecieran para tomarse un licor con el regente.

—Mi querida vizcondesa —dijo Prinny al ver que se acercaba—. No ha envejecido usted ni un ápice.

—Alteza, por favor. No necesito que me adule con falsedades, su madre no está presente.

—No lo crea, su presencia me persigue allá donde vaya.

—Como debe ser. Mi querida Carlota sabía intimidar —sonrió.

—Y que lo diga.

—Sin embargo, su madre estaría orgullosa, ha logrado superarse a sí mismo. Carlton House nunca ha lucido tan majestuoso. La música, las luces, y esta mesa… es una verdadera fiesta para los sentidos.

La vizcondesa sabía que la única manera de ablandar al regente era con un baño en cumplidos.

Él se cambió la copa de mano con aire relajado.

—Mi querida vizcondesa, después de todo lo que hemos pasado, sería imperdonable no celebrar como se debe. La victoria en Waterloo bien merece un festín de esta magnitud, ¿no cree?

Después de todo, no todos los días derrotamos a un Napoleón.

Su risa fue exasperante.

—Cierto, cierto —sonrió Martha disimulando su desagrado. Ese hombre era tan petulante que le daba ganas de vomitar—. No obstante, si dejamos de lado las victorias, usted tiene un gusto único para la grandeza. El esturión, y no digamos esas frutas tan exóticas, casi parecen un triunfo en sí mismas.

—Por supuesto. Conociendo su agudeza, intuirá que esto no es solo un banquete, es un mensaje: en tiempos de guerra o de paz, Inglaterra siempre sabrá cómo brillar.

La vizcondesa tomó una copa de la mesa sin saber a quién le habría pertenecido y la levantó.

—Brillemos, y brindemos, entonces, por la victoria, la paz y por su Alteza, quien siempre sabe cómo hacernos sentir que el futuro es más brillante de lo que imaginamos.

—Es toda una patriota, querida, dígame si puedo hacer algo por usted. Además de mi fiel súbdita, siempre ha sido una buena amiga para madre.

La vizcondesa sonrió satisfecha, aunque su cabeza estaba exhausta. No mentiría al decir que le había costado alabar algo tan absurdo como un banquete, pero había funcionado.

—Lo cierto es que necesito ayuda con un asunto.

—Soy todo oídos.

Por supuesto que lo era, si había alguien a quien le encantara el cotilleo, ese era él.

—Preciso una anulación de matrimonio.

El regente se echó hacia atrás con dramatismo.

—Tenía entendido que era viuda. No me diga que…

¿Y ese era la cabeza del reino? Martha trató de no resoplar en su presencia.

—Es para alguien a quien conozco, la habrá visto en el banquete, a mi lado.

—Cierto, cierto. Posee una belleza envidiable.

—Y por eso mismo fue desposada con alguien que ni siquiera conocía. Nadie merece eso.

—Cierto también, pero ¿no estamos todos los nobles en la misma situación?

La vizcondesa no había contado con esa respuesta y apretó la manta de lana que cubría sus rodillas.

—Precisamente, y con su magnánimo poder, capaz de evitar tal desgracia a alguien más, ¿no intervendría?

—Lady Shaw —de nuevo, esa risa exasperante—, sabe tan bien como yo que tales asuntos le corresponden a la iglesia.

—Por supuesto que lo sé, pero si cuento con su beneplácito, considero que será más fácil llevar toda esta cuestión.

—No sé qué podría hacer yo…

Lady Shaw perdió la paciencia.

—Es el regente, no me venga con tonterías, no se me vaya a escapar su humillante afición a la poesía romántica.

—¿Cómo sabe…? —El regente se agachó y la encaró, gesto que llamó la atención de más de alguno.

—Su madre me mostró algunos de sus escritos. No puedo negar que no pude contener la risa, pues eran unos versos a cada cual más ridículo que el anterior.

—Tráigame una prueba, una sola prueba de que su protegida fue forzada a ese matrimonio y, entonces, la ayudaré —dijo con el gesto torcido entre ofensa y enfado.

—Gracias, sabía que podía contar con el príncipe más sabio y benevolente de la historia de Inglaterra.

Prinny dejó la copa en la mesa con tal ira que estuvo cerca de

romperla y desapareció de su vista.

—Bien hecho, Martha —se dijo así misma—, aún no has perdido facultades.

Entonces pensó en Hope, esperaba que el mayordomo hubiera conseguido algún médico entre los presentes para atenderla. Por su parte, su misión había concluido y nada le apetecía más que marcharse y no entablar absurdas conversaciones con las damas. Aunque, se temía que tendría que aguantar el porte hasta que su protegida apareciera.

***

—De verdad, no se preocupe —dijo Hope a la doncella que la atendía alarmada.

—Un médico está en camino —respondió.

Tuvo la esperanza de que fuera Rowles ese médico. No lo había visto en el banquete, quizá por la longitud de la mesa y la cantidad de invitados. La realidad era que no sabía si había asistido, aunque al menos su familia tendría que haberlo hecho por su condición de condes.

—¿Dónde está la señorita?

—Aquí, milord.

Hope respiró profundo, no sabía si por alivio o decepción, de que finalmente no fuera Edmund quien la atendiera.

—No es nada, de verdad —insistió Hope.

—Claro que lo es, pero puede estarse tranquila, señorita. Las heridas en los labios son muy escandalosas. Comparados con el resto del cuerpo, son muy sensibles, debe de sentir mucho dolor.

Si él supiera por todo lo que había tenido que pasar, sabría que un corte en el labio era una nimiedad en comparación a los castigos de

la señora Quirk o los cortes que se hacía en las manos al buscar en el fango del Támesis.

Cuando el médico comenzó a atenderla, una voz se oyó desde el pasillo.

—Me han dicho que una señorita se ha cortado el labio.

Era Edmund.

Hope se volvió a morder como acto reflejo y consiguió que se le saltaran las lágrimas y la herida sangrara más. Debería saber que eso le sucedería, pues siempre que se lastimaba, como si solo existiera esa parte en su cuerpo, volvía a accidentarse una y otra vez.

—Señorita McDow —habló entre sorpresa y preocupación.

—Señor Rowles —dijo el otro médico, encantado de ver una cara conocida del gremio—. Haga presión en la herida, por favor. Iré a buscar a la baronesa, creo que lleva consigo un ungüento calmante que le di hace dos días para una dolencia. Es importante mantener los labios húmedos para que la herida no se abra a cada poco.

Esas dos palabras eran peligrosas y, si se unían, hasta pecaminosas.

—Puedo sostenerlo yo —dijo Hope refiriéndose al paño que apretaba su labio.

Fue a hacerlo y, por un segundo, sus manos se rozaron, lo que hizo que intercambiaran una mirada vergonzosa.

—No se preocupe —dijo Edmund—, así evitaré que la sangre abandone su brazo y comiencen a brotar estrellitas de su piel.

Edmund nunca imaginó que describiría el entumecimiento de esa manera, y se sintió ridículo. Pero Hope, lejos de percibir lo mismo por sus palabras, fue invadida de repente por el enojo y un sentimiento de injusticia. Le parecía inconcebible, una barbaridad, un sacrilegio y tremendamente injusto que no la dejaran atender su

propia herida, solo por ser, en ese instante, quien era y por estar en el sitio adecuado. ¿Cuántos niños estarían ahora en la calle, presos del dolor, sin nadie que los atendiera, simplemente por ser considerados despojos de la sociedad? Eso no estaba bien; toda esa opulencia no lo estaba.

En ese instante, sintió asco de sí misma. Necesitaba aire con urgencia. Quería escapar de ahí, lejos de esos ojos que ahora la examinaban con curiosidad. Quizá fuera por su cambio de expresión o por la tensión acumulada en su cuerpo causada por esa inquietud que la invadía al sentirse afortunada, a pesar de conocer cuál era la realidad que se vivía a unas calles de distancia.

Se levantó decidida y apartó el paño.

—Creo que ya no sangra.

Sin mirar atrás, salió por la puerta de servicio. Una vez fuera, no fue una ligera caricia de la brisa la que la recibió, sino la ira del viento, que la abofeteó. Sonrió, desdichada. Aquello no fue una sorpresa, al menos la naturaleza le había dado lo que se merecía por tener la desfachatez de disfrutar de su situación actual. Tanto cuidado, tanta atención solo por un mísero corte. ¡Qué amarga era la culpabilidad que no la dejaba contentarse! Bendecía su suerte, y su corazón estaba lleno de agradecimiento, pero ¿acaso se merecía ese destino más que otros, más que Lily, Logan o los demás? Pensó en ellos un momento y se dio cuenta de lo mucho que los echaba de menos. Eran su familia, y aunque había conseguido salir de aquella precaria situación, no podía evitar pensar que quizá había sido la única. No sabía nada de ellos y era su culpa, pues no se había atrevido a regresar a esos muros, y mucho menos sola. Pero tenía que saberlo, tenía que saber si estaban bien.

—Señorita, ¿se encuentra bien? No puedo evitar pensar que quizá he dicho algo que la ha ofendido.

—No es su culpa, señor Rowles.

—Está triste.

—Se me pasará, siempre se pasa.

—¿Quiere desvelarme el motivo?

—No lo entendería, pensaría que soy una desagradecida.

—Qué tal si me lo cuenta y ya decidiré yo lo que pienso. Prometo que, si ese adjetivo pasa por mi cabeza, no se lo diré.

Hope sonrió con tristeza, pero tuvo la confianza de expresarse.

—¿No le parece injusto?

—Creo que tendrá que ser más específica.

—¿Ha visto la cantidad de comida que hay en esas mesas?

—La he visto. Deliciosa, por cierto, aunque el esturión no sea santo de mi devoción.

—Usted puede escoger qué comer cada día, se da el capricho de decir qué le gusta y qué no.

—¿Usted no?

—No podría. Me cuesta incluso comer a gusto, disfrutar en general.

—¿Y qué es lo que le parece injusto? ¿Que otros disfruten? Discúlpeme si me pierdo.

—¡Claro que no! Me alegro de ver a los demás disfrutar, pero me parece injusto que haya aquí tanto y en otras partes tan poco.

—Estoy de acuerdo con usted.

Ella lo miró extrañada, ni siquiera se había pensado la respuesta. Se alejó unos pasos y se limpió las lágrimas que no pudo reprimir. De nuevo, y sin saberlo, él la estaba rescatando de su tristeza.

Edmund la contempló con atención. Era ella, tenía que serlo, aunque careciera de sentido. La conversación no hacía más que confirmarlo. Hasta entonces, no había conocido a nadie en su entorno que se sintiera culpable por disfrutar de los privilegios que

su posición le otorgaba. Sin embargo, ella renegaba de la opulencia.

No podía entender cómo había llegado hasta allí, pero recordaba a la perfección la primera vez que la vio. Tenía el rostro compungido, los cabellos dorados y enmarañados, y un persistente olor a pescado mientras ayudaba a aquella mujer. En ese entonces había sentido una punzada en su interior, una sensación que no había hecho más que intensificarse con el paso del tiempo y la idea constante de ella.

Y ahora estaba allí, frente a él. Más hermosa, si cabía. Lucía un vestido que realzaba su angelical mirada, pero en su rostro se dibujaba un dolor tan evidente que le resultaba difícil soportarlo.

Se acercó a ella y tocó su hombro.

—Es usted, ¿verdad?

Hope se giró, sorprendida. Nadie debía saberlo. Sus orígenes eran un secreto, así se lo había ordenado la vizcondesa, y así debía seguir, por mucho que deseara gritar a los cuatro vientos que sí, que ella era aquella desdichada muchacha que no tenía nada. La misma a la que un simple gesto, como regalarle un dulce, le había permitido sobrellevar sus días más oscuros.

De nuevo se limpió las lágrimas antes de huir. No tenía el valor de enfrentarse a él.

Capítulo 19

Cuando llegó al salón de las damas, la agitación aún no había cesado. Hubiera deseado escapar de aquel lugar y desaparecer, pero no podía abandonar a su protectora después de todo lo que había hecho por ella.

—Querida, gracias a Dios que has vuelto, espero que tu labio esté mejor.

—Lo está, milady —dijo sin reflejo alguno de emoción.

Lady Shaw la miró preocupada. Algo le había pasado aparte del labio. Supuso que, estar allí, rodeada de tanta exuberancia no habría sido nada fácil para ella y decidió que lo mejor sería marcharse.

—Creo que podemos irnos. Ya he soportado esto lo suficiente. ¡Mira a esa!, ¿la has escuchado? Si hubiera tenido que atender un minuto más a que me explicara cómo demonios se hace el nudo perfecto en la costura, hubiera salido corriendo de aquí por mi propio pie. Estoy completamente en contra de la pereza de la lengua. ¡Por el amor de Dios!, parece que suspira las palabras en vez de pronunciarlas, como si dejara caer los sonidos, ¡es exasperante! Mira a esa otra, un minuto más con esa muchacha y hubiera acabado hablando desde la idiotez. —Lady Shaw se abanicó con

movimientos desesperados—. Así que agradezco tu intervención. Dios me libre, chiquilla, Dios me libre.

Hope sonrió. Cuando la vizcondesa exageraba sus relatos, conseguía arrancarle una sonrisa en el peor de sus días.

—Vámonos ya, por favor. No se nos pegue la estupidez.

—Sí, milady.

Hope se aferró a la silla de la vizcondesa y, tras unas cuantas despedidas forzosas, salieron de aquel salón.

Mientras esperaban a que el mayordomo les acercara sendas capas, se encontraron con el vizconde de Brookfield y el señor Rowles.

—Cedric, Edmund —saludó la vizcondesa—. ¿Huyendo de nuevo de las mozas casaderas?

—Mi más hermosa lady Shaw, ¿cómo se encuentra? —dijo Cedric zalamero.

—No me puedo quejar con esta compañía.

—Desde luego, es usted muy afortunada —dijo Edmund con total sinceridad.

La mirada que la señorita McDow y el señor Rowles intercambiaron no pasó desapercibida a los ojos de Cedric y Martha.

—Milady, sus capas —intervino el mayordomo.

—¿Se marchan ya? —dijo Cedric, que había notado que la protegida de Martha era, ni más ni menos, que la loca dama que se había lanzado a por el anciano.

Entonces clavó la mirada en su amigo con sospecha. ¿Era ella?, ¿por ella su amigo hablaba de asuntos del corazón? Por cómo la miraba, no le cupo la menor duda.

—Estoy cansada de tanta extravagancia, querido. Os dejo el resto de la velada a vosotros, que sois jóvenes.

—¿Y no lo es su protegida también? No me diga que va a dejar

que se marche ya, con semejante oportunidad de conocer a alguien con deseos de encontrar a su futura esposa.

Hope, tensa, se aferró a la silla.

—Pregúnteselo a ella, no es mi eslava, lord Brookfield.

—Y bien ¿no quiere quedarse? Ya conoce a mi mejor amigo, el señor Rowles. Es un acompañante excelente, bueno, aunque sea un simple médico.

Su amigo lo fulminó con la mirada. Lo sabía, ¿por qué demonios tenía que ser tan intuitivo?, ¿o es que había sido un fracaso disimular lo que sentía por esa joven en una sola mirada?

—No me atrevería a dejar sola a mi protectora —dijo Hope con rapidez.

—Eso es que tiene su corazón ocupado y no le interesa. No cualquiera rechazaría la oferta de quedarse, aunque sea unos minutos más en Carlton House, rebosante de la nobleza de todo Inglaterra.

Hope miró fugazmente al médico, al que provocó un calor repentino en sus manos.

—No es eso —replicó ella, con prisa en aclararlo.

Cedric profirió tal carcajada que rebotó en los muros del palacio, se lo estaba pasando en grande.

—En ese caso, no las quiero entretener —dijo el vizconde con toda la seriedad que pudo.

Lady Shaw había permanecido demasiado callada para ser ella, pero no era tonta y había observado lo mismo que el vizconde. Entre esos dos existía alguna especie de conexión inexplicable que casi podía palpar.

—Nos vamos —dijo al fin.

Hope inclinó su cabeza a modo de despedida, pero antes de que se alejaran en exceso, Cedric las alcanzó e intervino de nuevo.

—Milady, me gustaría que me acompañaran mañana a la ópera, sé que disfruta de Angelica Catalani tanto como yo. Será Susanna en *Las bodas de Fígaro*.

—No me lo perdería por nada en el mundo —aceptó contenta. Aquella mujer tenía una voz privilegiada y no rechazaría la oportunidad de escucharla de nuevo.

—Puede llevar a su protegida.

—Y usted al señor Rowles —expresó casi en un susurro.

—Veo que compartimos las mismas ideas, milady.

—No se acostumbre, querido.

Cedric profirió otra carcajada y regresó con su amigo entre sonrisas.

—Edmund, mañana me acompañarás al teatro.

—Le dije al señor Mathias que iría a su casa a ver el estado de su brazo en la noche y…

—Pues irás en otro momento.

Cedric sonrió de nuevo, era en verdad un gran amigo. Una cosa era lo que opinara él del amor, y otra muy distinta era la alegría de ver a su camarada feliz. Si podía ofrecerle, aunque solo fueran un par de horas, disfrutar de la compañía de esa mujer, lo haría. Al menos Edmund tenía suerte y podía escoger; él, sin embargo, estaba condenado.

Capítulo 20

Como cada mañana, Hope bajó a desayunar, pero fue incapaz de llevarse un pastelillo a la boca. Aún sentía el estómago lleno después de la cena del día anterior.

—Esta carta es para ti —señaló la vizcondesa.

Ese día, Martha parecía taciturna. Hope no sabía si se debía a las nubes que cubrían el cielo o a algún suceso del que no estuviera al tanto. Sin embargo, recordaba que durante el año que pasaron en Derbyshire hubo un día en el que Martha tenía el mismo rostro y ese aire melancólico. Lo que Hope ignoraba era que se trataba, exactamente, del mismo día.

—Es del señor Rowles —insistió Martha al ver que su protegida no se decidía a leerla—. ¿Ya tienes alguna opinión del médico?

Hope bebió un sorbo de té de menta, lo único que le apetecía. Luego, la miró.

—Supongo que es agradable.

—¿Supones? Por cómo lo mirabas anoche, en vez de suponer, diría que lo sabes a la perfección.

Un ligero rubor la delató y por un instante el pesar de la vizcondesa desapareció.

—Lee la carta, veamos qué pone, a no ser, claro que quieras leerla en la intimidad.

Hope rasgó la misiva con rapidez y la abrió, no quería que se hiciera con la idea equivocada.

—Quiere que vaya al dispensario.

—¿A ese barrio de mala muerte? ¿Por qué querría tal cosa?

Hope siguió con la lectura y no pudo ocultar una sonrisa.

—Lee en voz alta, querida, ahora no puedes dejarme así.

—Dice que le gustaría repartir un poco de justicia.

—¿Y eso por qué? Dime que no has hecho nada de lo que arrepentirte, o acaso, ¿has sido testigo de algo que yo no sepa?

—No, milady. Es solo que… ¿Puedo ir? Creo que me gustaría, yo, bueno… quiero decir.

—Chiquilla, ahora eres incapaz de hablar con coherencia.

Martha hizo una pausa mientras la observaba. Nunca había visto esa expresión en su rostro. ¿Estaba feliz? Si así era, debía solucionar el asunto de su matrimonio cuanto antes, pues, si no había perdido su intuición, Edmund también parecía sentirse dichoso en su compañía. Esa muchacha merecía a alguien como él; de eso no le cabía la menor duda. Y qué mejor mujer para Edmund que la dulce Hope, mucho mejor que Sara Culpepper y su insensatez, desde luego. Decidió no incomodarla más, aunque no le hacía ninguna gracia que se fuera sola a ese lugar, le tranquilizaba que cuando llegara estaría con el señor Rowles.

—Dorothy —llamó—, Dorothy, acércate, muchacha.

Pero la doncella no venía, y la vizcondesa decidió tocar la campanilla que siempre llevaba. Si algo le desagradaba profundamente era elevar la voz. En esos casos, solía llamar al ama de llaves, la señora Johnson, pero ese era su día libre.

—¿Dónde diantres está esa muchacha? Sabía que había sido mala

idea traerme al jardinero. Me pasa por ser tan comprensiva.

Volvió a tocar la campanilla con insistencia, hasta que la doncella apareció mientras se recolocaba el delantal.

—Tienes una hoja en el pelo, Dorothy. ¡Por el amor de Dios! Como sigas así, prometo que enviaré a tu amante lejos de aquí y…

—No estaba con él, lo juro, milady.

—No jures, querida, podrías arrepentirte algún día.

—Pero es que no estaba con él, de hecho, se fue a comprar unas semillas a la tienda del señor Proud, pero me dijo que hiciera el favor de regar los rosales, y bueno… Mi vestido se ha enganchado en una espina y del susto me he caído, entonces…

—No pierdas los modales, Dorothy, por favor, agotas mis oídos de manera innecesaria. Digamos que te creo. Si has terminado de engancharte con ramas y rodar por el suelo, necesito que me hagas el favor de acompañar a la señorita McDow al dispensario del señor Rowles.

—Puedo ir sola, milady —intervino Hope con rapidez—. Además, si Dorothy me acompaña se quedaría sola. No creo que sea buena idea.

—Por supuesto que no. Además, el mayordomo está aquí. Si lo necesito no dudaré en llamarle por muy reacio que sea a aparecer en mi alcoba.

—Discúlpeme, milady, pero Hector está sordo como un río congelado. Es un anciano al que se niega a dispensar.

—Dorothy —intervino ignorándola—, te quiero lista en cinco minutos. No se hace esperar al hijo de un conde.

—Sí, milady.

Las dos abandonaron la casa Shaw. Dorothy se encargó de detener un carruaje para que las llevara, ya que a Hope no le gustaba dejar a la vizcondesa sin su transporte por si algo sucedía. A

su edad, toda precaución era poca.

—¿Estabas con él o no? —preguntó Hope ya en el carruaje.

—Jamás mentiría a lady Shaw, mi madre me educó bien. No hay nada peor que perder la confianza de quien te da comer.

—En eso a tu madre no le falta razón.

—Y, dígame, señorita, ¿por qué nos dirigimos al dispensario? No es lugar para una dama como usted.

—Si soy sincera, ni yo misma lo sé, pero intuyo que es por un buen motivo.

—¿Cómo es el señor Rowles? He oído que es apuesto. —Se preguntó si sería aquel caballero que consiguió ver en la tienda de guantes.

Hope sonrió tontamente sin poder sortearlo.

—¡Señorita! —soltó Dorothy demasiado alto y agudo—. Le agrada, ¿verdad? Por eso me preguntó eso el otro día. ¿Es él el que desea saber todo de usted?

La doncella se llevó las manos a la boca emocionada. Era una romántica empedernida y ahora, a diferencia del otro día, tenía tiempo para escucharla, pero justo en ese instante la señorita parecía no querer extenderse más.

—Mira, ya llegamos —replicó incómoda.

Bajaron del carruaje y se encontraron con una cola larguísima de niños, mujeres y hombres que sonreían alegres y llevaban recipientes y bolsas.

Hope y Dorothy atravesaron el cúmulo de gente y llegaron hasta Edmund. Por un lapso, Hope se quedó sin respiración. Él vestía una radiante sonrisa, una camisa remangada hasta sus codos y mal abrochada. Unas perlas de sudor bailaban en sus sienes. Su rostro destilaba felicidad, una que enseguida contagió a Hope, sobre todo después de ver a la niña intentaba trepar por su espalda, mientras

que unas señoras alegres lo ayudaban gustosas a servir comida a todo aquel que se presentaba.

El médico alzó la cabeza y la vio. Si pensaba que su sonrisa no podía ensancharse más, lo consiguió al verla.

—Señorita McDow, ¡ha venido! —dijo alegre.

Hope tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, se acercó a él. Enseguida reconoció los alimentos que había repartidos por el dispensario: esturión, pavo, ¡hasta pudin y recipientes con salsas!

—¿Cómo? —inquirió feliz y sorprendida a partes iguales.

—Hablé con el servicio de Carlton House en cuanto usted se reunió con la vizcondesa. Juntos, llegamos a la conclusión de que sería una buena idea repartir todo lo que había sobrado del banquete para hacer la vida un poco más justa, aunque fuera solo por unos minutos.

La sonrisa que se formó en los labios de Hope y el agua repentina acumulada en sus ojos fueron para él una experiencia nueva que lo llenó de un extraño regocijo y calor interior.

—Déjeme que lo ayude.

—Por supuesto. Usted fue quien me inspiró, así que supuse que le gustaría formar parte.

—Supuso bien.

—Sé que esto no soluciona el problema, pero al menos…

—Ojalá alguien hubiera hecho esto por mí o por mis amigos, aunque sea un día. No nos hubiéramos preocupado por…

Hope se cayó de inmediato; cuando estaba cerca de él, le era inevitable ocultar de dónde venía.

—Lo que quiero decir es… —Le quitó a la niña reptadora de la espalda y la cogió en sus brazos— que si estuviera en el lugar de estas personas, me hubiera encantado, y no sabe cuánto lo hubiera

agradecido.

Edmund asintió ensimismado ante la tierna imagen hasta que un señor carraspeó reclamando una porción.

Ambos sonrieron y ella, después de dejar a la niña en el suelo, a pesar de sus quejas, se quitó la chaquetilla y se la tendió a Dorothy, que observaba la escena como si estuviera leyendo un capítulo de las novelas que le tomaba prestadas a la vizcondesa. Lo que ninguno sabía era que, mientras pasaban los minutos entre conversaciones, agradecimientos y comida servida, algunos de los desfavorecidos estaban dispuestos a obtener más, solo por correr la voz de que cierta señorita de cabellos rubios se presentaba de nuevo por ese barrio. Un niño había regresado con aquel al que llamaban el Topo, quien, al verla desde lejos, sonrió con repugnancia. Al fin la había encontrado. No en una cuneta muerta de hambre, como había esperado que fuera su destino después de huir de sus manos, sino como una joven y hermosa señorita que, desde luego, no había pasado penuria alguna.

—¿Hablaban de ir al teatro has dicho? —quiso confirmar con el niño.

—Sí, la señorita dijo que su protectora la llevaría hoy a ver a Gelica Calatini.

—Angélica Catalini, zopenco —replicó, y aprovechó para darle una colleja en el pescuezo.

—¿Ha dicho el nombre de su protectora?

—No, señor.

—Si te enteras de algo más, házmelo saber.

—Sí, señor.

El Topo lanzó dos peniques al aire y el niño se las apañó para buscarlos en el suelo embarrado.

Tanto la doncella como Hope y Edmund, se dejaron caer en uno

de los bancos. Como si lo hubiera preparado, suspiraron a la vez.

—Estoy más cansada que cuando atiendo a la vizcondesa —se quejó Dorothy.

Los tres rieron y la doncella continuó.

—No pienso tener hijos. ¡Ni hablar! No sé la de veces que he perseguido a esos niños, ¡son incansables! Y esos hermanos, ¡no dejaban de discutir por la comida! Al final me han caído una patada y un puñetazo. ¡Son demonios! —resopló derrotada.

Hope se deshizo en carcajadas y Edmund no pudo evitar acompañarla. Sintió que había sido uno de los mejores días de su vida.

—Quédate sentada —dijo Hope—, yo terminaré de recoger. Debemos partir antes de que milady me regañe por no llegar a tiempo para adecentarme antes de ir al teatro.

—Señorita, soy yo la que debe recoger —contestó la doncella sin ninguna gana.

—Yo recogeré con usted —se ofreció Edmund con presteza.

—En ese caso… —dijo Dorothy con una sonrisa interna.

Si la viera la vizcondesa holgazaneando, ella misma le lanzaría un rayo. Pero el motivo de su falta de iniciativa era superior al miedo al castigo que le impondría Martha. Estaba segura de que más adelante se lo agradecería, si no, ni en mil años la hubiera dejado ir a un lugar como ese, pues normalmente no toleraba que hiciera nada que implicase exponerse. Intuía que había un motivo detrás de su consentimiento.

Hope se levantó y comenzó a recoger. Mientras cerraba uno de los recipientes, un poco de salsa salpicó su mejilla. Cerró los ojos con rapidez una y otra vez y sonrió a la vez que continuaba con su trabajo. No se esperaba que Edmund la detuviera.

—Permítame —dijo en un murmullo.

Primero alzó su pañuelo, aunque luego lo dejó a un lado. Su intención era limpiarla, pero al ver su labio aún inflamado no pudo evitar rozarlo con su pulgar.

Ella lo miró tensa, pero no se movió.

—¿Está mejor?

Hope asintió, consciente del ligero temblor de su mano. Él se maldijo, pues a pesar de sus intentos de mantener la compostura, su cuerpo traicionó la calma que pretendía mostrar. Su mirada se clavó en los labios de la señorita. El roce de su pulgar, aunque suave, le dejó un rastro cálido en la piel que sería difícil de borrar.

—No quiero que vuelva a hacerse daño —habló con una delicadeza inesperada, como si de repente el mundo a su alrededor hubiera desaparecido.

Hope, nerviosa, intentó apartar la mirada, pero sus ojos se encontraron con los de él. No sabía lo que esas palabras significaban para ella en un mundo que solo había conocido el dolor.

Cuando Edmund al fin decidió limpiar con sus dedos la salpicadura, al contrario de retirar la mano, su gesto se convirtió en una caricia sobre su mejilla.

A ambos se les entrecortó la respiración. En vez de alejarse, esa repentina cercanía los ancló el uno al otro. Hope se dejó guiar por un impulso de anhelo y cubrió la mano de Edmund con la suya. Cerró los ojos y permitió que esa cálida caricia la envolviera como un bálsamo que la reconfortaba, como si borrara por un instante el dolor de su pasado. Rowles la contempló con la respiración igual que un río agitado por la tormenta y sintió que se ahogaba. Así que eso era el amor, pensó al sentir cómo todo su mundo se concentraba en ese mínimo instante, deseando que permaneciera así para siempre. Nunca se cansaría de esa imagen, de ese tacto.

—Sé quién eres —dijo con la voz quebrada— no tienes que

esconderte de mí.

Enseguida, Hope abrió los ojos como si la realidad la alcanzara de repente. Soltó su mano con rapidez, como si quemara, y de un paso retrocedió.

—Soy Hope McDow, y más allá de eso, no existe nadie más en mí.

Una lágrima se escapó y rodó por su mejilla al tener que renegar de aquella niña rota que tanto había sufrido.

—No. Eres el corazón más hermoso que jamás he visto, uno que conocí tiempo atrás y que el destino ha decidido devolverme.

—Señor Rowles…

—Señorita McDow, señorita, la condesa nos matará, o peor aún, nos enviará a las Indias como no regresemos ya.

Ambos se giraron y vieron a la doncella, que fue lo suficientemente inteligente como para estar al tanto de que había interrumpido algo importante. Se criticó a sí misma.

—¿La veré en el teatro? —preguntó Edmund con rapidez al saber que no les quedaba más tiempo.

En cuanto volvió a tratarla con formalidad, la cercanía que ambos habían sentido se disipó en el aire, lo que hizo que regresaran a la realidad, como si ese momento hubiera sido un sueño.

Hope, aún turbada, se separó de su mirada e inconscientemente asintió. La doncella tiró de su mano y juntas abandonaron el dispensario.

Capítulo 21

Hope entró alegre en la casa, con una sonrisa dibujada en los labios que no se había desvanecido desde que salió del dispensario. Incluso se permitió suspirar en el carruaje, rememorando aquella caricia, esa mirada llena de compasión clavada en sus ojos. Había sido la primera vez que experimentaba la sensación de sentirse a salvo, protegida, como si estando con él nada malo pudiera sucederle.

Edmund, al fin, parecía recordar quién era y, aun así, no había hallado rechazo en su mirada, sino todo lo contrario. Le gustaría dejar de esconderse, como él había dicho, pero revelar algo de su pasado pondría en peligro su seguridad: el Topo podría encontrarla. Sabía que Martha estaba tramando algo, ya que desde que la tomó bajo su protección, le dijo que ella se encargaría de todo y que lo único que debía hacer era no llamar la atención.

No quería causar problemas a Martha; bastante había hecho ya por ella. Suspiró pensativa y, en cuanto cruzó el umbral del hogar junto con la doncella, ambas se quedaron en silencio al escuchar lo que parecía un quejido lejano.

—Hope… ¡ayúdame, por favor!, que alguien me ayude.

No lo dudó ni un segundo y corrió hacia la habitación de donde provenía la súplica, seguida de una preocupada Dorothy.

—¡Milady! —exclamó la doncella dispuesta a ayudarla. Pero Hope la detuvo.

—Déjanos, Dorothy —ordenó Hope.

—Pero, señorita, no creo que usted pueda levantarla sola.

—Gracias, Dorothy, pero necesito que nos dejes solas.

La doncella miró a su señora y luego a Hope, no entendía lo que sucedía, pero, al parecer, la señorita McDow sí. Y como su madre le había enseñado, no se metería en asuntos que no le incumbían, por lo tanto, accedió sin reproche.

—Sí, señorita.

Hope observó a Martha, que yacía en el suelo presa del pánico. Había dicho que podía manejarse sola, sin embargo, su cabezonería le había costado caro.

—¿No vas a ayudarme? —rogó sin atreverse siquiera a mirarla a los ojos.

Hope se agachó a su lado y tomó su rostro entre sus manos, luego enjugó sus lágrimas con sus dedos.

—Es precisamente lo que voy a hacer. Ahora, voy a ayudarla a que se levante, pero tendrá que llegar usted sola a la silla.

Hope había observado la escena desde la puerta y todo apuntaba a que lady Shaw, en su soledad, había intentado caminar por su cuenta para llegar a algún lado, pero antes de conseguirlo, se había desplomado al sucumbir al miedo del que el doctor Lamb le había hablado.

—¿Por qué dices eso? —dijo esta, compungida—. ¿No sabes que no puedo?

—El señor Lamb…

—¡Ese mequetrefe no tiene ni idea! Dime que no te ha metido la

absurda idea en la cabeza de que tengo un problema con la mente.

—La he visto mover los pies y las piernas.

—¡Eso no significa que pueda sostenerme! ¡Es que acaso tengo que suplicarte después de todo lo que he hecho por ti!

—Es por todo lo que ha hecho por mí por lo que quiero ayudarla a que camine.

—No seas estúpida, niña ¡No tienes derecho a…!

—¡Lady Shaw! —Era la primera vez que le levantaba la voz, pero había sido necesario para sacarla del lugar oscuro en el que se encontraba—. ¡Míreme! Usted me sostuvo cuando permanecí en el abismo, fue el bastón en el que me apoyé. Su mano fue a la que me aferré y la que me marcó el camino. No sabe lo fuerte que ha sido por haber decidido ayudar a alguien en mi situación, ¡quizá poniéndose incluso en peligro! —Hope trató de serenarse—. Así que, dígame ¿por qué tiene tanto miedo? ¿Qué es lo que la impide caminar?

Lady Shaw rompió en sollozos y Hope la abrazó en su regazo.

—¿De qué sirve decirlo?, ¿de qué sirve recordarlo?

—Servirá, confíe en mí, igual que yo confío en usted. Cuéntemelo, milady, ¿qué lleva guardado en su corazón? Puede decírmelo. Prometo que no saldrá de estas cuatro paredes.

Martha sollozó unos minutos en los cuales Hope no había intentado refrenarla. Se limitó a estar ahí para consolarla, para abrazarla. Ella misma había tenido que llorar innumerables veces, y muchas de ellas Martha había sido su único consuelo.

—La perdí, a mi niña —dijo al fin—, ya era toda una mujer cuando sucedió. Ahora podría estar casada, incluso con hijos, y yo tendría a mis nietos aquí, llenando de luz mi vida. No lo entiendes, chiquilla, ¡fue mi culpa! Ella tropezó, cayó frente a mis ojos y de los de ella vi cómo su vida se escapaba. —Hope la abrazó con más fuerza—. No

me gusta darle la razón al dichoso Lamb, pero tenerte en mi vida me ha devuelto la alegría. Me has dado un nuevo sentido, una misión, y creía… creía que podría intentarlo.

—Milady, su miedo es…

—Estoy condenada a morir de la misma manera, es mi castigo. Si yo camino caeré como mi adorada hija y moriré. No quiero morir, Hope, aún no.

—Usted no está condenada, ni se va a morir por caminar. La consideraba más inteligente y por encima de cualquier superstición. Lady Shaw, usted ha sido una bendición para mí. ¿No cree que el cielo hizo que nos cruzáramos por un motivo?

La vizcondesa apretó las manos de Hope. Quería creerla, pero era tan difícil, habían sido tantos años así…

—Creo que allá donde está su hija, no la culpa, yo no la culparía. Estoy segura de que se sintió amada hasta el final, como me siento yo en este instante, y me niego a decir que tendrá el mismo final. Dios no lo permitiría porque yo la necesito, ¿me oye?, la necesito.

Hope no pudo contener las lágrimas que brotaron sin control y empaparon su rostro.

—Así que, milady —se limpió las lágrimas—, levántese y yo la ayudaré.

—Pero mis piernas, llevo tanto…

—No será fácil, pero ¿qué lo es?

Las dos se mantuvieron en silencio unos minutos hasta que milady alzó la vista e intentó ponerse de rodillas.

—Estoy tan cansada. Me gustaría… me gustaría tanto…

—¿Caminar?

La vizcondesa asintió.

—Apóyese en mí, no la dejaré caer.

—Lo sé, niña, lo sé.

La sonrisa que la vizcondesa le regaló, tan llena de sentimiento y melancolía, llegó a su corazón y supo que se quedaría allí para siempre, en un lugar especial.

La ayudó a incorporarse y, al verla de pie frente a ella, aunque ligeramente inclinada, la abrazó.

—Gracias —dijo Hope—, gracias, milady.

—Vamos, no te quedes ahí parada, muchacha, y ayúdame a caminar —refunfuñó. Había recobrado su espíritu inconformista.

Hope sonrió y se apartó de ella aún con lágrimas en los ojos. Se alejó lo suficiente para poder sostenerla de las dos manos y, por unos segundos, se miraron.

—¿Lista? —preguntó Hope emocionada.

—Tengo miedo.

—No la dejaré caer.

—Y si…

—No la dejaré caer.

Martha inhaló en profundidad, como si ese gesto le infundiera valor. Apretó las manos sobre los brazos de Hope y avanzó un primer paso. Sus piernas temblaban como ramas sacudidas por el viento, su ceño fruncido y, aunque parecía contener la respiración por el miedo que la embargaba, logró dar otro paso, y luego otro.

—Milady, ¡está caminando!

Un sollozo se escuchó tras la puerta y una nariz que absorbía mocos.

—Dorothy, sal de allí. Sé que llevas espiando todo el tiempo —expresó lady Shaw.

—Eso no es cierto. Solo pasaba por aquí para ver si todo estaba en orden y las vi.

—Dorothy.

—¿Sí, milady?

—Deja de mentir, ¿no ves que estoy demasiado ocupada para atender tus tonterías?

Las tres rieron y, sin que milady se diera cuenta, habían llegado al salón. Ahogada por el esfuerzo, se dejó caer sobre su butaca preferida.

—Una cosa os digo, es más cómodo que te lleven, y mucho menos agotador.

El salón se llenó de alegría y, juntas, se dieron el lujo de brindar con una copa de brandy para celebrar tan glorioso día en el que lady Shaw había vuelto a caminar.

—¿Yo también puedo? —preguntó Dorothy con los ojos abiertos de par en par al ver que la ofrecían una copa.

—Por supuesto, querida, tú también —dijo Martha.

—Y al teatro, ¿también puedo ir?

La sonrisa de Martha desapareció de un sablazo.

—Pero, Dorothy, ¿dónde están tus modales? Precisamente por esto no se puede cruzar la línea entre empleada y empleadora. ¡Enseguida se te suben encima! Aprende esto, Hope, para cuando lleves tu propia casa: cada uno tiene su lugar.

Ahí estaba lady Shaw, como siempre, aprovechando cada minucia para instruirla.

—Tenía que intentarlo —dijo la doncella alzando sus hombros tras dar un trago a su copa—. Aprenda esto también, señorita McDow: las doncellas también debemos tener iniciativa; si no, nos tendrían que recordar nuestras tareas una y otra vez, ¿cuán agotador sería eso para su gente?

—¿Su gente? ¡Válgame, Dios! —Lady Shaw casi se ahogó con el brandy al escuchar tan vulgar referencia hacia los de su clase.

Hope no podía parar de reír, no solo por haber podido ayudar a su protectora, sino porque, en una hora, vería a alguien que había

robado sus pensamientos. ¿En una hora?

—Lady Shaw, ¡el teatro! ¡No llegaremos! —intervino apurada.

—Por Dios bendito, tienes razón. Aprisa, Dorothy, prepara nuestros vestidos.

—Sí, su señoría.

—Y deja esa copa. Madre mía —expresó mientras negaba con su cabeza aguantando una sonrisa—, se ve a leguas que no has bebido en tu vida, muchacha.

Capítulo 22

Los carruajes se detenían en la bulliciosa Catherine Street, donde se alzaba el teatro Drury Lane. Iluminado por la tenue luz de las farolas de gas, proyectaba las sombras de los que iban llegando sobre su imponente fachada de piedra.

Dos caballeros esperaban con ansias, por distintos motivos, a cierta señorita y a su protectora.

—Te veo más acicalado de lo normal —dijo Cedric a su amigo.

—Estoy igual que siempre.

—No es cierto. En la vida hubiera imaginado que aceptarías mi invitación, incluso al tener que rechazar la visita de uno de tus enfermos. Te debe de gustar mucho. Reconozco que no conocía esta faceta tuya de… papanatas.

—Uno, no rechacé la visita, solo la adelanté, sabes que no rompo mis promesas. Y dos, no entiendo qué hay de malo en estar ilusionado por algo.

—¿Ahora hablas de ilusión? ¿Qué eres?, ¿un maldito crío esperando un regalo? No traerás una extraña infección o algo que se vaya a aferrar a mí, ¿verdad?

Edmund se limitó a sonreír. Estaba realmente expectante por la

llegada de la señorita McDow. Antes, se habían despedido con rapidez, pero la burbuja en la que se habían sumergido no parecía haberse roto, y lo único que deseaba era encogerla aún más.

—¿De qué te quejas? Eres tú el que ha ideado esta pantomima.

—No me quejo, Edmund. Además, esto no es una pantomima, eso se lo dejo a los teatreros. Esto es un plan maestro, una cuerda lanzada en tu ayuda. Te conozco, reconozco que tienes carácter, pero en todos estos años tu timidez siempre te ha paralizado a la hora de acercarte a una mujer. Creo que necesitabas un empujón. Luego podrás agradecérmelo, tranquilo.

—Agradezco tu empujón, aunque no lo necesito, pero… ¿Mi timidez? Creo que estás muy equivocado. Lo que sucede es que nunca he querido acercame a ninguna otra mujer en el modo que quiero hacerlo con ella.

Edmund se atragantó con sus propias palabras y el calor se apoderó de su rostro.

—Vaya, vaya, esas son palabras mayores —respondió su amigo, esta vez, serio—. Puedo darte unos consejos para llevártela a tu terreno: son muy importantes las palabras que uses en cada momento y…

—Cedric, no necesito tu consejo, he llegado hasta aquí yo solo.

—Y en ese «aquí» te vas a quedar como no muevas ficha. Ella parece difícil de alcanzar. Quiero decir, no se muestra desesperada por encontrar marido, como cierta persona que todos conocemos. Fue capaz de lanzarse al agua para salvar una vida sin apenas saber nadar. ¡Es de armas tomar! ¿Crees que ella te ve del mismo modo?

—Siente lo mismo, solo tenemos que fluir.

—¿Y por qué demonios estás tan seguro? —Cedric se cruzó de brazos; su seguridad, de algún modo, lo sacaba de quicio.

—Su dulce preferido es el mismo que el mío. No cualquier dulce,

no lo entenderías. Es algo que nos une.

—¿Desde cuándo eres tan cursi? Creo que tengo escalofríos. No sé si preocuparme.

—Eres imbécil.

—Dime algo que no sepa.

—Y un buen amigo.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Espera, eso que siento de repente, ¿es mi corazón? ¡Demonios!

Edmund dio una palmada en el estómago de su amigo y ambos se irguieron al ver, a lo lejos, el carruaje de la vizcondesa aproximarse. Pero alguien se acercó antes a ellos.

—¡Señorita Carter! Cuán inesperado encuentro —dijo Cedric entre sorpresa y disgusto forzando una sonrisa. ¿Qué rayos hacía allí su prometida?

—Créame, milord, estoy igual de feliz que usted. Mi padre me ha obligado a venir, pues su querida madre, la marquesa, le ha dicho que vendría hoy al teatro —respondió con desgana.

Edmund sonrió ante la incómoda situación.

—Pues si no tenemos más remedio que aguantarnos mutuamente —soltó Cedric sin reparo—, la acompañaré dentro, no me apetece que nos vean juntos.

—Estaría encantada.

Cedric, con la mirada encendida de furia, se marchó, mientras Edmund esperaba nervioso la llegada del carruaje.

Capítulo 23

—Niña, ¿llevas tus guantes?

—Sí, milady, no llamaré la atención.

—Bien. Sé qué ya me dijiste todo sobre el matrimonio que orquestó tu tía con el que llaman el Topo, pero se me olvidó preguntarte algo de suma importancia. —Hope la observó expectante—. ¿Firmaste algún documento?

Hope negó con la cabeza.

—Pero él tenía el certificado de nuestro matrimonio, como le dije.

—¡Por el amor de Dios, niña! Y no se te ocurrió… ¿Cómo lo consiguió entonces? ¡¿No podrías habérmelo dicho antes?! Cuando me dijiste que estabas casada, supuse que… supuse… Es igual —resopló dejando su educación a un lado.

La vizcondesa comprendió que, para ese entonces, la joven no tenía idea de cómo se llevaba a cabo un matrimonio como Dios manda, especialmente en una situación tan impactante como aquella, en la que su tía la desechaba. ¡Con seguridad estaría pensando en huir antes de en trámites legales! Se maldijo por no haber profundizado más en el asunto. Sabía que era un tema que la hacía sufrir, y por eso había evitado insistir en que le relatara de

nuevo su triste historia.

—Pero viste ese documento, ¿no es así? Y en él había firmas. Solo quiero confirmarlo, chiquilla.

—Sí, también había una equis.

La vizcondesa entrecerró la mirada. Sabía a la perfección que, cuando el signatario era analfabeto, firmaba con una equis. Pero esa muchacha sí sabía leer y escribir para ese entonces.

—¡Quizá tenemos una posibilidad, Hope! Si tan solo lo hubiera sabido antes… ¡Esto es inaudito! ¡Qué rabia siento! —Dio un golpe con su bastón.

Hope nunca la había visto tan enfadada, pero el simple hecho de imaginar que alguien se había aprovechado de la inocencia de aquella mujercita de la peor manera la sacaba de quicio.

—Solo espero que todo esto acabe pronto para ti y puedas vivir con la libertad que te mereces —comentó sumergida en sus pensamientos.

¿Qué podría hacer? ¿Cómo podría corroborar que ella no había firmado?

—Creo que el dichoso Prinny puede ayudarme, solo necesito más tiempo.

—¿Pri... Prinny? ¿E… el príncipe se ha interesado por mi caso? —dijo, mientras las manos le temblaban. Había pasado de vivir en la más absoluta miseria a que el regente se implicara en su situación—. Por eso quiso ir a la cena de la victoria, ¿para hablar de mi… problema? Entonces ¿él se preocupó por mi caso?

—Sí, querida, ese fue el motivo, pero ¿preocuparse? Ese zoquete no se preocupa por nada que no sea él mismo. Digamos que le di un incentivo para que lo hiciera.

Hope, sin contenerse, la abrazó.

—Niña, me estropearás el vestido, y llevo tiempo sin venir, no

quiero causar una mala impresión.

—Lo siento —dijo Hope separándose de ella—. Gracias, milady.

—Gracias a ti, querida. Hoy podré ponerme en pie para aplaudir a Catalani gracias a ti. Dime una cosa —de repente tuvo una idea—, en ese papel que viste, ¿lograste distinguir el nombre del párroco que ofició vuestra supuesta boda?

—No, milady, pasó todo muy rápido.

La vizcondesa dio otro golpe con su bastón.

—Pero vi otra cosa —intervino apresurada—. No sé si servirá, pero vi un sello.

—Tiene que ser el sello de la parroquia —apuntó Martha esperanzada—. ¿Podrías describírmelo? Eso facilitaría las cosas.

—Era rojo.

—La mayoría de los sellos son rojos, Hope —subió la voz más de lo que quería.

—Tenía algo, algo que carecía de sentido, o al menos eso pensé en su momento. Creo que era fuego.

—¿Fuego? ¿Estás segura? No recuerdo ningún emblema parroquial con fuego.

—Lo siento, es lo único que recuerdo —dijo, agobiada.

Ojalá pudiera hacer más, ojalá pudiera regresar en el tiempo como mera observadora para ofrecerle todos los detalles posibles a la vizcondesa. Pero era tan doloroso volver atrás, recordar todo aquello: la mirada codiciosa de su tía, la lujuriosa de su raptor, su impotencia… y, a la vez, esa fuerza que la impulsó a escapar.

Sus manos comenzaron a sudar dentro de los guantes, mientras sus cicatrices parecían hundirse más en su piel, provocándole un dolor insoportable. El roce de la áspera mano del Topo sobre su rostro fue tan vívido que no pudo contener las lágrimas. En un instante, volvió a ser aquella niña, sucia y sola, que hurgaba en el

barro y que esperaba a que su padre fuera a buscarla.

Hablar de ello le resultaba terriblemente difícil; por eso a la vizcondesa le había costado tanto obtener respuestas claras. Y ella, además, se sentía egoísta por no poder ayudar más, por cerrarse y no facilitar las cosas.

No se dio cuenta de que la vizcondesa llevaba un rato llamándola, hasta que esta tomó su rostro entre sus manos.

—¡Hope! Estás aquí, niña. Estás aquí. Mírame.

—Milady, yo…

—Lo sé niña, lo sé.

—Si pudiera…

—Escúchame, esto acabará pronto, ¿de acuerdo? Acabará. No borres esa sonrisa que traías antes, que esto no sea motivo para que te encierres de nuevo.

La vizcondesa la arropó entre sus brazos. ¿Qué le importaba que le arrugara el vestido si la veía así? Ya había vivido una crisis como esa antes. Poco después de llegar a Derbyshire, Hope solía despertarse entre pesadillas. A veces, cualquier cosa que la llevara de vuelta a su pasado —unas palabras, un sabor, un olor; como aquel pan mohoso que la cocinera olvidó tirar— la sumía en un estado de melancolía. Se volvía taciturna, silenciosa y sin ganas de vivir.

Con paciencia y dedicación, había logrado sacarla del agujero en el que se había hundido. Sin embargo, sospechaba que desde su regreso aquella no era su primera crisis. Recordó el día en que la encontró con Edmund en el balcón, acurrucada en el suelo, y supo que, en ese instante, también había sucedido.

—Recomponte —dijo separándose de ella intentando no sucumbir al llanto.

Hope era maravillosa, y no lo sabía. Estaba deshecha, pero unas

horas atrás, había tenido la entereza suficiente para ayudarla con su problema, olvidándose de su propia desgracia.

Hope se secó las lágrimas y la contempló con una mirada limpia.

—Ya estoy —dijo, más para sí que para la vizcondesa.

Martha la observó con orgullo. Así como en un instante se deshacía, en otro tenía la increíble capacidad de recomponer sus pedazos rotos, logrando que resistieran el siguiente batacazo.

—No te preocupes, disfruta de la obra, luego encontraremos a alguien que nos consiga todos los sellos parroquiales de todo Londres, hasta Escocia si hace falta.

—Haré todo lo posible por acordarme, lo prometo.

—Lo sé, pero no ahora. Ahora vamos a disfrutar.

Ambas se dieron un apretón de manos e intercambiaron una sonrisa que solo dos corazones como los suyos podían compartir y entender.

Cuando el cochero abrió la puerta, una mano esperaba al otro lado. Sin embargo, no era la mano de la vizcondesa la que Edmund esperaba.

—Lady Shaw, está… está…

—Caminando, sí, aunque necesito un bastón. Mis piernas se han debilitado sobremanera, de hecho, me he traído la silla, no puedo caminar demasiado bien y no tengo edad para hacer el ridículo.

—Pero podrá caminar bien enseguida —dijo Hope, que salió del carruaje sin ayuda.

Al verle, toda su tristeza se evaporó y su mente se transportó al presente de una forma casi mágica. Cuando Rowles se acercó a ella para saludarla con un beso en la mano, consiguió ocultar la emoción que ese gesto le causó.

—Señorita McDow —dijo Edmund con el rostro iluminado como si hubiera visto un ángel—. Está preciosa, y usted también, por

supuesto, milady —se interrumpió a sí mismo con rapidez.

No era su timidez lo que le complicaba las cosas, sino sus nervios.

—Las dos están preciosas —recalcó.

—Creo que lo hemos entendido, señor Rowles. —La vizcondesa sonrió al verlos tan tensos.

—Sí, disculpe, déjeme que las acompañe. Lord Elford se ha adelantado al palco con su prometida.

—¿Prometida? ¿Ese narciso se ha prometido? ¿Ha encontrado a alguien mejor que él?

Edmund se aturulló con tanta pregunta sin pausa.

—Digamos que lo han obligado —logró decir.

La vizcondesa rompió a reír en una carcajada.

—Bien, se lo merece. El muchacho necesita bajarse de las nubes y apreciar las cosas sencillas. No toda la majestuosidad dura para siempre. Aunque, he de decir que este teatro, a pesar del incendio, ha quedado magnífico tras las reparaciones.

—Así es, milady. Han realizado una reconstrucción espléndida.

Los tres se adentraron al teatro mientras Martha explicaba, con todo detalle, lo que había sucedido en el incendio y cómo se había provocado.

Según se acercaban al palco por las escaleras de caracol, los oídos de Hope se llenaron de los murmullos excitados de la élite londinense. Tardaron muchísimo en subir, pero ni Edmund ni Hope mostraron desesperación por la lentitud de Martha, sino todo lo contrario, la ayudaron y le sugirieron detenerse en caso de que lo necesitase.

Cuando por fin llegaron, la vizcondesa solo deseaba sentarse. Aunque, según le había dicho Edmund mientras subían, cuanto más usara sus piernas, menos tardaría en recuperarse.

«En otra ocasión quizá», se dijo.

—Buenas noches, milord —saludó la vizcondesa al ver a Cedric con la mirada empañada de aburrimiento.

—Buenas noches, mi queridísima Lady Shaw. Pero ¡¿qué ven mis ojos!? ¡Está usted en pie! ¿Puede explicarme cómo ha sucedido tal cosa? Pensaba que estaba lisiada de por vida. Confieso que me da cierta rabia verla así. —La vizcondesa lo miró sin entender—. Lo de ir en esa silla con ruedas le otorgaba un aspecto un tanto imponente y, si me permite, tétrico.

—Tétrico es tu futuro con esta pobre chica —respondió indignada, y clavó la mirada en la prometida de lord Elford.

—No me atreveré a negarlo. Persuada a mi padre de que esto es una atrocidad.

—¿Ella podría convencerlo? —intervino la señorita Carter con premura mostrando un completo interés.

—Vaya, veo que usted tampoco quiere esto. ¿Se puede saber por qué? Lord Elford es un caballero del todo distinguido, por no mencionar su maravilloso atractivo y su futuro título de marqués. Me atrevo a decir que cualquiera estaría deseando desposarle. Sin embargo, usted no parece tener ningún interés.

—Estoy enamorada —dijo sin cuidado ni censura.

Hope y Edmund se miraron al notar la cercanía, tan próximos que sus brazos se rozaban.

Él retrocedió un paso y ella clavó la vista en los arabescos de la alfombra.

—Enamorada… Recuerdo esos días. ¿No son magníficos? —preguntó Martha a conciencia mientras clavaba sus ojos en el médico y su protegida.

—Él lo es todo para mí, milady. Si lo viera, sabría…

—Qué agotador, no quiero escuchar más. Señorita Carter, no me interesa en absoluto la vida de los demás, bueno, de la mayoría al

menos —la interrumpió, y Cedric sonrió al ver la cara de estupefacción de su prometida—. Hope, querida, si no te importa, me quedaré aquí delante con estos dos. Más que nada porque estoy medio ciega y me gustaría ver algo, además de evitar que se líen a tortas. Tienes espacio ahí detrás.

Hope asintió y se dirigió a la butaca trasera.

Edmund tragó saliva y respiró lo más tranquilo que pudo. El único sitio que quedaba libre estaba al lado de la señorita McDow.

Hope se sintió acalorada en el instante en que él se aproximó y se acomodó a su lado. El frac le quedaba como un guante, y la camisa de cuello alto solo logró evocar en su mente el recuerdo de aquel movimiento de su garganta al tragar, cuando la llevó en brazos al dispensario tras rescatarla del agua. Sin darse cuenta, sus ojos se encontraron con los de él. El calor subió a sus mejillas y apartó su mirada con rapidez. ¿Cuánto tiempo llevaba observándolo? ¿Se habría dado cuenta? Avergonzada, dirigió de nuevo la mirada al telón de terciopelo burdeos, que tenía aspecto de ser pesado, y deseó fervientemente que la función comenzara de una vez.

—Desde pequeño me imaginaba que tras esa tela se escondía un mundo de fantasía, y esperaba ansioso a que se alzara para poder descubrirlo. —Sonrió con nostalgia, mientras su mirada se perdía por un momento en el telón. Luego, giró hacia ella con un atisbo de curiosidad en sus ojos—. ¿Qué se imagina usted que hay detrás?

Hope balbuceó algo ininteligible, sin comprender por qué diantres no podía hablar de forma repentina. Lo cierto era que desde aquella caricia no sabía cómo comportarse.

—¿Es su primera vez?

—¿Cómo dice?

—En el teatro, ¿es la primera vez que viene?

Hope asintió.

—Si le place, luego puedo llevarla tras bambalinas, conozco a quien administra el lugar y podría…

—Oh, por favor, no se moleste.

—No sería molestia, me gustaría ser yo quien se lo enseñe.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió él.

La pregunta le llegó de improviso, y no supo qué responder. Por fortuna, la música y la apertura del telón le dieron una excusa para retrasar su respuesta y ganar algo de tiempo para serenarse.

La función comenzó y la poderosa voz de la soprano envolvió a los asistentes como un hechizo. Hope comprendió enseguida por qué le fascinaba tanto a la vizcondesa. La historia también comenzó a calar en su corazón: dos enamorados planeando casarse, mientras el conde intentaba seducir a Susanna, interpretada por la brillante Catalani. Sin darse cuenta, Hope había comenzado a llorar. No sabía si era por la belleza desbordante de aquella experiencia, algo que jamás había imaginado vivir, o por la mezcla de emociones que la abrumaban.

Allí estaba, sentada en un palco, con un médico, un futuro marqués y su prometida y una vizcondesa. Se sintió fuera de lugar, como si aquella no fuera su vida. Quizá había muerto en St Joseph, como Luke, y se hallaba en el purgatorio contemplando lo que podría haber sido. Necesitaba regresar a su realidad, sentir que todo aquello era cierto. Como un instinto, miró sus manos, sabía que eran la clave para recordarse a sí misma. Si las veía, si dejaba de avergonzarse de ellas y de esconderlas, sabría que todo era real.

Con determinación, Hope comenzó a deslizar su guante de encaje negro de su mano izquierda.

Edmund, sentado a su lado, la observó en un silencio expectante, como si el tiempo se hubiera detenido en ese preciso instante. Se

había preguntado por qué nunca mostraba sus manos e intuyó que estaba a punto de descubrirlo.

La delicada tela se deslizó bajo sus dedos, revelando, poco a poco, la piel marcada que había permanecido oculta. Cuando el guante quedó suspendido en sus dedos antes de caer al suelo con suavidad, Hope levantó su mano desnuda. La luz de los candelabros iluminó su piel, resaltando las cicatrices que la cruzaban, y estiró los dedos lentamente, como si los liberara de una prisión invisible.

Edmund la contempló con asombro y dolor. Era la primera vez que veía sus manos descubiertas y, en ese momento, entendió la profundidad de sus heridas. Aquellas cicatrices eran líneas que trazaban un mapa de experiencias que nadie debería haber vivido. Estaba seguro de que cada marca tenía su propia historia, y sintió un anhelo casi desesperado por conocerlas todas para ayudarla a borrarlas.

De forma repentina, Hope advirtió su mirada y el silencio entre ellos se volvió abrumador, como si los instrumentos se hubieran callado y las elogiadas voces hubieran sido apagadas. Cuando sus ojos se encontraron, comprendieron que no necesitaban palabras. Sin preverlo, sus corazones se habían unido en ese instante anhelando el contacto. De forma instintiva, Edmund acercó su mano hacia la de ella; sus dedos se rozaron con suavidad, generando una agradable sensación de la que ambos fueron conscientes. Sin apartar la mirada, se inclinó frente a ella y recogió el guante. Al entregárselo, tomó su mano sin resistirse y la acarició apenas, con un toque tan ligero como cargado de un deseo oculto. La calidez del gesto, unido a la intensidad de la mirada de Hope, creó una conexión que parecía traspasarlo todo. El corazón de Edmund latió con tanta fuerza que pensó que saldría desbocado de su pecho.

—¿Ya no va a esconderse?

Hope no supo si fue un ruego, o una pregunta, pero tuvo la necesidad de responder: ya no se escondería frente a él. Lo que no sabía ninguno de ellos era que un par de cabezas se habían girado, para observar su intercambio de palabras, como si esa fuera la verdadera obra que habían venido a presenciar. La ópera, que seguía avanzando frente a ellos, quedó en un segundo plano.

Cedric guiñó un ojo a la vizcondesa y, de mutuo acuerdo, decidieron dejarles en la intimidad, así que, regresaron su atención a las voces.

—Es usted, ¿verdad?, aquella muchacha que vi en el puerto hace años.

Ella asintió nerviosa; aunque no tenía miedo, sabía que él no la rechazaría por ser quien era.

—Ese regalo, el dulce, su gesto, fue lo que mantuvo mi esperanza de que aún quedaba gente buena en este mundo, y que, a pesar de todo, algunos momentos podían salir bien. Confieso que el dulce me duró varios días; no quería que se acabara.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y Edmund, sin dudarlo, tomó su mano. La llevó a sus labios y la besó, incluso cuando ella, en un primer intento, quiso apartarla. En ese instante ambos entendieron que las manos podían transmitir mensajes que las palabras nunca alcanzarían a expresar.

—Señorita McDow, yo…

Ninguno se había dado cuenta de que el primer acto había llegado a su fin hasta que alguien llegó al palco para saludar a voces.

Edmund se puso en pie con rapidez y se recompuso el traje arrugado.

—Seymour Merrit. ¿A qué debemos el placer de su visita? —dijo Cedric con una sonrisa. El tipo era un hombre de negocios, y aunque no le tenía en afecto, su padre le enseñó que a personas como él

había que mantenerlas cerca.

El nuevo invitado se giró y cuando vio a Hope dibujó una sonrisa despreciable en su rostro, una sonrisa que Hope recordaba muy bien.

Se quedó paralizada, clavada en su asiento, hasta el punto de que fue incapaz de levantarse.

—Querida, ¿te encuentras bien? —preguntó la vizcondesa—. No seas maleducada, el señor Merrit administra este teatro, entre otras cosas.

—Contestando a su pregunta, lord Elford, estoy buscando a mi esposa. Creía haberla visto en uno de los palcos saludando a conocidos.

—¿Esposa? No sabía que estuviera casado —intervino Edmund. Quizá luego podría pedirle que le dejara enseñarle el teatro, como quería, a Hope.

—Lo estoy, digamos que mi esposa es escurridiza. —Soltó una desagradable carcajada.

Hope al fin se levantó y, cuando el señor Merrit se acercó a ella, sus manos comenzaron a temblar. Aquel gesto no pasó desapercibido para la vizcondesa, como tampoco su semblante desencajado. Tenía muchos años ya y sabía atar cabos. El señor Merrit no había sido demasiado sutil al escoger sus palabras.

—¿Y usted es? —inquirió hacia Hope.

Por un instante tuvo la esperanza de que no la hubiera reconocido, pero en cuanto este, con disimulo, le tendió un papel doblado, supo que estaba perdida.

A los pocos segundos, un repentino y fingido malestar acaeció sobre la vizcondesa.

—Debe ser el calor que hace aquí dentro, me encuentro muy mareada.

—Milady, ¿está usted bien?

La señorita Carter comenzó a abanicarla de una manera un tanto brusca. A ese paso, su elaborado peinado, que tanto le había costado realizar a Dorothy, acabaría desprendiéndose.

—Creo que ya es suficiente, señorita Carter —Pero la muchacha continuaba—. Señorita, es suficiente —Martha pensó que, después de todo, no era un síncope, sino una pulmonía la que iba a padecer —. Señorita Carter, ¡por el amor de Dios!, deténgase.

La vizcondesa clavó la mirada en su protegida e hizo señas para abandonar el palco.

—Será mejor que lady Shaw y yo nos marchemos ya —anunció Hope.

—Qué gran idea, querida. Creo que estoy al borde del desmayo.

—¿Tan pronto? Aún no ha terminado la obra —dijo Merrit, que observaba a las dos claramente entretenido. ¡Pero qué predecibles eran! No se sorprendía, esa gente no sabía cómo disimular, no como él, que había pasado de ser una rata callejera a que los aristócratas le debieran dinero. Podía tener lo que quisiera si se lo proponía. Como se había propuesto tener a esa mujer.

—Las acompañaré —intervino Edmund.

Pero la respuesta de Hope fue un rotundo «no». Él la miró sin comprender y ella se lamentó. No quería ponerlo en peligro. Es más, preferiría que nunca supiera nada del asunto. ¿Qué pensaría de ella si supiera que estaba casada? Nada más y nada menos que con ese despreciable ser.

Sin mediar otra palabra, ambas se despidieron entre los aspavientos de la vizcondesa. Bajaron todo lo rápido que pudieron a pesar los pasos de la vizcondesa y los tropiezos de Hope. A la pobre se le había nublado la vista y le costaba respirar.

Lady Culpepper, que también había asistido a la ópera, las detuvo.

—¿Martha? ¿Cómo… cómo es que caminas? —inquirió estupefacta.

Hope creyó que se desmayaría. El corazón le palpitaba de manera irregular y, sin poder evitarlo, se sentó de cuclillas en el suelo.

Aquello no podría estar pasando, era él, la había encontrado. Le temblaron las piernas y recordó el forcejeo en el carruaje cuando se la quería llevar. Tenía la misma mirada, en la que mostraba codicia y el falso derecho que creía tener sobre ella.

Las palabras «estoy buscando a mi esposa» retumbaron en su cabeza como un martillo sobre mármol.

—¿Se puede saber qué le pasa a tu protegida? —intervino de nuevo Lady Culpepper sin salir del asombro de ver a Martha erguida.

La vizcondesa miró en la dirección que esa desesperante mujer señalaba y, sin dudarlo, se acercó a Hope y tiró de su brazo para que se levantara. La chiquilla se estaba ahogando.

—Hope, mírame niña.

—Él…, él está aquí.

—Mírame.

—No puedo… no puedo respirar.

Los curiosos comenzaron a arremolinarse a su alrededor y la vizcondesa tiró de ella a pesar de las réplicas de la impertinente Lady Culpepper.

Cuando estuvieron a salvo de las miradas, tomó su rostro entre sus manos.

—Respira, ¿me oyes?, respira. Mírame. Mi madre decía que escondía varias motas en mis ojos. ¿puedes verlas?

—¿Se acabó para mí? —dijo entre respiraciones entrecortadas.

La muchacha estaba más pálida que el algodón que traían de la India.

—Vamos, querida, reacciona, no me gustaría darte el mismo

bofetón que tuve que darte el primer día en Derbyshire. Respira y mira mis ojos.

—Tiene… tiene cinco motas.

—Eso es… Ahora mira esos adoquines. Algunos están torcidos, ¿verdad?

La vizcondesa fue tirando de ella mientras intentaba distraerla. Antes de que comenzara el segundo acto, ya estaban en el carruaje.

Hope se echó las manos a la cara y comenzó a llorar. Presa del pánico, miró a la vizcondesa, que estaba sumergida en sus pensamientos, hasta que dijo:

—Si te ha reconocido, ¿a qué está jugando? ¿Por qué no lo ha dicho allí, frente a todos?

Hope necesitó un tiempo para recomponerse y poder contestar. No se hundiría, no después de todo lo que había pasado.

—Debe tener, algún motivo, estoy segura. —Apretó los puños con ira y el llanto cesó. «Soy uno de los fuertes, soy un nudo que no se rompe»—. Debe haber algo que pueda hacer. Usted se pondrá en peligro si sigue a mi lado, no sabemos de lo que es capaz.

—Que podamos hacer, querrás decir. No me excluyas, estamos en esto juntas. ¿Recuerdas?

Entonces, Hope no supo si fue por la presión, el pánico o la mezcla de ambas que, al ver pasar un carruaje con un escudo de armas adornado con flechas, su memoria se iluminó y pudo recordar.

—¡Me acuerdo! —espetó dando un bote—. ¡Creo que lo recuerdo! —Se limpió las lágrimas—. El sello, milady, era un corazón en llamas, atravesado por una flecha.

—Un corazón en llamas… ¡Eso es bueno, querida! Muy bueno. —Martha entrecerró la mirada, y recorrió la lista de parroquias en su memoria, pero solo conocía a las más cercanas. No había visto ninguna con ese emblema, pero lo averiguaría.

Hope quería hablarle de la nota, enseñársela, pero ni siquiera ella la había leído, así que decidió que, en cuanto llegaran, la leería en soledad y luego procedería. No podía arriesgar la reputación de milady, no después de todo lo que había hecho por ella.

Capítulo 24

Hope se rascó las cicatrices, deambuló por la misma zona de la alfombra que había recorrido ya unas diez veces. Se mordió las uñas con desespero; un gesto completamente fuera de lugar para una dama y que había conseguido dominar hasta ese momento. Sus lágrimas brotaban sin parar y, a pesar de lo que le sucedería a partir de ese día, estaba agradecida de, al menos, haber conocido el lado opuesto de su mundo, un mundo en el que parecía no poder quedarse más.

Decidida, arrugó la nota y la arrojó al fuego mientras repetía las palabras escritas ahora en su cabeza.

«Ve a mi encuentro en Minerva Street a las doce en punto. Si no lo haces, alguien a quien aprecias morirá. Te esperaré con ansias, esposa».

Entre lágrimas, escribió una nota para despedirse, era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que la vizcondesa había hecho por ella.

Más tarde, se aseguró de que nadie la viera salir y, ya con la capa sobre sus hombros, partió apresurada para llegar a tiempo. No dejaba de preguntarse: ¿quién? ¿A quién tenía el maldito Topo? ¿Era

Edmund? Lo había visto con ella en el teatro, quizá los vio juntos y… No quiso siquiera imaginarlo. Saber que Edmund podría estar en peligro por su culpa la carcomía.

Tomó un carruaje de alquiler sin pensarlo dos veces, pues escaseaban a esas horas. Antes de bajar en su destino, apretó las manos y tensó la mandíbula. Hasta allí había llegado su huida, y debía entregarse; no podría cargar con otra muerte sobre sus hombros.

Pagó al cochero y, al seguir las instrucciones de la nota, encontró la puerta indicada. Antes de que llamara con decisión, dos hombres la acorralaron, pusieron un saco en su cabeza y se la llevaron.

—El Topo quiere verte —dijo la última voz que oyó antes de que la subieran a un carruaje.

En cierto punto, el carruaje se detuvo. Lo único que consiguió ver a través del saco fueron luces y sombras sin sentido. Desorientada, intentó golpear a uno de los hombres, sin éxito. Después, uno de sus captores la cargó sobre sus hombros y, cuando al fin pudo ver, lo único que halló fue una puerta a la que la hicieron llamar.

Lo que encontró al cruzar el umbral la dejó atónita: había flores y velas de todos los tamaños, un vestido precioso de color azulado colgaba cerca, y una mesa estaba dispuesta con varias viandas. Lo peor fue verle ahí sentado, cruzado de piernas y de brazos, mientras masticaba tabaco en un viejo sillón.

Las náuseas fueron lo primero que sintió, seguidas de un temblor en las rodillas que fue incapaz de controlar.

—He de reconocer que no te esperaba encontrar con vida, y mucho menos como el juguetito de la mismísima vizcondesa Shaw. Si antes me gustabas, ¡ahora mucho más! Has sobrepasado todas mis expectativas y, desde luego, el precio que pagué por ti fue ridículo en comparación al futuro que nos espera juntos. Verás,

tengo una verdadera fascinación por caras bonitas, ¿qué puedo hacer? Tengo buen gusto. —Se rio causando una repugnancia mayor a la pobre Hope—. Sin embargo, has sido tonta, muy tonta, muchacha. Si te hubieras quedado fuera de Londres, seguramente no te hubiera encontrado. Miento, te hubiera encontrado, pero hubiera sido más difícil. —Rio de nuevo, y esta vez los botones de su camisa estuvieron a punto de estallar.

En un poco más de un año había engordado y era más repulsivo si cabía. Por mucho que se empeñara en acicalar su pelo hacia atrás, casi de manera compulsiva, su rostro seguía siendo igual de horrendo.

—Bueno, ya que te has quedo callada como una puta, seguiré hablando. —Volvió a reír y se subió los pantalones—. Como puedes comprobar, todo esto es para ti. Ya lo había preparado el mismo día que te hice mi esposa, pero, para mi pena y desgracia, no tuve la oportunidad de enseñártelo. Quería celebrarlo, verte con este vestido y darte una buena comida. Aunque después de la cena de la victoria esto te sabrá a poco. ¡Mírate! —Se acercó a ella y la tomó de la barbilla—, una simple rata codeándose con la élite en una cena organizada por el mismísimo Prinny. Celebré que no fueras de su antojo, porque me hubiera llevado un enorme disgusto si no hubiera sido el primero en probarte. Porque lo seré, ¿cierto? No creo que esa vieja carcamal te haya dejado yacer con nadie. Los nobles y sus falsas lecciones de moral…

Sin pensárselo, en cuanto habló así de la vizcondesa, le propinó tal puñetazo en la nariz que lo hizo sangrar.

—¡Maldita zorra! —espetó llevándose las manos hacia la zona dolorida, pero la risa regresó a él y apartó sus manos. Parecía un monstruo que vivía de la sangre ajena—. Ya te lo dije, espero que en la cama seas igual de revoltosa.

Hope aprovechó la situación y se giró para abrir la puerta y huir, sin pensar siquiera en la vida que allí corría peligro a su costa. Estaba atemorizada, pero en ese momento solo quería salvarse. No obstante, cuatro manos se lo impidieron y la arrastraron hacia atrás, casi sin que pudiera apoyar sus pies en el suelo.

—Vamos a ver, esposa. ¿Cómo te lo explico para que lo entiendas? Ya te llevé conmigo una vez de una manera, digamos, abrupta. Esta vez he optado por un método más elegante, ¿sabes?, más adecuado a tu nuevo yo. —Carcajeó con desgana mientras terminaba de limpiarse la nariz—. Mira, es sencillo, alguien morirá si intentas huir de nuevo. ¿Cómo lo digo? ¡El pescador fue pescado! ¿Lo entiendes?, he pescado al pescador, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? —Su carcajada rebotó en las paredes de la casa haciéndolas más tétricas —. No me pongas esa cara, sigo tus pasos desde el día que lo salvaste. Solo a ti se te ocurrió llamar la atención de esa manera. ¿Te crees que un acto así pasaría desapercibido para mí?, ¿para el Topo?

—¡No le haga nada! Él no tiene nada que ver en esto.

—¿Habéis oído, chicos? Me habla de usted. Veo que te has creído tu papel, pero, a fin de cuentas, siempre serás una maldita rata de cloaca.

Los hombres que lo ayudaban comenzaron a reírse con él.

—Pero, bueno, —resopló como si el tema lo estuviera cansando—, he de decir que estoy de acuerdo contigo, pero no te acostumbres. ¿Qué te parece si nos ahorramos el disgusto y no intentas hacer nada que perjudique al pobre…? ¿Cómo se llamaba?

—Silas —dijo uno de los hombres.

—Cierto, Silas Marlín.

—¿Cómo sé que no mientes? —replicó con un desgarro en la voz intentando deshacerse del amarre de los ayudantes.

—Yo no amenazo en vano, esposa. ¡Soy el Topo! —exclamó alzando sus manos al aire, como si se creyera el mismísimo emperador de Roma.

Silas, maniatado en la habitación contigua, intentó gritar al escucharla, pero su mordaza no se lo permitió. Tenía que ayudarla de alguna manera, decirle que huyera en cuanto tuviera oportunidad, pues ya no le quedaba mucho en ese mundo y no merecía vivir en la miseria por su anciana alma.

—Ahora, ponte ese vestido, he soñado con esto desde que te vi en ese mísero puesto vendiendo pescado. Tu belleza debería ser un pecado. ¡Me haces querer pecar a cada minuto, muchacha!

—Y a mí —se animó a decir uno de los hombres, que acto seguido fue silenciado con un golpe en la cabeza.

—Lo mío me pertenece. —El topo lo dejó claro.

El hombre asintió y no se le ocurrió volver a abrir la boca.

El Topo tomó a Hope de las manos y tiró de ella hasta llevarla a una habitación vacía. Estaba claro que esa no era su residencia habitual, porque parecía más un almacén que un hogar.

—¡Suélteme! —Hope le dio un mordisco en el brazo y luego una patada.

—¡Maldita sea! ¡Solo quiero que te pongas el puto vestido! No pienso tocarte, al menos no todavía.

Él la empujó hacia adentro, luego lanzó el vestido a su cara y gritó:

—¡Vale su peso en oro!

***

Mientras tanto, en Eaton Square, la vizcondesa no podía pegar ojo. Se hallaba intranquila, nerviosa. No podía dejar de darle vueltas,

¿por qué no en el teatro? ¿Era perjudicial para él? ¡Claro! Martha se incorporó con tal rapidez que tuvo un ligero mareo. Si lo hacía de esa manera, sería el hazmerreír de la sociedad: ¡un hombre de negocios que no puede controlar a su propia mujer!, por eso tenía que ser discreto. De súbito, se levantó y esperó lo peor. Sus piernas le fallaron y se desplomó en el suelo. No recordaba que, después de tanto tiempo, debía engrasarlas antes de caminar.

—¡Dorothy! —chilló—. ¡Dorothy! —Consiguió alcanzar la campanilla de su mesilla y llamó todo lo rápido que su muñeca le permitió.

—¡Milady!

En vez de Dorothy fue el ama de llaves quien llegó.

—Margaret, ayúdame por favor, levántame.

El ama de llaves rozaba los sesenta y cinco y no estaba precisamente en forma, pero, aun así, lo intentó. Gracias al cielo, en ese instante Dorothy llegó a tal velocidad que la llama de su vela se había apagado.

Entre las dos consiguieron levantarla y sentarla sobre la cama.

—Dorothy, ve a la habitación de Hope. Por favor, dime que está allí.

—¿Por qué no habría de estar?, la señorita…

—Corre.

Dorothy así lo hizo y el grito que se oyó a lo lejos fue evidencia suficiente para confirmar el temor de la vizcondesa, sobre todo cuando la doncella le entregó una nota que había encontrado sobre el lecho de la señorita McDow.

Mi querida Lady Shaw:

Nunca podré agradecerle lo suficiente por todo lo que ha hecho por mí. Me ha dado una vida a la que nunca pude

aspirar, una vida que jamás he merecido, no mientras tantos están en mí misma situación. Me dio cobijo, abrigo, alimento y, lo más importante, la calidez de un hogar. Usted me salvó, y la llevaré por siempre en mi corazón.

Mi destino, aquel del que escapé, ha llamado a mi puerta, y si no acudo a él, personas a las que admiro sufrirán.

Por favor, no se preocupe por mí. Ya ha hecho más que suficiente.

Con todo mi afecto,

Su protegida

—¡Yo diré lo que es suficiente! —espetó limpiándose las lágrimas —. Margaret, tráeme un vestido, ayúdame, vamos.

—Milady, son las dos de la mañana.

—Perfecto, la mitad de Londres está despierta. En mis tiempos mozos no me iba de un baile hasta las tres o cuatro de la madrugada.

—Mientras que los que trabajamos dormimos para ser los primeros en comenzar los quehaceres —refunfuñó Margaret.

—No me recuerdes lo injusta que es esta vida y date prisa.

—Sí, milady.

—Dorothy, ven. Acércate y deja de temblar.

La muchacha estaba intranquila, no entendía muy bien lo que sucedía y por qué la señorita había desaparecido; nunca desde que la había conocido, se había ausentado de su dormitorio, y mucho menos a esas horas. Quería saber, pero no estaba en posición de exigir explicaciones.

—Puede que Hope esté en peligro,

—Pe… pero...

—Ve a buscar al señor Rowles, estará en casa de los condes, siempre que asiste a un evento social se apea en su casa por cercanía. Dile que se reúna conmigo en la casa del juez Thomson con urgencia.

—Pero él…

—Dile que Hope está en peligro. Tengo el presentimiento que nos ayudará con uñas y dientes hasta encontrarla.

—Sí, milady.

—Vamos, corre, chiquilla, corre.

Capítulo 25

Edmund era incapaz de entregarse al sueño. Su corazón seguía palpitando con fuerza y no conseguía borrar la sonrisa de su boca. Le había dicho que no se escondería más. Tenía tantas ganas de hablar con ella, de conocerla en profundidad, de sanar sus heridas; no con sus medicinas, sino con… con su amor.

—Y pensar que no creía en el destino —se dijo así mismo mientras se servía una copa.

Tomó aire y se sentó en el alféizar de la ventana. La casa de la vizcondesa no estaba muy lejos de allí, y creía que, si se asomaba, podría verla, aunque lo más probable era que estuviera dormida. Pero cuando comenzó a imaginarse sus manos sobre las de ella, repasando cada cicatriz, unos pasos acelerados sobre el adoquinado llamaron su atención.

Era una mujer, pero no la reconocía. ¿Por qué corría? ¿Estaba en peligro? Se asomó a medio cuerpo, justo cuando la doncella se quitó la capa que cubría su cabeza y se detuvo, mirando hacia arriba en cuanto lo vio.

—Señor, señor Rowles.

¿No era la doncella de la señorita McDow? Había urgencia en su

voz. Dejó la copa, tomó su maletín médico como de costumbre cuando salía con prisa y bajó las escaleras de dos en dos hasta el rellano. La joven parecía agitada, ¿y si algo había pasado?

—Edmund, querido. No sabía que tenías tantas ganas de verme. ¿Qué tal la ópera? Pensaste en mí cuando…

—¡Ahora no, Portia!

—Me encanta cuando se le ve acelerado, es tan atractivo… —se dijo así misma con un suspiro y continuó su camino.

—Señor Rowles, menos mal que lo encuentro —dijo la doncella mientras recuperaba el aire.

—Dorothy, ¡¿qué pasa?!

El médico la agarró por los hombros y se agachó a su altura. Dorothy se sintió abrumada por unos segundos hasta que consiguió a hablar.

—Es la señorita. No sé muy bien qué sucede, pero creo que está en peligro.

—¿Hope? —La soltó de súbito, pero su mirada seguía clavada en ella—. ¿Dónde está?, ¿qué le sucede?, ¿se ha hecho daño?

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Ahora?

Edmund miró a un lado y a otro con desesperación.

—La vizcondesa quiere que se reúna con ella en la casa del juez Thomson.

—De un juez, ¿por qué querría ver a un juez? Es igual. Demonios. Tomaré mi caballo para llegar antes.

«Mantente a salvo», pensó, «mantente a salvo, por favor».

Lleno de angustia, partió.

***

La vizcondesa tocó de nuevo con su bastón la puerta del dichoso juez. ¿No le dijo que podía acudir a él cuando quisiera? Entonces, ¿por qué diantres no abría la puerta? Justo cuando comenzaba a desesperarse, la puerta se abrió.

La vizcondesa apartó al somnoliento mayordomo de un empujón y entró dando voces.

—Sir Thomson, ¿dónde demonios está?, no creo que esté dormido. ¡Señor juez!

Martha comenzó a abrir puertas como si estuviera en su propia casa, a pesar de que el mayordomo intentaba decirle algo, pero esta lo ignoró y siguió a lo suyo.

—Pero ¿¡cuántas habitaciones tiene esta casa!?

Al fin abrió otra puerta y, lejos de asustarse de ver el trasero de Thomson completamente expuesto, entró a la habitación de donde salieron gritos y quejas. Dos cuerpos desnudos, bastante grotescos, se cubrieron como pudieron con las sábanas.

—Por el amor de Dios, Martha, ¿qué haces aquí? No puedes entrar de esa manera.

—Claro que puedo, eres mi primo.

—¡Primo quinto! Podríamos ser dos perfectos extraños, Martha.

—¡Pero no es el caso! Ponte decente, quiero hablar contigo.

La dama, si se podía llamar así a la que intentaba taparse el rostro con las sábanas dejándose los pies fuera, hizo un gimoteo ridículo y la vizcondesa resopló.

—Te espero afuera, ¡date prisa!

—¡Maldición! ¿Por qué le dije que podía contar conmigo? Ahora vuelvo, querida, no te pongas fría, quiero decir, no cojas frío.

Thomson llegó al salón de visitas con la camisa mal abrochada y los pantalones medio caídos. La vizcondesa pensó que ya era tarde para darle clases de decencia y, juntos, comenzaron a hablar.

Al rato la puerta sonó de nuevo y el mayordomo fue a abrir sin ninguna apetencia.

—Buenas noches, señor Rowles, lo están esperando.

Edmund se dirigió a la puerta entreabierta y abrió.

—… quería haber esperado a mañana, pero el caso es de extrema urgencia o esa chiquilla podría desaparecer para siempre. ¿Quién sabe a dónde podría llevársela con tal de tenerla solo para él?

—¿Para siempre? —dijo el recién llegado sin tan siquiera advertir de su presencia.

—¿Cómo ha sabido que él era el Topo? —preguntó el juez ignorando a Edmund.

—Ella lo ha reconocido esta noche.

—¿El Topo? ¿Esta noche? —Había oído ese nombre en su dispensario unas cuantas veces, sobre todo cuando llegaban heridos de reyertas callejeras—. ¿Puede explicarme alguien lo que está pasando? ¿Está ella bien?

—¿El señor Rowles no está al tanto? No me ha dicho que ellos…

—Por favor, Thomson, yo no he dicho nada, solo sé que va a estar dispuesto a ayudarme.

El juez la miró como si se hubiera vuelto loco. ¿No le acababa decir que esos dos estaban enamorados? Serían primos, pero no disponían de conexión alguna de ideas.

—La cuestión es, hijo, que no sabemos dónde está

—¿Cómo ha pasado? —preguntó comenzando a exasperarse.

—Querido, haz el favor de sentarte, hay algo que debo contarte, aunque no me gusta, pues, debería ser ella quien lo contara, pero, dada la situación, me veo obligada a ello. Nadie, absolutamente nadie, debe saber de esto, ya que, si se supiera, mi querida Hope sería condenada al ostracismo. Verás…

Cuando la vizcondesa terminó el relato, Edmund se quedó sin

habla. De todas las cosas que se le habían pasado por la cabeza a Cedric sobre el destino de su amada, algo como aquello jamás se le habría ocurrido. Se levantó y, sin siquiera pedir permiso al juez, se sirvió una copa de lo que fuera el licor disponible allí.

—¿Cómo diantres consiguieron ese certificado de matrimonio si ni siquiera hubo boda? ¿Cómo no supo ella…? ¡Cómo iba a saberlo! Seguramente nunca nadie le habló de matrimonio y cómo había hacerse —dijo al fin lleno de seriedad—. Su tía, esa… ¡Maldita sea! ¿Cómo pudo alguien de su familia hacer algo así? —El médico estuvo a punto de romper la copa y deseó poder estrechar a Hope entre sus brazos y decirle que, a partir de ese instante, nada malo le sucedería. ¡Por todo lo que había tenido que pasar! ¡Dios, cómo le dolía! Ya le causaba horror conocer las situaciones en las que vivían algunos de sus pacientes, pero eso…

Dejó la copa de donde la había cogido y se acercó a la vizcondesa, se agachó frente a ella y tomó sus manos.

—Gracias por ayudarla, gracias por haberla sacado de esa vida.

—¿No está enfadado? Al saber que ella… en fin, después de todo no nació dama.

—¿Enfadado? Tengo el alma en los pies, milady. Sabía perfectamente el origen de Hope. La conocí cuando vendía pescado y, a pesar de su situación, tenía un corazón de oro, milady. Cautivó mi corazón ya en ese entonces. Si le llega a pasar algo, yo… ¿¡cómo podemos encontrarla?! —Juró que si ese maldecido le ponía una mano encima…

Se puso en pie de súbito y caminó hacia atrás. No, no quería ni pensarlo.

—Nunca hubiera sospechado que el maldito Merrit fuera el Topo —soltó el juez.

—¿Merrit? ¿Seymour Merrit? ¿El mismo al que saludamos esta

noche?

La vizcondesa asintió apenada.

—Lo hubiéramos evitado de haberlo sabido antes, pero ella no sabía su nombre; solo supo quién era hasta hoy, cuando lo vio.

—Me presentaré en su casa. Sí, eso haré. Le retorceré el pescuezo y luego…

—¡Alto ahí, señor Rowles! Deje de decir sandeces y piense con ese órgano del que los médicos tanto se jactan de usar. ¿Ha oído hablar del Topo? Porque Merrit y él son la misma persona. Tiene hombres, incluso niños informantes, es meticuloso, además, y desafortunadamente listo. Su casa sería el último sitio al que la llevaría. Tenemos que aprovecharnos de su proceder para salvar a la señorita McDow, quiero decir, Finnerty, de su destino. Gracias a lady Shaw, tengo entendido que la muchacha es de armas tomar, por lo tanto, no creo que Merrit lo tenga tan fácil. Al fin y al cabo, ya se escapó de sus garras una vez.

—¡No permitiré que…!

—¡Siéntese y escuche, señor Rowles! Que de leyes e injusticias estoy versado. ¿¡Qué cree que hará si la encuentra y se la lleva!? Declarará que es su mujer, tiene un papel que así lo dice, y ¿quién será juzgado? Usted por intentar huir con ella.

Edmund resopló y apretó los puños. En eso tenía razón, pero quería hacer algo. El tiempo volaba mientras ellos simplemente charlaban.

—Esto es lo que haremos. Estoy tan seguro como de que el agua moja, que el Topo guarda registro de todas sus transacciones. Es el administrador del teatro y el que explota las minas del sur. Está acostumbrado a llevar un orden y registros de todas sus operaciones. Un hombre así lo guarda todo, así que debe tener un registro de la compra que hizo de la señorita Finnerty.

—No sería tan estúpido de guardar algo así…

—Oh, querido, el juez tiene razón, pocas veces la tiene, pero esta es una de ellas. Se lo aseguraría para cualquier reclamo. Las leyes que rigen los barrios bajos no son las mismas que aquí. Ahora bien, dudo que lo haya guardado con un nombre tan explícito como «compra de mujer», pero yo la encontré dos días después de que ella se escapara, dos días después de que la vendiera, y eso fue… —La vizcondesa cerró los ojos—, el dieciséis de abril, sí, hace dos años. Pues yo regresaba del cumpleaños de lady Philippa. Habrá que buscar transacciones realizadas ese día.

—Eso nos reducirá mucho la búsqueda. Me has sorprendido, prima. No descartaré ponerte de investigadora en algunos de mis futuros casos.

—No sé por qué te sorprende, suelo ser bastante perspicaz.

—Iré entonces a su casa. ¿Oficina? ¿Dónde demonios guarda sus registros?

—Sé de alguien que ha hecho algún que otro trapicheo con él. Me refiero a sir Murray. Ya sabe que le encanta lo exótico, y alguna vez le he oído decir que Merrit le vendió algo.

—Iré a verle —dijo Edmund con rapidez. No quería dejar pasar más tiempo, cada segundo que pasaba, Hope podría estar sufriendo.

—Si lo encontramos, tendrá que responder ante el regente por haber comprado a una mujer libre. Pero tenemos que hallar al que realizó el documento de matrimonio por si no encontramos constancia de esa compra.

—Usted dijo que Hope se acordó del sello parroquial, un corazón en llamas atravesado por una flecha.

Los tres se quedaron pensativos, pero ninguno sabía a qué orden se refería, hasta que el juez tuvo una idea.

—Mi… bueno, la que está arriba es una ferviente feligresa, tiene

un grupo en la iglesia y a veces hacen visitas a las demás parroquias. Quizá ella ha oído hablar de él o lo conoce.

Lo de ferviente, la vizcondesa se lo creía; ahora bien, lo de feligresa le quedaba un poco en duda después de lo que acababa de ver. Ni siquiera estaban casados.

—Es de los agustinos —dijo una voz proveniente de la puerta entreabierta, y todos se preguntaron cuánto tiempo llevaba allí escuchando.

—Pueden estar tranquilos, no diré nada. Espero que esa joven tenga el destino que se merece.

—Sé dónde está la parroquia de San Agustín —dijo Edmund—, al norte de Londres.

—Entonces usted irá a la parroquia, señor Rowles, yo acompañaré a milady a buscar los documentos.

—Pero podría ser peligroso para la vizcondesa y…

—Oh, querido, puedo meterme donde quiera cuando quiera. ¿No ve que soy una anciana? Nadie sospecha de nosotras —sonrió.

—Aun así, milady, llévese a Cedric. Estará encantado de acompañarla en la aventura.

—Está bien.

—Buena suerte, señor Rowles.

—Lo mismo digo.

Capítulo 26

En la casa parroquial figuraba un letrero, «Reverendo Charles Winthrop». Edmund tomó aire y golpeó la puerta con la aldaba, deseando recibir explicaciones de por qué una joven bajo su sello parroquial se había casado sin siquiera haber asistido a su propia boda.

El reverendo, con sus prendas de dormir y el gorro de tela medio caído, abrió la puerta con sigilo, lo suficiente como para asomar la cabeza.

—Si no es para una extrema unción, vuelva por la mañana —balbuceó con un bostezo e intentó cerrar la puerta.

La mano firme de Edmund se lo impidió.

—¿Es usted el que oficia las bodas?

—Así es, pero no extiendo licencias especiales, joven, de eso se encarga el arzobispo de Canterbury.

—¿Desde cuándo oficia bodas aquí?

—Desde hace más de quince años, caballero. Si me disculpa, mañana temprano tenemos oficio.

De nuevo intentó cerrar la puerta, pero esta vez Edmund, de un manotazo, la abrió y se pegó a él.

El hombre, escandalizado, dio pasos atrás hasta que se topó con la pared.

—¡¿Se puede saber qué pretende?!

—¿Le suena el nombre Seymour Merrit?

—Querido, ¿qué sucede?

La mujer del reverendo salió adormilada y abrió los ojos como platos al ver la escena.

—Todo en orden, bomboncito. Un alma en pena que necesita consuelo. Estos días abundan. Tras la guerra, muchos de ellos han regresado y se sienten perdidos.

La mujer miró a Edmund con desgana, y con esa respuesta desapareció en la penumbra.

—Por favor, si lo envía Merrit, dígale que pronto conseguiré lo que mi pidió y…

—¿Qué le pidió?, ¿que oficiara otra boda falsa?

El hombre, descompuesto, tragó saliva como si fueran piedras y lo miró lleno de pánico.

—¿Qui-qui, quién es usted?

—Alguien que busca la verdad. ¿Hizo o no un documento falso sobre la boda del señor Merrit?

—Yo… yo…

El hombre no pudo pegarse más a la pared, hasta que una mano aprisionó su cuello y sus pies se elevaron.

—Se lo volveré a preguntar. ¿Hizo un certificado de boda del señor Merrit con la señorita Finnerty sin que ella estuviera presente? ¿Sí o no?

—Usted no lo entiende, ¡él…!

—Pues explíquemelo, pero rápido, tengo algo de prisa. —Edmund lo soltó de golpe. Jamás le había ardido tanto la sangre.

—Él me amenazó y…

—Y ¿por eso decidió condenar a una joven a un matrimonio sin saberlo?

—¡Ni siquiera vi a la joven! Merrit me juró que era alguien de la calle, una malviviente. De hecho, le hice un bien, estoy seguro de que esa muchacha habrá vivido mejor bajo la protección de Merrit.

Edmund no pudo evitarlo, y como si su mano tuviera vida propia, formó un puño y lo asestó en la cara del reverendo. No era un hombre violento, pero la situación lo había sobrepasado.

—¿Con qué lo amenazó? —inquirió entre dientes—. ¿Con qué lo amenazó para saltarte así las normas de la iglesia?

El hombre comenzó a llorar.

—Fui infiel, infiel a mi mujer. No lo volví a hacer, lo juro. —El reverendo se agachó, pero Edmund lo levantó como si no pesara ni una libra.

—Pues va a hacer lo siguiente —ordenó muy cerca de su oído—: si quiere expiar sus pecados, reverendo, necesitará papel y pluma, ¡rápido!

El reverendo, que no sabía si estaba soñando por sus pecados o si aquel caballero era un enviado del infierno para torturarle, se tambaleó hacia el interior de su hogar, logró llegar a su escritorio y agradeció que su mujer y su recién nacido tuvieran el sueño profundo.

Edmund, tras él, habló con firmeza:

—Escribirá lo siguiente, y yo mismo me encargaré de que su infidelidad desaparezca. ¿De acuerdo?

Desde pequeño, su madre le había enseñado a no prometer cosas que no pudiera cumplir, pero necesitaba un incentivo para que ese hombre hiciera lo que él exigía. Era la única manera de salvar a Hope, si la vizcondesa no lograba encontrar el documento.

El reverendo escuchó atento mientras mojaba en tinta su pluma

con un pulso tembloroso.

—Yo, Charles Winthrop, de la parroquia de San Agustín de Londres, declaro que el día dieciséis de abril de 1811, firmé un acta de matrimonio bajo coacción del señor Merrit, sin el consentimiento ni la presencia de la señorita Hope Finnerty, y sin testigos. Por lo tanto, solicito la nulidad de ese matrimonio ante los tribunales eclesiásticos con la mayor brevedad posible.

El reverendo apenas veía con claridad, cegado por las lágrimas que brotaban de sus ojos. En ese instante, al exponer sus fechorías de esa manera, no sabía cómo había sido capaz de llevar a cabo tal cosa en su día.

—Ahora, agregue una disculpa oficial y hágala llegar de inmediato a la Corte de Arcos.

—S-sí, señor.

—Espero que haya aprendido la lección y que no vuelva a caer en semejantes eventos ni amenazas que pongan en peligro la vida de otros. Yo me ocuparé de Merrit, pero si se le ocurre huir y no enviar esta carta, yo mismo informaré que fue infiel a su mujer. Se lo diré a ella, y también al arzobispo.

—¡Pero si lo hace, perderé la parroquia!

—¡Bien! Debería perderla por sus actos, pero si consigue enmendar su error, todo quedará en el pasado.

Edmund salió de la casa parroquial con un halo de esperanza, con eso bastaba, con eso podía darle a Hope la libertad que durante tanto tiempo le había sido privada.

Respiró el aire fresco de la noche y fue a subirse a su caballo cuando los cascos de otro jamelgo sobre el empedrado lo detuvieron.

—¡Edmund!

—¡Cédric!

—Dime que lo has conseguido. En la casa de Merritt no encontramos nada.

Edmund sujetó las riendas con fuerza y resopló. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera conseguido la confesión del reverendo?

—El reverendo solicitará la anulación —comunicó con cierto alivio.

—¿Y si no lo hace?, ¿te puedes fiar?

—Lo hará, tiene mucho que perder.

—Espero que así sea, y Edmund, creemos saber dónde puede estar Hope.

Edmund levantó la mirada y su corazón se aceleró a un ritmo incontrolable.

—¡Llévame, no tenemos tiempo que perder!

—En realidad soy yo el que te va a llevar —intervino sir Murray, que había salido entre la neblina de la madrugada.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Edmund con disimulo hacia su amigo.

—No se le olvide, señor Rowles, que soy como un animal: oigo como un lince y soy fiel como un perro. Puede estar tranquilo

Edmund asintió mientras Cedric lo miraba asqueado, lo cierto era que no tenían más remedio que confiar en él.

—¡Vamos a por ese maldecido!

Ambos, en sus monturas, siguieron a Murray, pero Cedric no pudo evitar mirar los nudillos enrojecidos de su amigo.

—¿Edmund Rowles portándose mal? En mi vida, ¿me oyes?, ¡ni en mil años te habría imaginado así! ¡Lo que hace el amor! ¿Te das cuenta? Vas a acabar como tu hermano. —Se carcajeó, más por liberar tensión que por su amigo. Lo cierto era que aquella noche fuera de la rutina le estaba sentando de maravilla, porque en tan solo dos meses se ataría la soga al cuello con la dichosa señorita Carter.

—Hope no es Portia —dijo Edmund entre las risas de su amigo.

—Si conseguimos solucionarlo, brindaremos por ello. Por ahora me vendría genial patear unos traseros a modo desahogo.

Murray puso los ojos en el cielo nublado al escuchar a esos dos. Menos mal que estaba con ellos, porque si no, no sabía quién acabaría pateando a quién. No conocían a los hombres del Topo como él: ratas que habían salido de la calle y a las que no les importaría matar a sangre fría por quien les daba de comer. ¡La suerte estaba echada! Aun así, Merrit nunca le había caído bien. Aceptaba sus precios solo para no oírle, aunque sabía que siempre lo estafaba. Esperaba encontrarlo donde le entregó el mono capuchino: un sitio amplio y bien camuflado, nada menos que en el piso de arriba del prostíbulo de madame Laurent. Allí, los caballeros, si veían algo, se lo callaban por conveniencia, igual que lo hacían las mujeres de placer. Lo que sucedía en ese lugar, jamás salía de sus paredes.

Capítulo 27

—¿Lleva ya puesto el vestido, señorita Finnerty? —Merritt trató de adecentar su voz, mientras sus seguidores se reían—. Se me hace raro llamarla así, señorita. ¡Ja!

Hope no contestó, pero sí se había puesto el dichoso vestido. Bien sabía que, cuando estaba en peligro, debía conseguir que el atacante pensara que había vencido. Era en ese preciso instante cuando tocaba defenderse. El único motivo por el que no respondía era que quería retrasar el encuentro lo máximo posible para poder pensar, idear su huida dentro de sus limitadas posibilidades. Pero las opciones eran pocas. En esa habitación no había ventanas, y la única vía de escape era la misma puerta por la que había entrado. No sabía dónde estaba ni qué se encontraría al salir.

Se había tumbado en el suelo y pegado el oído a él, porque le había parecido oír algo. En efecto, estaban sobre algún lugar donde había gente. ¿Un club, quizá? A esas horas dudaba que fuera una casa de té, y si se tratara de un fumadero de opio, lo más probable es que fuera silencioso. También se había fijado en la chimenea encendida y en el atizador, que había identificado como su posible instrumento de huida. No había visto que el Topo portara armas.

La puerta retumbó bajo los golpes de Merrit, y ninguno de los dos sabía que, una habitación más allá, donde se encontraba Silas, este luchaba por quitarse las ataduras. Estaba a punto de conseguirlo, decidido a ayudar a esa mujer, aunque fuera lo último que hiciera.

Hope siguió sin contestar, y fue entonces cuando la puerta se abrió de par en par. Tras ella aparecieron unos ojos llenos de ira y anticipación.

Hope se mantuvo firme en el centro de la habitación, a pesar de ver cómo Merrit se acercaba a ella con una asquerosa sonrisa plasmada en el rostro. La tomó del lazo de su cintura y, de un tirón, la pegó a su cuerpo.

—Pareces una columna romana, esposa, ¿por qué no te relajas un poco?

Hope cerró los ojos cuando se acercó a su cuello y absorbió su aroma con una fuerte inspiración. luego se alejó de ella y frunció la nariz.

—Prefería tu olor a pescado y a sudor, más de calle, más como yo. —Le apartó un cabello de la mejilla con un gesto de todo menos delicado—. Ahora hueles a… alguna maldita flor.

Se alejó de ella para verla con perspectiva.

—No sé para qué te he hecho poner este maldito vestido, si lo que quiero es quitártelo. —Sonrió como si ya la degustara—. Hagámoslo oficial, ¿quieres? Eso dicen, ¿no?, que hay que consumar el matrimonio para que sea verdadero. —Rio.

—Yo nunca me he casado —murmuró.

—¿Qué has dicho? —Se acercó a ella de una zancada y la tomó de su cintura.

—¡Nunca firmé nada!

En ese instante fue cuando él, sin saberlo, se iba acercando a la chimenea mientras ella lo guiaba como si quisiera zafarse de su

agarre.

—Lástima que te des cuenta tan tarde. Piénsalo —continuó diciendo.

La tomó del cuello y pegó sus asquerosos labios a los suyos. Hope reaccionó de inmediato, y lo mordió con todas sus fuerzas. Merrit retrocedió entre maldiciones, pero antes de que Hope pudiera alcanzar el atizador tras aprovechar su desconcierto, él ya le había apresado la muñeca. Con un tirón la acercó de nuevo y, sin dudarlo, le asestó una bofetada que le encendió la mejilla.

El dolor la paralizó un segundo, pero no podía detenerse. Pensaba rápido, con su corazón desbocado, mientras Merrit sonreía con burla.

—Te conviene quedarte conmigo. ¿Qué crees que pensará la sociedad cuando diga quién eres? ¿Cuándo sepan que ya no eres pura? ¡Te devolverán a la calle de donde saliste! —vociferó, con los ojos llenos de desprecio.

—¡Lady Shaw nunca lo permitiría! —escupió Hope, su saliva mezclada con sangre.

—¿Lady Shaw? —Rio Merrit, mostrando los dientes—. Ante el mínimo escándalo, ella y los de su calaña te dejarán a tu suerte. ¿Y si no? Tendrías que irte al campo, vivir como una solterona olvidada. Y cuando ella muera… ¿Qué te quedará? ¡Yo te encontraré, siempre te encontraré!

De un empujón la lanzó al lecho, pero Hope rodó fuera de la cama antes de que él pudiera alcanzarla. Intentó llegar al atizador a cuatro patas, pero Merrit tiró de la falda y la arrastró de vuelta. Forcejearon en el suelo, sus respiraciones entrecortadas llenaron el aire.

Hope, desesperada, aprovechó un descuido. Le hundió los dedos en la herida del labio que había mordido antes, arrancándole un grito. Él aflojó el agarre, lo justo para que ella pudiera estirar la mano y sostener al atizador.

—¿Qué crees que harás con eso? —bufó Merrit, mirándola con desdén.

—¡Esto!

Hope le lanzó una patada al estómago y, cuando él retrocedió, le golpeó con el atizador en la cara. La sangre salpicó su vestido, caliente y viscosa. Por un instante, el terror la invadió; su mano tembló al comprender lo que había hecho.

Sin embargo, no podía detenerse. Se puso de pie con rapidez y salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

—¡Maldita zorra! ¡Atrapadla! ¡Que no escape! —gritó Merrit, tambaleándose mientras intentaba alcanzarla, pero al ver la sangre que manaba de su rostro, sintió que un mareo incontrolable lo poseía hasta que, dos pasos después, finalmente cayó al suelo en un desmayo.

Los dos hombres que aguardaban afuera, distraídos en una apuesta absurda sobre los gritos de la mujer, se sobresaltaron al escuchar el estrépito. Al ver la sangre en el vestido de Hope, se levantaron de un salto y la encararon.

—¿Dónde crees que vas?

Antes de que pudieran detenerla, Silas apareció de una de las puertas y se abalanzó sobre ellos como una fiera. Los derribó como si fueran dos espantapájaros, y consiguió dejar el camino libre.

—¡Corre, Hope! ¡Huye, niña!

Hope, sin mirar atrás, así lo hizo. Bajó unas escaleras a trompicones y tuvo que atravesar otra puerta. Cuando la abrió, se quedó paralizada, pero al escuchar las voces de los hombres del Topo tras ella siguió con su huida. A su paso, las mujeres gritaban escandalizadas. Un caballero estuvo cerca de frenarla, pero antes de que esto sucediera, una mano tiró de ella.

—¡Por favor, ayúdeme! ¡Me persiguen! —chilló.

La extraña tapó la boca de Hope con su mano y miró a su alrededor. Salvo ellas, nadie la había oído debido al jolgorio en el lugar.

La mujer le indicó que caminara despacio y sin llamar la atención. Hope advirtió el entorno, nunca había estado en un sitio así: había bebidas, juegos, muchas mujeres con los pechos destapados y alguien bailando en un pequeño escenario adornado con terciopelo morado. El olor a tabaco, vela quemada y algo más, que no sabía describir, invadió su nariz, provocándole arcadas. Solo quería salir de allí. Su salvadora la metió tras una cortina y, después de unos segundos que le parecieron eternos, apareció de nuevo.

—Cuando te diga, saldrás de aquí. Los que te persiguen están merodeando.

Hope alzó la mirada y la reconoció. Era esa mujer, la que estuvo a punto de llevársela el mismo día que la recogió su tío. Esos ojos y ese pelo negro nunca llegó a olvidarlos, así como sus palabras: «Si algún día necesitas ayuda…».

—Parece que tu destino te trajo a este lugar, aunque no fuera conmigo. ¡Ahora, sal!

—Gracias —dijo Hope, sin poder retener sus lágrimas.

Caminó al principio y luego corrió hasta la puerta que se abrió de par en par. Su cuerpo chocó con otro que parecía un roble.

El extraño la tomó de los hombros, pero Hope se revolvió.

—¡Suélteme, le digo que suelte!

Edmund la alejó del tugurio unos pasos y habló.

—Soy yo. ¡Señorita, soy yo!

Hope levantó el rostro. Al ver esa expresión en esos ojos castaños que la miraban, extendió sus brazos hasta su cuello y se abrazó a él como si fuera el único sustento que la impedía caer en un abismo. Comenzó a llorar con tal desconsuelo que a Edmund le partió el

alma y maldijo por no haber llegado antes.

—Lo he dejado solo, lo he abandonado a él también —dijo entre sollozos.

—¿De quién hablas?

—Silas, Silas está ahí dentro —se aferró más a él, como si quisiera fundirse en su cuerpo. Se sentía segura, amparada, e incluso con la mirada que se había encontrado, amada.

Murray y Cedric al oírlo, se miraron y, sin decir más, ambos fueron a buscar al pescador.

—Llévatela de aquí —dijo Cedric antes de desaparecer.

Edmund la subió a su caballo, y al hacerlo vio toda esa sangre.

—Dios mío, ¿está bien? ¿Está herida? Señorita, ¿ese malnacido le ha hecho algo? —Estaba tan nervioso que le temblaban las manos.

—Solo quiero ir a casa, por favor, lléveme a casa.

Edmund se subió a su caballo, y Hope se desvaneció en sus brazos.

—Ya estás a salvo, no permitiré que nada malo te vuelva a suceder —susurró a su oído.

Juntos partieron hacia la residencia de la vizcondesa, y cuando llamaron a la puerta, las primeras luces del alba bañaron sus rostros.

—¡Por el amor de Dios, lo ha conseguido! —chilló la vizcondesa—. ¡Aprisa, túmbela en su cama! ¿Está bien? ¿Le ha hecho algo?

—No hemos podido hablar, no ha tardado en desvanecerse.

—La… la… sangre —dijo Dorothy, y el ama de llaves, a su lado, se desvaneció.

Edmund, con Hope en sus brazos, la llevó hasta su habitación y la reposó sobre su cama, pero ella no le soltó el agarre del cuello.

—No me abandones —fue lo último que dijo antes de caer de nuevo.

—¿Se recuperará? —preguntó la vizcondesa al verla tan débil.

—Está conmocionada, no sabemos qué le ha podido hacer ese malnacido.

—¿Lo habéis encontrado?

—Me marché de allí, tenía que alejar a la señorita McDow de ese lugar. Espero que Cedric y el señor Murray hayan dado con él.

—Váyase y ayúdeles, aquí ya no tiene nada más que hacer. Bueno, mire que mi ama de llaves no se haya abierto la cabeza.

—Pero ella quiere, me ha pedido que…

—No creemos más escándalo del que ya hay. No quiero que nadie lo vea salir de mi hogar de madrugada. Vuelva más tarde, ahora está dormida y necesita descansar.

Edmund la miró una última vez y su corazón dio un vuelco. Gracias a Dios que estaba bien.

Capítulo 28

Hope se frotó los brazos con inquietud. Todavía le dolía el forcejeo que había tenido con aquel desgraciado, y tanto Dorothy como Margaret y la vizcondesa no paraban de atosigarla. La primera le había preparado un baño, que no rechazó; la reconfortó, pero no había logrado borrar esa sensación de suciedad que la perseguía. Aún sentía el contacto de aquellas manos asquerosas que habían recorrido su piel. Margaret, por su parte, murmuraba que, desde el mismo día que la vio entrar en la casa, sabía que no era de fiar. Aunque la vizcondesa no había querido desvelar su pasado a ninguna de las dos criadas, Margaret seguía teniendo sus sospechas. En el fondo, sin embargo, parecía alegrarse de que Hope estuviera bien. Después de todo, ella había conseguido que su señora volviera a caminar. En cuanto a la vizcondesa, observaba a Hope y, con una infinita paciencia, no dejaba de preguntarle si se encontraba bien.

A pesar de todo, aunque le insistieran en las buenas noticias —como lo que había conseguido Edmund con el reverendo, o que esa misma mañana se había enviado una misiva al regente para contar con su apoyo y resolver el asunto lo antes posible—, Hope solo tenía un pensamiento constante en su cabeza: Silas. ¿Estaría bien?

—Siéntate de una vez, me vas a desgastar la alfombra —dijo al fin la vizcondesa, dando golpecitos insistentes con la cucharilla contra su taza de té—. Se te va a enfriar y no lo vas a disfrutar igual.

Pero Hope la ignoró. Siguió caminando de un lado a otro, con pasos rápidos y nerviosos. Aún no podía creer que hubiera logrado escapar. Su mente saltó de nuevo a Edmund. Quería sentir su contacto, su calor, y solo con pensarlo se turbó. Él había dejado todo para ayudarla, incluso haciendo cosas que jamás hubiera hecho, como amenazar a alguien. Según la vizcondesa, jamás lo había visto tan lleno de ira ni tan obcecado en algo. Entonces, una pregunta retumbó en su pecho: ¿la amaba?

Recordó las palabras de Dorothy aquel día: «Lo sabrá con una mirada, una que tiene un brillo especial, como un fuego que arde pero no quema. Y el corazón, sin duda, será la señal más clara: latirá desbocado, más rápido que cualquier jamelgo escocés».

Hope sonrió por primera vez ese día, aunque solo fuese por un instante. La manera en la que Edmund la había mirado cuando la encontró… ¿Era esa la mirada de la que Dorothy hablaba?

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y el anuncio de Margaret le hizo dar un respingo.

—El señor Rowles está aquí.

Hope sintió cómo su corazón se detenía por un segundo. Se sentó apresurada, pero en el acto se levantó otra vez, nerviosa. Al final volvió a sentarse, alisándose el vestido con las manos temblorosas, mientras tragaba saliva con dificultad.

La vizcondesa suspiró al verla y esbozó una sonrisa nostálgica. Era como mirarse en un espejo y recordar aquellos días en los que esperaba el regreso de su William. Sus ojos, ahora algo llorosos, se dirigieron a Margaret, y con un gesto le indicó que dejara pasar al visitante.

Edmund apareció en el umbral de la puerta. Tenía el rostro cansado y el cabello despeinado, como si no hubiera dormido en toda la noche.

Hope se puso de pie con rapidez, dando un paso hacia él, pero se detuvo de inmediato, indecisa. Fue Edmund quien cruzó la distancia en apenas un par de zancadas. Quiso abrazarla ahí mismo al verla mucho mejor que aquella madrugada, pero se contuvo. En su lugar, tomó sus manos entre las suyas con delicadeza, como si temiera romperla.

—Tiene usted un aspecto horrible —dijo la vizcondesa, sintiéndose incómoda ante aquella tierna imagen. Esos dos tenían la capacidad de encerrarse en una burbuja y dejar fuera, sin ningún reparo, a todo aquel que sobraba.

—Lo siento, quise venir directamente.

Hope lo miró y enseguida comprendió a lo que se refería. ¡Él también tenía la necesidad de verla! Con esa afirmación, sintió cómo su corazón corría hacia el suyo en una carrera que esperaba que pronto terminara y al fin llegara a la meta.

—¿Se encuentra bien? —dijo, aun sin soltar sus manos.

Hope asintió y, sin querer despegarse de sus ojos, preguntó con esperanza:

—¿Y Silas?

—No volverá a pescar.

Hope soltó sus manos y se las llevó a su rostro lleno de lágrimas.

—No debí dejarle, no debí dejarle —sollozó.

—No, no, señorita. Me ha entendido mal. —Quiso tocarla, pero el carraspeo de la vizcondesa lo detuvo.

—Pues explíquese bien, ¡por el amor de Dios, Edmund! —espetó Martha. Si algo detestaba era la información mal comunicada.

—Lo siento, no he escogido bien mis palabras. Lo que quiero decir

es que está bien. —Hope suspiró aliviada—. Me he pasado toda la mañana tratando sus heridas, pero sobrevivirá. No quiere volver a pescar. Está mayor y le dieron una paliza.

—¿Puedo ir a verlo? Tengo que ir a verlo. Sin él… —Hope se limpió las lágrimas. Llena de alegría se acercó a él, quizá demasiado, tanto que terminó abrazándole.

—¡Has perdido la cabeza! —espetó la vizcondesa.

Hope se separó de súbito y Edmund, incómodo, se pasó las manos por el cabello como si no supiera qué hacer con ellas después de lo ocurrido.

—Aún no sabemos qué ha sido de Merrit y sus secuaces —continuó Martha—. No puedes ir paseándote por ahí, y poner de nuevo tu vida en riesgo.

—En cuanto a eso —intervino Edmund—, alguien dejó inconsciente al Topo. —Le guiñó un ojo a Hope—. Por no mencionar que su rostro está desfigurado. Cuando Cedric y Murray llegaron, atraparon a sus ayudantes. Con él no hubo más remedio que entregarlo al juez Thomson. Será juzgado por sus fechorías, señorita Mc… Finnerty. Madame Laurent se ha ofrecido como testigo de todo lo sucedido ayer y de los trapicheos que se traían. Por fin será libre, señorita —añadió, sin poder ocultar su emoción.

Hope tuvo que sentarse y, sin que ninguno de los dos lo supiera, la vizcondesa, en cuanto oyó lo que quería escuchar, salió del salón de té. Consideró que esos dos necesitaban intimidad. Conocía demasiado bien al señor Rowles como para saber que no haría nada indecente.

—Margaret, querida, prepara el carruaje. Iré a ver al doctor Lamb. —No sabía por qué, pero su corazón se había colmado de ganas de vivir.

—Milady, el doctor Lamb acaba de llegar.

—¿El doctor?, ¿aquí?, ¿sin avisar?

Martha se sorprendió ante tal grata coincidencia. Aquello parecía cosa del destino, lo que la hizo sonrió como una chiquilla. Al asomarse y encontrar el brillo en los ojos de su médico al verla caminar, se sintió completa. A fin de cuentas, todo había sido gracias a él. Sin su consejo, nunca se le hubiera ocurrido detener ese día el carruaje y aceptar a esa chiquilla en su vida.

—Señor Lamb, ¡qué alegría verle!

El médico pestañeó varias veces y se frotó los oídos. ¿Había escuchado bien?

—Es la primera vez que me lo dice —replicó confuso.

—Oh, por favor, siempre me ha gustado estar en su presencia.

El señor Lamb, que había viajado a Liverpool unos días para una charla de anatomía, lo que menos se esperaba era encontrarse con aquello. Se ruborizó hasta la médula, pero logró recomponerse lo suficiente como para ofrecerle su brazo para salir a pasear.

De regreso en el salón, Hope no podía contener sus lágrimas. ¿Era en verdad libre?

—Tendrás la vida que te mereces a partir de ahora —expresó Edmund, sentado a su lado.

Hope no se atrevió a mirarlo y se levantó, dirigiéndose a la ventana. No se merecía esa vida, no más que sus amigos, aunque Lily la regañaría por no ser capaz de disfrutar por todos ellos. No lo merecía a él. Era hijo de condes y el hombre más maravilloso con el que se había cruzado. Había cosas que simplemente no podían ser, y ella lo sabía. Pero Edmund, como si intuyera lo que estaba pensando, se acercó a ella y la tomó de la barbilla.

—Te mereces todo esto y más, Hope.

Escuchar su nombre con la calidez de su voz, hizo que se estremeciera.

Edmund acarició su mejilla y borró con sus dedos sus lágrimas.

—Todo estará bien a partir de ahora.

Hope tomó la mano que descansaba en su mejilla y la abrazó con la suya. Lo miró con devoción, llevó esa mano a sus labios y la besó. Sin poder evitarlo, Edmund, en un impulso, la apartó de la ventana y la apoyó contra la pared.

—Creo que es amor lo que siento por ti, creo que… creo que te quiero —dijo ella con timidez y, en cierto modo, con miedo.

—¿Crees? —respondió él con una sonrisa, incapaz de contener su respiración agitada. Desde que la había visto aquel día en el puerto, no la había olvidado, y no podía creer que en ese momento le dedicara esas palabras con una mezcla de ternura e inseguridad.

—No quiero que nadie me vuelva a abandonar —dijo ella, bajando la mirada.

—En el amor no existe nada a medias, Hope. Yo estoy contigo, y siempre lo estaré. Y si algún día te abandonase, el único motivo sería mi muerte.

Hope lo abrazó y se sintió plena. Fue entonces cuando él la tomó por la barbilla y la acercó a sus labios.

—Sé lo que piensas, y puedo decirte que lo único que me importa de tu pasado es no haberte librado antes de él. Soy yo quien no te merece.

Su suave susurro, tan cerca, tan íntimo, fue como una caricia que hizo que le temblaran las piernas. Edmund besó su mejilla con delicadeza mientras parecía imposible que pudiera pegarla más a su cuerpo.

—Te amo, Hope Finnerty.

Y fue entonces cuando ella lo reclamó con sus labios, buscando lo que ambos anhelaban con fervor. Edmund se derritió al sentir el delicado roce, un gesto que desató en ambos una ola de

sentimientos incontrolables. La besó, acariciando sus labios con ternura, hasta que la necesidad lo llevó a profundizar, como si en el interior de su boca se encontrara la única paz posible. Hope posó una mano en su cuello, saboreando cada milímetro que se ofrecía ante ella. Su beso tenía la esencia de aquel dulce que él le había regalado años atrás, y una oleada de recuerdos la invadió, desde sus días en la calle hasta ese instante. Sin saberlo, o quizá sabiéndolo siempre, lo había llevado en su corazón.

Por unos segundos, sus labios se separaron, dando paso al ansia de que sus miradas se encontraran y se reconocieran. Y cuando sus ojos se encontraron, ella lo contempló con los labios aún temblorosos y la mirada encendida con un brillo imposible de ocultar. En ese instante, en la quietud de aquel salón, ambos supieron que el destino había grabado sus corazones uno junto al otro para siempre.

Capítulo 29

Ninguno de los dos fue consciente de la hora ni del tiempo que había pasado en ese salón hasta que Dorothy apareció y, con su habitual tono, les recordó que la señorita llegaría tarde a la exhibición de sir Murray y su nueva mascota, a la que todos estaban invitados. Después de todo lo que habían hecho por ellos, lo mínimo que podían hacer era acudir al evento. Se despidieron rápidamente y se intercambiaron una última mirada cargada de promesas.

Hope tuvo que apresurarse a vestirse y Edmund a regresar a su hogar para adecentarse.

Lo que Hope no esperaba era que, al llegar a la exhibición, se sintiera como Moisés en el mar Rojo, cuando todos se apartaron de ella como por mandato divino. La vizcondesa y ella se temían lo peor: el Topo se las había arreglado para difundir rumores. Pero ambas quedaron boquiabiertas al descubrir que la fuente del rumor que traía lady Culpepper no era otra que el mismísimo príncipe regente.

—No ha podido estar callado, maldito seas, Prinny. Querida, nunca se te ocurra amenazar a alguien con poder, las cosas no salen como esperas —apuntó la vizcondesa, claramente enfadada.

—Y como les dije, la señorita McDow está casada. Creo que ni siquiera se llama así. Y no solo eso, ¡quiere separarse de su marido! Mientras tanto, flirtea con los caballeros como si nada. ¿Dónde estará su marido? Si alguien supiera que… No quiero ni pensarlo. ¡Es una descarada! —continuó, acercándose a ellas—. Y pensar que lady Shaw estaba al tanto de todo… ¡Nunca he visto nada igual!

La vizcondesa y Hope se miraron, conscientes de que no tenían escapatoria.

—Así que diga la verdad de una vez, señorita McDow, ¿está o no casada? —preguntó la voz tajante de la mujer.

—Yo…

—Sí, milady. Está casada, casada conmigo —interrumpió Edmund, que había entrado en la sala sin que ellas lo notaran.

Su declaración fue como una bofetada, directa y sin vacilaciones, dejando a ambas mujeres en un silencio helado. Edmund había aparecido como agua de mayo. Estaba exultante y elegante. Los presentes jamás le habían visto pasearse con tanta seguridad, como si cada paso que daba estuviera marcado por una fuerza interior que no podía ignorarse. La sala se quedó en absoluto silencio, y todos los invitados posaron su atención en ellos, como si el aire mismo se detuviera por lo que acababa de suceder.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Esta maravillosa mujer y yo estamos juntos. No sé dónde ha oído semejante sandez sobre anulación, pero le aseguro que la señorita McDow y yo estaremos mucho tiempo juntos, sin ir más lejos, para siempre.

Edmund tomó la mano de Hope, entrelazó sus dedos con los suyos y luego depositó un beso en su mejilla. Más de una dama estuvo a punto de desmayarse ante aquel descarado gesto, pero también a más de una le hubiera gustado experimentar algo similar.

Nadie supo qué decir, salvo él.

—Sir Murray, precioso animal —comentó, al referirse a la extraña bola de pelo que descansaba en una jaula—. Pero, si me disculpa, tengo que irme.

Murray asintió, tratando de aparentar seriedad, mientras pensaba que, en comparación con su amigo Cedric, nunca había hecho nada tan escandaloso.

—¿Me acompañas, querida?

Hope apretó su mano, sonrió nerviosa y juntos salieron de aquel lugar que comenzaba a ser asfixiante.

Las cabezas se giraron hacia los condes, quienes tuvieron que cerrar sus bocas con rapidez. Reynold acabó su copa de un trago y habló.

—Vamos, todo el mundo sabía el jueguecito que tenían mi hijo y mi querida Hope. Saben lo reservado que ha sido siempre Edmund en sus asuntos. Cualquiera tiene una discusión de pareja que da lugar a malentendidos. Pero mi mujer y yo no podemos estar más contentos de su unión, que se celebró hace ya… unos meses.

—Sí —saltó la condesa, apoyando a su marido—. Se casaron en Escocia —dijo, para que coincidiera con la historia que había oído de esa muchacha—. Y fue precioso.

Comenzaron a oírse murmullos y se miraron, no estaban convencidos de que se tragaran el cuento, lo cual era un problema. Ya les perseguían los prejuicios hacia Edmund por tener un dispensario en los barrios menos favorecidos, y lo que menos les apetecía era que se metieran en su vida amorosa.

—Es cierto. —Una voz salió de entre la multitud. Era sir Murray, quien miró a la vizcondesa con una amplia sonrisa. Le encantaban los enredos, y más si salían bien—. Hope estaba preciosa y no había visto llorar tanto a un caballero en mi vida. Es lo que tiene el amor,

damas y caballeros.

Los oyentes comenzaron a relajarse y a reír.

—Cuéntales todo, Murray, ese caballero era usted —intervino Cedric—. Lo vi con mis propios ojos.

—En eso no le quito razón —se unió el juez Thomson—. Y pensar que va de fortachón y explorador con sus atuendos, su barba y bestias como mascotas... No sé a quién quiere engañar.

—¡Eso no es cierto! —saltó el ofendido.

Y aquello se convirtió en una disputa de tres caballeros que pasó a un segundo plano. Tan pronto como el escándalo había llegado, igual de rápido se desvaneció.

***

Hope se deslizó en el asiento del carruaje y Edmund subió tras ella. Ambos se recostaron suavemente contra el respaldo cuando los caballos comenzaron a moverse.

—¿Dónde vamos? —preguntó Hope al percibirlo nervioso.

—Hope, yo… quería esperarme unos días, pero, en vista de lo que ha sucedido, no me queda más remedio. Sé que necesitarías más tiempo, pero yo estoy seguro, muy seguro, aunque puede que a ti te parezca una locura. Después de todo lo que has pasado, quizá lo que menos quieres es… lo que quiero decir… Por la urgencia de la situación, yo…

Hope sonrió con ternura. Si él seguía dándole explicaciones, creía que el corazón iba a salirse de su pecho. Como él fue consciente de ello también, al final decidió arrodillarse, hasta el punto de aprisionar las rodillas de Hope. Cada vez más nervioso, le mostró un papel.

—¿Qué es eso? —preguntó Hope, que no apreciaba lo que ponía en la penumbra.

—Una licencia especial, digamos que alguien me debía un favor.

—Edmund…

—Hope Finnerty.

—Sí, y mil veces sí.

—Pero…

—Te quiero, Edmund, te quiero con todo mi ser. Y lo que has hecho ahí dentro hace un momento, me demuestra que…

Hope no pudo terminar la frase, Edmund la atrajo hacia sí y la besó de una manera que dejaría grabada en sus labios la promesa da amarla siempre. Pero, lejos de detenerse, sus bocas crearon un baile íntimo, siguiendo la melodía más hermosa, que no era otra que la de sus corazones.

Unos minutos después, ambos se dieron cuenta de que se habían quedado atascados en el suelo del carruaje.

—Tenemos que parar —dijo Edmund con toda la entereza del mundo.

—¿Por qué?

La sonrisa que Hope le regaló entre su gesto de incomprensión fue radiante, llena de vida y de una emoción capaz de arrasarlo todo a su paso.

—Me considero un hombre decente, señorita Finnerty. Tengo por costumbre hacer las cosas bien, al fin y al cabo, es lo que me ha funcionado. Si no soy capaz de detener mis impulsos en este instante, nada me diferenciará de los animales del sir Murray.

Hope lo contempló extasiada, sabía lo mucho que le había costado decir esas palabras y lo mucho que le costaría detenerse, como a ella, que empezaba a comprender por qué Dorothy y el jardinero desaparecían cada vez que tenían la oportunidad.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —dijo con tal sencillez que Edmund estuvo cerca de devorarla de nuevo.

—Primero, deshacer este nudo en el que nos hemos metido. Cuidado, ese es mi codo.

—Espera, mi pierna. Me la estás aplastando.

—Perdón, si solo pudiera sujetarme, podría…

Si cualquiera le hubiera iluminado el rostro en ese instante, Edmund tendría la mirada de un depredador, el rostro granate y una expresión entre vergüenza y deseo que no hubiera tenido desperdicio. El caso fue que, al final, consiguieron regresar a sus asientos.

—Edmund, me has… eso era… Me has agarrado un pecho —dijo Hope, que notó como su corazón se aceleraba.

El pobre Edmund quiso tirarse del carruaje en marcha.

—Mis más sinceras disculpas, no quería…

Hope no comprendía cómo alguien podía ser tan adorable, y estaba tan agradecida que no cabía en sí. Lo contempló con la duda clavada en sus ojos ante su nerviosismo y preguntó:

—¿Eso te ha gustado?

—¿Qué si me ha gustado? —Edmund tragó saliva y se hundió en su mirada. ¿Por qué su inocencia tenía que ser tan excitante?—. Vas a matarme, Hope. ¿Cómo quieres que me resista a ti?

—Es que no quiero que lo hagas —replicó con más rapidez de lo que pretendía.

—Carreras de gotas —intervino Edmund—. Hagamos carreras de gotas hasta llegar con el reverendo, luego desearás no haber dicho eso.

—¿Por qué? —preguntó con la curiosidad plasmada en su rostro y la respiración acelerada.

Edmund no pudo resistirse y de un tirón la puso sobre su regazo. Tomó su cuello y saboreó cada poro de su piel, rodeó su cintura como si le fuera la vida en ello y la pegó más a él para abrigar cada

parte de su cuerpo. Poseyó su boca con tal desesperación que, rendida al placer, Hope quiso experimentar; tocarle, sentirle… En ese instante, Edmund tomó distancia.

—Carreras de gotas, carreras de gotas —insistió tratando de convencerse.

—Pero no llueve —contestó ella sin apenas respirar.

Ambos compartieron una mirada cómplice y llena de significado. Fue entonces cuando, sin remedio, el carruaje se colmó de risas. La tensión que había marcado sus momentos anteriores se disolvió en el aire. La risa de Hope, ligera y sincera, se entrelazó con la de Edmund, y, por un instante, todo lo que importaba era ese pequeño espacio compartido. La alegría se derramó entre ellos y se sintieron más unidos que nunca, como si ese segundo fuera el primero de muchos que vivirían juntos. Sin palabras, sin más explicaciones, sabían que todo lo que habían atravesado los había llevado a este instante de complicidad y amor, en el que solo quedaba disfrutar de lo que en verdad importaba: estar juntos.

Por primera vez Hope se sintió feliz, plenamente feliz.

Epílogo

Dos semanas después

La primera luz de la mañana entró por la ventana. El crepitar de la chimenea junto al murmullo que dejaban las llamas arrulló los últimos minutos de sueño de esos cuerpos desnudos. Envuelto entre sábanas templadas, después de una noche de pasión, Edmund observó el rostro dormido de Hope y se preguntó si existiría algo más maravilloso que aquel instante. Quería protegerla, hacerla feliz y conseguir que, poco a poco, dejara de sentirse culpable por todo lo que la vida le ofrecía y disfrutara a pesar de la carga de su pasado. Aún le costaba comer a gusto y, en instantes de plena felicidad, su mirada se perdía pensando en todos los que había dejado atrás, en sus amigos.

Hope abrió los ojos, y se encontró con la mirada cálida de su esposo. Al verla sonreír, Edmund tomó su mano y besó con ternura cada una de sus cicatrices, como si quisiera sanar no solo su piel, sino también su alma.

—¿Vendrás hoy? —preguntó él.

Ella se apoyó sobre sus codos y dejó caer su pelo rubio, como una cascada sobre la almohada. Edmund se deleitó en esa imagen, de

manera inevitable.

—Siempre estaré allí. ¿Cómo si no podría ayudarte a controlar a tus pequeños pacientes?

—Reconozco que me es más fácil tratarlos cuando estás tú, y me da tiempo a ver a más enfermos.

—Quiero que me enseñes a curarlos. Podría ayudarte y juntos atenderíamos a muchísimos pacientes en el dispensario y…

Su voz, su mirada, la emoción que desprendía… Todo ello tocó el corazón del médico. Ni en una vida entera habría imaginado que, después de todo, conocería a alguien como ella: alguien que no solo lo apoyara con devoción, sino que, además, no lo juzgara por dedicarse a los desfavorecidos, pese a su condición de hijo de condes. Incluso había aportado ideas maravillosas, como que Silas se encargara de recibir a los enfermos y priorizara a los más graves primero, una decisión que había resultado ser todo un acierto.

—¡Llegaremos tarde! —dijo con rapidez.

Se levantó a apresurada y logró que los sentidos de Edmund se activarán.

¿Creía que podía caminar desnuda por la habitación sin que él si inmutara? Definitivamente iba a matarle.

—Tienes que atender a ese niño, al que se cayó del tejado. Le dijiste a su madre que lo llevara a primera hora. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—¿Te he dicho hoy que te amo?

—Lo acabas de hacer. —Sonrió sin remedio.

Se acercó a él y le regaló un beso apresurado. Luego salió disparada para arreglarse. Edmund se quedó atontado por unos segundos, pero reaccionó enseguida. Conociéndola, como no estuviera listo, era capaz de irse sin él.

—Hola, Portia —dijo Hope alegre mientras bajaba las escaleras

comiéndose una manzana.

Edmund bajó tras ella, queriendo disfrutar aún de la calidez de su compañía. Pero apenas puso un pie en el último escalón, un agarre sobre su brazo lo detuvo en seco.

—¿En verdad la prefieres a ella? —dijo asqueada.

—Siempre ha sido ella. Ahora, si me disculpas.

—¡Hermano! Veo que has pasado buena noche, otra vez. —Leonard, ignorando lo que su mujer le había preguntado, le dio dos palmadas en la espalda—. ¿El matrimonio era como te esperabas?, ¿como el de padre y madre?

—Mejor, mucho mejor —respondió apurado al ver que Hope ya estaba en la puerta dispuesta a salir con el abrigo a medio poner.

Cuánto deseaba que su nueva casa estuviera preparada para poder vivir con tranquilidad y así no volver a encontrarse con esa mujer, ni con los comentarios de su hermano cada mañana cuando lo veía salir. Podrían haber ido a su pequeño apartamento de soltero, pero no era lugar para una señorita, ni mucho menos un barrio donde se sentiría tranquilo al dejarla.

—Ya queda poco —se dijo—, ya queda poco.

***

Cuando llegaron al dispensario, Silas les recibió malhumorado. Esos dos habían tardado demasiado y la gente comenzaba a acumularse.

—Si yo hago bien mi trabajo, ustedes no descuiden el suyo —habló con seriedad.

—Tienes razón, Silas. No volverá a pasar.

—Lleva dos días y ya se cree el dueño del lugar —refunfuñó Edmund, que provocó una sonrisa a su mujer.

Atendieron a unas cuantas personas cuando un niño mencionó a

St Joseph. Un escalofrío recorrió la espalda de Hope. Se acercó a él dispuesta a ayudarle esperando lo peor. Para su sorpresa, cuando el niño se volteó, solo vio que tenía un ojo inyectado en sangre.

—¿Qué te ha pasado? —intervino Hope.

—Mientras escribía, un poco de tinta me ha caído en el ojo. Me lo he rascado mucho, así que el profesor Thomas me ha dicho que viniera. No crea que me estoy saltando el horario de clase. ¡Jamás lo haría! El profe nos cuenta unas historias de cuando vivía en St Joseph tan chulas y tan oscuras que quiero hacerme escritor para poder transmitirlas.

—St Joseph. Te refieres a St Joseph Workhouse, ¿verdad?

—Bueno era una casa de trabajo, sí, pero el profe la transformó hace un par de años. Ahora es una escuela.

Hope tuvo que agarrarse a la pared.

—¿Thomas has dicho?

—Sí, Thomas Cooper.

Hope no pudo evitar que las lágrimas empeparan su rostro. ¡Thomas había salido! Thomas estaba bien.

—Señor Rowles, señor Rowles —el mayordomo de los Elford llegó dando voces.

Edmund se acercó y de soslayo vio a Hope entre lágrimas. Quiso acercarse a ella, lo primero, para ver qué sucedía, pero las palabras del mayordomo lo detuvieron.

—Me envía el marqués —dijo mientras recuperaba el aliento—. Su hijo ha desaparecido.

—¿Cedric?

Edmund se paralizó por un segundo. Su amigo se casaba en menos de dos meses con la señorita Carter. Había estado tan ensimismado en su relación con Hope que no se habían vuelto a ver. Se maldijo por ni siquiera haberse preguntado si estaba bien. Era

cierto que le había dicho que disfrutara de los primeros días con su mujer y que no contactara con él, pero… Un escalofrío le recorrió la espalda. Cedric jamás haría algo así sin razón.

—¿Dónde demonios te has metido, Cedric?

Aclaración

A lo largo de la historia, el uso del tuteo y ustedeo por parte de la protagonista varía intencionalmente. Al venir de un entorno humilde, su forma de dirigirse a los demás es inicialmente informal, pero, a medida que se adapta a su nuevo mundo, su lenguaje evoluciona en consecuencia. En algunos personajes, este trato también varía dependiendo del contexto emocional y la evolución de sus relaciones. He querido hacer esos cambios para reflejar momentos de cercanía, distancia o tensión entre ellos.

Nota de autora

¡Hola, querida lectora!

Gracias por estar aquí, por leerme y por permitir que mis palabras encuentren un lugar en ti. ¿Te ha gustado? ¡Espero que sí! Con esta novela inicio la serie *Workhouse*, una historia que me emociona mucho compartir contigo y que deseo disfrutes tanto como yo al escribirla. No sé a ti, pero después de haber leído tanta novela de esta época, me apetecía un poco explorar el lado opuesto del Londres rico.

Estos personajes, estos niños que crecerán a lo largo de la serie, representan para mí la esperanza. Nos recuerdan que, aunque las adversidades sean grandes, siempre hay una forma de salir adelante y alcanzar la felicidad. ¡Les tengo un cariño inmenso!

En aquella época, al igual que ahora, nacer en los barrios bajos hacía casi imposible soñar con un futuro prometedor. Sobrevivir ya era una hazaña en sí misma. Sin embargo, algunos lograron desafiar las adversidades, como espero que hagan mis personajes.

Imagino a Hope y Edmund mientras abren un hospital para los más desfavorecidos, trabajando juntos y llenando sus vidas de amor y alegría. Pero… ¿qué será de Cedric? ¿Alguien sabe dónde se ha metido?, ¿está huyendo de su futuro matrimonio o le ha sucedido

algo?

¿Y Thomas? El más astuto de todos, ¿cómo logró transformar St Joseph en una escuela?

Todo esto y mucho más lo descubriremos juntas. Sí, tú y yo. ¡Ya lo verás!

¡Ah! Antes de que me vaya, te dejo con un dato curioso. ¿Sabías que la carta que lee Hope de la duquesa de Oldemburgo sobre el príncipe regente es real? Sí, sí, la encontré en mi tiempo de documentación y me pareció genial. La única diferencia es que no se la escribió a mi queridísima vizcondesa, sino a su hermano, el zar Alejandro I, a principios de 1800. Hizo una descripción que no tenía desperdicio.

Ahora sí, me despido.

¡Gracias por estar aquí!

Becca Kim

@beccakimchi

La miseria puede golpear, pero nunca romper un espíritu decidido a luchar.

En un Londres donde las sombras y la esperanza caminan juntas, algunos corazones no se rinden.



Hope Finnerty conoce de primera mano el sabor del hambre y la crueldad. Creció entre los *rookeries* londinenses, aferrada a un juramento: escapar de la miseria y encontrar un futuro digno. Su belleza y valentía, lejos de protegerla, la convierten en blanco de quienes ven en ella un medio para sus propios fines. Sin embargo, Hope está decidida a reescribir su destino con la ayuda de una inesperada aliada.

Edmund Rowles, un caballero de espíritu noble, ha hecho de la compasión su mayor fortaleza. En un entorno donde los privilegios ciegan a la sociedad, Edmund dedica su vida a aliviar el sufrimiento de los más desamparados, sin esperar nada a cambio. Pero cuando su camino se cruza con el de Hope, deberá enfrentar el impacto que esa joven de carácter indomable tendrá en su vida.

En medio de un Londres despiadado, dos almas se encontrarán para descubrir que, incluso en las noches más oscuras, una chispa de humanidad puede iluminar el camino.

Una historia de coraje, compasión, amor y la fuerza inquebrantable de la esperanza.

Becca Kim siempre ha encontrado inspiración en los momentos cotidianos; con la simple pregunta «¿y si…?», nacían mundos llenos de personajes, amor y aventuras. Desde niña, inventaba historias, ya fueran de terror en la sala de espera del dentista, de aventuras tras una tormenta en la playa, o de romance en situaciones inesperadas como una inocente mirada. Con los años, esa pasión la llevó a escribir su primera novela, y desde entonces el romance ha tomado posesión de su pluma y sigue soñando en papel para que otros sueñen con ella.

Becca cree en el amor como esa chispa que enciende el corazón y transforma lo cotidiano en extraordinario y eso es lo que espera de sus novelas, encender aquella chispa y provocar una sonrisa.



Edición en formato digital: abril de 2025

© 2025, Becca Kim
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Neti.OneLove

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-85-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El destino de Hope
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Aclaración
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Becca Kim
Créditos